MANUEL SEOANE

NUESTRA AMERICA Y LA GUERRA

PROLOGO DE
LUIS ALBERTO SANCHEZ

MAPAS Y DIAGRAMAS DE JULIO EZQUERRE

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1940

Es Propiedad
Registro N.° 7709

COPYRIGHT by
EDIT. ERCILLA, S. A., 1940

FABRICACION CHILENA PRINTED IN CHILE
Prensas de la Editorial Ercilla, S. A., Santiago de Chile.

PROLOGO

"NUESTRA AMERICA Y LA GUERRA" ha sido escrita en un minuto apremiante y decisivo. Pedirle tersura sería suponer a su autor insensible, soñador o indiferente. Se comprende que un Arquímedes, hombre especulativo por excelencia, se aislara tanto del mundo que, absorto por un teorema, olvidó o no supo el sitio de Siracusa, ni advirtió la cercanía de la muerte. Pero aquí no. Seoane es político por temperamento, ejerce el periodismo (caza de lo fugaz) por vocación, usa oratoria (embajadora de la actualidad) como vehículo dilecto y se funda en la economía como disciplina para prever y actuar. Antes, pues, de que se ajuste el cerco en torno a Siracusa, ya arde su garganta de gritos, su mente de argumentos, su aljaba de cifras, y mueve las manos, clamando a los cuatro vientos, convocando a las gentes capaces de fecundar previsiones, para que impidan caer sobre nosotros el peso de la más ominosa y repulsiva noche de la historia.

Decir "la más ominosa y repulsiva noche de la historia" no implica "toma de partido, por uno de los imperialismos en lucha", como algunos podrían insinuar. Orgánica y doctrinariamente antimperialista (no a través de un episodio, de un artículo, un poema, un certamen o

un discurso, sino de toda una vida). Seoane no cierra por eso los ojos a la urgencia de la hora, a la realidad, que escapa de los dogmas, los preceptos y los antojos o delseos de quienes se les someten. Subrayar tal fatalidad no implica tampoco una renuncia o mengua principista alguna. Al contrario; pero carecemos de culpa en que por dar pábulo a pequeños intereses, o por terrible miopía, quienes podían detener el avance de las ideologías totalitarias contribuyeran a que ellas alcanzaran innegables triunfos; y que su victoria, casi completa en Europa, sea ahora serio peligro para nuestros modos de subsistir y de vivir, para nuestros intereses materiales y espirituales, para nuestro hoy y nuestro mañana. Tampoco es cargo contra nosotros, antimperialistas indoamericanos, el que pseudodoctrinarios hayan vacilado torpe o culpablemente, propugnando contradictorias consignas respecto de los sucesos mundiales; aconsejando uno tras otro, en caótico vértigo, ya un antifascismo unilateralmente antigermano y antiitaliano (prescindiendo del antimperialismo), ya un antimperialismo unilateralmente antisajón (perdonando al fascismo); o, señalando con el mote de trotskistas a quienes formulaban algún reparo a la política de "Buena Vecindad" en 1939, y, al revés, lanzando el mismo calificativo a quienes consideran, seis meses después, que esa política, debidamente controlada y condicionada, es la única salida del trance actual. Frente a tales inconsecuencias de cierta izquierda, las de cierta derecha no han sido menores. Y así asistimos al curioso espectáculo de entusiastas panegiristas del general Franco, y por tanto, del auge fascista en España y en el mundo, convertidos en gemebundos Jeremías llorando por la derrota de Francia y maldiciendo la brutalidad hitlerista que en el caso español concitaba su admiración y su entusiasmo.

Sería suicida, sin embargo, entretenerse en deslindar tan graves responsabilidades. Nuestra situación no es la

de averiguar, después de un incendio dominado, cómo se produjo, sino la de, en pleno incendio, tratar de sofocarlo o, al menos, impedir que sus llamas devoren nuestros bienes. Semejante responsabilidad, la última, ésta sí, es la nuestra, y debemos asumirla con entereza. La otra, de la cual deriva la amenaza que se cierne sobre nuestro sino, será juzgada por la historia, y compete a otros países, a otro continente hacerlo. Si nos detuviéramos en análisis morosos seríamos barridos por el vendaval. Sólo nos queda por consiguiente actuar. Pero actuar de acuerdo con nuevos métodos, de acuerdo con la experiencia que se desarrolla ante nuestros ojos. Y es a ello a lo que se contrae el libro de Seoane en cuyo exergo ha querido su amistad fraterna —y nada más que su amistad— colocar unas cuantas palabras de un compañero de vida, doctrina y, precisamente también, de acción.

Acusarán otros: "este es un libro belicista". Falso. Que vuelvan los ojos, ellos, tan europeizantes siempre, hacia Europa, y consideren la suerte que ha cabido a las neutrales Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda y Rumania. No se trata, además, de QUERER o PREFERIR ser neutrales, sino de PODERLO SER. Haya de la Torre escribe al respecto: "¿Podemos ser neutrales? No es exagerado afirmar que toda neutralidad —una "neutralidad" como la de Estados Unidos, que sólo le falta declarar la guerra y mandar soldados— sería derrotismo. Porque desde el punto de vista económico, ya estamos dentro de la marejada de la guerra, y, políticamente, ya tenemos que situarnos al lado de los pueblos débiles que sostienen su derecho a ser libres, y de las razas no arias que repudian la hegemonía imperialista del blanquismo germánico" (1).

---

(1) V. R. Haya de la Torre: "Definición de nuestra neutralidad", en "La Nación" de Santiago, 14 de julio de 1940.

Surgirá otra insidia contra este libro: "es aliadófilo", lo que entraña suponerlo optando por uno de los imperialismos en lucha. Pero "en guerras así, movidas por una filosofía que se inflama en credo y sectarismo, que mata y asuela en nombre de una divinidad, ya no se trata solamente de conseguir materias primas más o menos abundantes o plazas de venta más o menos extensas. En guerras así hay un ímpetu de universalismo, de variar las rutas de la historia que hacen imposible la neutralidad" (1).

¿Cómo pueden conciliar, aunque sea mentalmente, los sedicentes partidarios de la democracia, de "la paz" y del pueblo, esta actitud con la de PERMITIR —puesto que tolerancia es, cuando no complicidad— que se instale, como dominador del mundo, un sistema antidemocrático, belicoso y aristocrático, siendo el concepto de raza la peor manera de entender la aristocracia que se conoce? No lo sabemos. Posiblemente, dentro de cierto uso de la "dialéctica", ello sea posible; dentro del nuestro, no. Además aquella forma de conciliación tiene el gravísimo inconveniente de parecerse mucho al sistema mediante el cual han sido paralizadas desde adentro las masas de los defensores de varios de los países avasallados por los ejércitos visibles o invisibles del nazismo.

Seoane penetra con lucidez y valentía en tal problema que contiene una revaluación total de la manera de encarar el llamado panamericanismo el cual se convertiría en un nuevo "munichismo" si se le mantuviera dentro de las normas de la Conferencia de Lima de 1938. Un importante rotativo argentino, "LA PRENSA", dijo respondiendo al comentado discurso de un gobernante indoamericano del Atlántico, que el panamericanismo no es

(1) Ibid.

CAUSA de la democracia, sino, al revés, un EFECTO de la misma. Vale decir: si no hay democracia auténtica en los pueblos que la integran, la Panamérica soñada por la Secretaría de Estado de Washington resulta un antifaz. Por haberlo olvidado es que ahora nos sorprende el cataclismo sin saber a ciencia cierta con quiénes contamos para la defensa del continente. Porque serán vanos los pactos, promesas y declaraciones de La Habana, como lo han sido las de Lima, si, por medio de una interacción franca y leal, no proceden los Estados respectivos a limpiarse de totalitarismo, de procedimientos, ideas y gérmenes antidemocráticos, germinados y admitidos en su seno, resolución que se hará tangible sólo de una manera: la misma que tienen hoy los Estados Unidos, Chile, Colombia, México y algunos otros países: reconociendo y respetando en todos los ciudadanos la libertad de opinión, expresión, organización y debate que, más que por la Constitución escrita, es ordenada por una urgente necesidad de levantar el STANDARD de vida material y espiritual de nuestros pueblos.

De "ricos, débiles y divididos" califica con acierto Seoane al Nuevo Mundo. Contra lo primero, nada podemos ni nada haremos puesto que ello es fatalidad geográfica y vivero de porvenir; pero contra la debilidad y la desunión, sí, podemos trabajar, y conjurarlas en la medida que renunciemos a tomar por hechos las palabras, y en que procedamos a un severo e implacable examen de conciencia colectiva, del cual no escapan sino al contrario, deben ser los primeros, los regímenes imperantes en nuestras Repúblicas.

Constantemente, Seoane menciona en apoyo de su tesis, un libro que, dejando al margen toda predilección ideológica, afirmo que es de los más cimeros de América, y de los que se consultarán mañana con mayor asiduidad.

cuando pasen cierta clase de sordera o miopia nacidas de consignas o timideces. "EL ANTIMPERIALISMO Y EL APRA", por Haya de la Torre. Más que nunca se ve hoy la vigencia de cuanto ahí se dijo hace ya doce años. Y Seoane, con su dialéctica materialista y su aprismo —nuestro aprismo— en mano, navega, seguro y firme, por el piélago de problemas que la actualidad suscita. Acto de lealtad y de justicia, ojalá imitado por quienes a menudo olvidan el enorme sentido de cooperación que las tareas continentales y nacionales demandan.

Es de rigor en los prólogos, referirse a la persona y al estilo del autor. Pero aquí resulta innecesario. En el campo de la política indoamericana, Seoane tiene ya una fisonomía concreta, un puesto y una responsabilidad reconocidos. Posee, por tanto, un estilo, como todo el que ha cavado con propia mano su propio surco. En esta hora de indecisiones y de perplejidad temerosa, de amarentamientos, de "sálvese quien pueda", no ha querido Seoane hurtar el cuerpo, cerrar los ojos, ni enmudecer la voz. Pero, tampoco ha querido que el ímpetu triunfe del raciocinio, ni que la indignada protesta venza a la comprobación objetiva. Aquí se encuentra, por eso, una viril mezcla de frialdad y de fervor, de lucidez y de alucinamiento, que es como realmente se conduce la vida. Por haberlo olvidado yacen definitivamente vencidos innumerables lúcidos, y muchísimos alucinados. De ahí que la lección de la hecatombe europea tenga más de un aspecto que obliga a renovar desde sus bases nuestros elementos de guerra material y psicológica; menos mal que ha dejado intactos un diagnóstico, un rumbo y una fe: los de Bolívar, y, por tanto, los de quienes, recogiendo su bandera, vienen sosteniendo sin tregua que los Estados Unidos de Indoamérica —de Indoamérica y UNIDOS, si— se convertirán en el más eficaz colaborador de los Estados

Unidos de Norteamérica, y así, vertebrado férreamente el continente, será también la fragua en donde se forje un nuevo destino para el hombre.

LUIS ALBERTO SANCHEZ.

Santiago, julio de 1940.

ADVERTENCIA

Este es un libro de batalla, escrito en unas semanas, en los márgenes libres del heterogéneo trabajo a que me condena el periodismo. Empero, su incubación y desarrollo mental, corresponden a una larga etapa de observación y reflexiones. No es, además, una individual aventura interpretativa. Militante de un movimiento político disciplinado y orgánico, he aprovechado, para arquitecturarlo, y escribirlo, del trabajo colectivo de mis compañeros de Partido y del de grupos políticos indoamericanos afines. Su urgida aparición obedece al apremio de la hora que cruzamos.

Pretendo contribuir al planteamiento de una posición indoamericana frente a las consecuencias de la actual guerra entre los países totalitarios y sus rivales. Conviene distinguir, para no resbalar al ciego simplismo inoperante, los efectos universales del conflicto de los efectos estrictamente continentales, vale decir americanos del mismo. Y dentro de estos últimos, los que particularmente afectan a los 20 pueblos situados al sur del Río Grande, hermanos en el mundo del espíritu —idioma, raza, tradición, sentimientos y cultura— y hermanos también en el mundo de la economía.

Intento, pues, de modo particular, intuir el futuro de Indoamérica a través de los acontecimientos que se suce-

den y de los que sobrevienen. Parto, además, de la inquietud por su destino. Es decir, pienso y actúo como indoamericano. Cada hombre y cada partido nacional sólo pueden alcanzar fecundidad histórica en la medida en que se insertan en el espacio geográfico —nación— en que les corresponde actuar, y en el espacio histórico —presente— en que les cabe moverse. Esto no significa insensibilidad ni prescindencia por lo universal y lo eterno. Al contrario, reconozco que cada vez resulta más clara la correlación e interdependencia mutua de los fenómenos económicos y políticos en el orden ecuménico y en su progresión en el tiempo. Pero ello no determina una fatalista inhibición nacional y presente. Présbites son quienes todo lo miden con esquemáticas líneas mundiales. Y miopes los que sólo se desplazan dentro del limitado y estrecho perímetro regional. Articular ambos planos de acción, es función de hombres y partidos responsables en cada sector del globo. Causas y efectos generales de la guerra inciden sobre las necesidades y conveniencias particulares. Pero éstas, a su vez, ¿están acaso condenadas a un rol pasivo y estático?

Creo que no. Dentro de la gigantesca marea de las consecuencias de la guerra, entre el desatado oleaje de la fuerza victoriosa, no todos los barcos se hunden, ni todos viajan sin rumbo. Encontrar nuestra ruta y no navegar a la deriva, es obligación primaria y urgente. Este ensayo es un aporte que aspira a contribuir a la solución del problema.

Pero los marinos se orientan por la brújula magnética y por la posición de las estrellas. ¿De qué instrumento valernos para desentrañar el misterio del porvenir? Renuncio, desde luego, a utilizar a la ensoberbecida audacia de quienes pretenden robar al futuro su secreto sin otra arma que la propia imaginación. Semejante individualismo anárquico, expresión de jerárquica soberbia, es típico vicio intelectualista. Su responsabilidad y solvencia, por tan sumaria desnudez de armas de previsión, está cercana a la charlatanería posibilista de quienes creen arrancar lo inédito del mañana mediante los naipes o la bola de vidrio.

No pretendo ser vidente. Tampoco profeta a base de especulación intelectual. Para incursionar en los predios de cuanto vendrá, me limito a deducir sobre la realidad de los hechos presentes utilizando un criterio materialista.

No intento negar que en el actual conflicto bélico se encuentran en juego dos sistemas políticos antagónicos que dan vestidura espiritual a la contienda. Pero ambos trajes corresponden o calzan a los dos sistemas económicos contrapuestos. Una Alemania pobre tuvo que centralizar férreamente su economía para cumplir el colosal esfuerzo del rearme. Le correspondía, por ende, en la superestructura política, un régimen centralizado y autoritario. Gran Bretaña y Francia, en cambio, enriquecidas por la victoria anterior, dueñas de un inmenso imperio colonial, dieron plenas facultades al capitalismo privado —liberalismo económico— para que acrecentara y desarrollara su riqueza. Era lógico, por tanto, que la superestructura política estuviese expresada en una democracia amplia y libre —liberalismo político—. No es nuevo el fenómeno. A la economía cerrada de los feudos de la Edad Media correspondió un sistema político de autoridad absoluta. Cuando el mercantilismo de los burgos rompió aquellos moldes económicos rígidos, impuso la libertad de comercio y, paralelamente, la libertad política que alcanzó su culminación al proclamarse los derechos del hombre.

Juicio tan sumario apunta apenas el perfil de un ensayo más hondo que aquí no corresponde. Empero, debe señalarse que la lucha entre democráticos y totalitarios,

cualesquiera fueran sus causas, trae aparejado el destino ulterior del individuo como unidad espiritual y el de los pueblos pequeños y débiles. Los hombres libres del mundo, por esta circunstancia, aunque tengan reservas para los adversarios del nazismo, no pueden mirar con indiferencia el triunfo de los propósitos absorbentes y dominadores del totalitarismo.

Pero esto es alejarse del tema. Debajo de esta colisión de ideas políticas y superestructuras espirituales, el criterio materialista descubre un violento choque de intereses económicos. En último análisis, la disputa bélica es, principalmente, por la posesión de mercados de consumo y de materias primas. ¿Cuáles son aquellos mercados? ¿Cuáles son tales materias primas y dónde están ubicadas? Como la guerra es una disputa por su posesión, podremos intuir el rol de Indoamérica mediante la investigación realista de su capacidad absoluta y su capacidad comparada como mercado de consumo y como despensa de materias primas exportables. Válgame como disculpa agregar que semejante planteo escueto no envuelve una proclamación unilateral de materialismo absoluto. Creo que el espíritu también puede y debe ser actor en la dramática contienda. Si no lo creyera, caería en evidente petición de principios, puesto que los partidos políticos, mientras no ejercen el poder, actúan, principalmente, como meras fuerzas del espíritu. Pero el espíritu vagaría por los celajes utópicos si, con un criterio materialista, no orientara sus pasos. El ciego que tienta paredes y suelos con su báculo sabe adónde va. Sin él, caería en cualquier precipicio. Pero por esgrimirlo, por aferrarse a la tierra y a la realidad, no puede sostenerse que es simple gusano que se arrastra.

Para concluir, no alcanza mi jactancia, pese a la necia egolatría que padecemos los trabajadores del pensamiento, a pretender que este planteo es irrebatible o irrevocable. Se ajusta a la doctrina del Partido en que milito, a las previsiones de Haya de la Torre, pero es susceptible de yerro o mejora, como toda creación del hombre. El porvenir dirá hasta dónde sus conclusiones son justificadas.

Es costumbre dedicar a alguien los libros o folletos mediante una cernida frase literaria. Como yo también tuve veinte años, varias de aquellas sentencias líricas duermen, prisioneras sin esperanzas de liberación, en el fondo de mi conciencia. ¿A qué más locuciones altisonantes y retóricas, vicio latino que arroba y anestesia muchas mentes? Necesitamos pensar con frialdad. Por tanto este trabajo puede ser dedicado, sin remordimiento, a quienes están dispuestos a meditar sin prejuicios ni pasión. Quedan excluídos los demás.

Santiago, julio de 1940.

CAPITULO I

CAUSAS DE LA GUERRA

Para prever las consecuencias del conflicto, hay que estudiar sus causas. Pueden ellas dividirse en superficiales y profundas, nacionales y ecuménicas.

Sería ingenuo negar que el Tratado de Versalles impuso una paz consagratoria de injusticias. Nos referimos no a una justicia eterna e inmanente, cuya existencia es problema que no cabe abordar aquí, sino a la justicia relativa impuesta por las circunstancias históricas. Alemania fué desarmada y condenada a abonar sumas que excedían su capacidad nacional de pago. Fué despojada de sus colonias, en tanto que las otras potencias las conservaron y acrecieron. No creemos, desde luego, que cada potencia deba poseer pueblos sojuzgados. Pero, si unas los mantienen, resulta contradictorio que, apelando a la justicia, priven a otras, por la fuerza, de iguales ventajas. Esto resulta injusto dentro de la concepción imperialista —entiéndasenos bien: injusto dentro de la concepción imperialista— característica de los países altamente industrializados, con poderío económico, y sin

materias primas propias. Alemania, poseedora de una extraordinaria capacidad organizativa y de un vasto aparato industrial de producción, no podía resignarse al rol secundario fijado por los vencedores. Toda la teatralidad post-bélica que relievó la distancia entre victoriosos y derrotados, superponiéndose a las causas económicas ya señaladas, alimentó de rencores el sentimentalismo alemán. A Hitler le bastó remover la llaga de la humillación alemana, convertirse en el profeta de la revancha, para alcanzar la fuerza política que obtuvo. Pudo, así, respaldado por la mística de un pueblo que se cree elegido como rector de las demás naciones de la tierra, imponer tremendos sacrificios individuales y colectivos para rehacer todo cuanto el Tratado de Versalles destruyó. Escamoteando las causas económico-sociales que determinan, de modo principal, la desocupación y la pobreza, culpó al "Diktat" de 1918 y a "maniobras de judíos", cuantos males padecía Alemania. No le resultó difícil levantar la marea del descontento de su país, y pudo orientarlo contra los vencedores de la primera gran guerra y contra la raza semita. Fórmulas espartanas y bélicas, como aquella de "cañones en vez de mantequilla", crearon una psicología estoica que, de buen o mal grado, permitió el colosal rearme alemán. Los efectos que crearon las duras condiciones de paz, fueron así paradojalmente el factor determinante del actual conflicto (1).

Pero una ley más profunda y decisiva obligaba también a seguir los caminos guerreros. Fracasarían los más intensos esfuerzos superestructurales si no fuesen paralelo reflejo de la infraestructura económica. Empero,

(1) "No es el Tratado de Versalles el que ha hecho el poder de Hitler, sino su relajación. Con un Tratado perfectamente justo y moderado, los alemanes se hubieran levantado diez años antes: la guerra actual habría comenzado en 1930".—Ludwig, Emil. "Los alemanes tales como son". Ed. Ercilla, 1940. Pág. 68.

antes de analizar ésta, recordemos que, para muchos, la presente contienda es sólo y exclusivamente una pugna entre dos concepciones políticas diferentes que ventilan su respectiva vigencia en los campos de batalla: totalitarismo versus democracia. No vamos a negar —porque ya está dicho en la Advertencia— que este antagonismo ideológico desempeña un papel considerable, sobre todo para la plasmación futura de los sistemas políticos que se implanten al término de la lucha. Tampoco podemos subestimar la trascendencia que esta contrapuesta concepción del gobierno social tiene para el desarrollo de la individualidad humana. Pero la lucha entre democracia y dictadura es un problema que afecta más a las consecuencias del conflicto que a sus causas. Cierto es que la propaganda de ambas partes, deseosa de revestir la contienda con motivos de orden espiritual que la ennoblezcan, exagera el rol que en ella desempeñan. Pero, es lo exacto que cualesquiera sean las ventajas o defectos que un sistema tenga en relación con el otro, que cualesquiera sean las ulterioridades —a nuestro juicio importantísimas— que la victoria de uno u otro bando depare a la humanidad, las ideas políticas, democráticas o totalitarias, en cuanto son meras concepciones de organización colectiva, no tienen, por sí mismas, necesidad de expandirse por la fuerza. La historia demuestra que los sistemas menos parecidos, y aun más antagónicos, han convivido pacíficamente y muchas veces en íntima relación de amistad. Francia republicana y Gran Bretaña monárquica por una parte, Alemania republicana e Italia con casa reinante por la otra, no han sentido urgencia mutua de destrozarse por las armas para imponer sus respectivas convicciones. La Rusia soviética pactó alianza con Francia capitalista, trasladando la observación al campo económico-social, que es mucho más exigente. No. Por grande que sea la trascendencia de la

lid entre los sistemas totalitario o democrático, en función de su universalidad futura, no es ella la que ha determinado el conflicto. Lo único cierto es que está en juego su respectivo porvenir. Esto es un efecto, pero no una causa. No olvidemos esta premisa a fin de evitar las confusiones de quienes plantean el problema de la guerra en un simple campo especulativo.

Los orígenes son más hondos, llevamos dicho. ¿Cuáles son ellos? No sólo la querella de razas superiores y razas inferiores, de pueblos fuertes y pueblos débiles, de totalitarismo y democracia. La guerra actual, como casi todas las anteriores, es una consecuencia lógica y previsible del sistema de competencia capitalista. Mientras el mundo —y para esto transcurrirá una indeterminada cantidad de años, pocos o muchos— no se organice solidariamente, reconociendo la mutua dependencia y prestándose la cooperación indispensable, mientras las naciones sean rivales por sus intereses económicos, la guerra será el epílogo natural de sus pugnas.

El sistema de libre apropiación individual de las riquezas, forjadas, sin embargo, colectivamente, coloca, en pocas manos, crecientes medios económicos que buscan campo de inversión. La libertad de que disfruta el capitalismo privado para producir sin otro control que la capacidad del mercado —y a la que se debe el actual desarrollo técnico de nuestra civilización occidental— genera, de modo automático, la disputa por el mismo. Los países-máquina, como EE. UU., Alemania, Gran Bretaña y Francia, por ejemplo, han visto crecer en proporción geométrica la capacidad de producción de sus respectivos aparatos industriales. Entretanto, la capacidad de absorción de los mercados de consumo, por el lento desarrollo vegetativo de la especie humana, y también por la desocupación creada por el maquinismo triunfante, sólo aumenta en proporción aritmética. Dicho en

otros términos, una producción industrial, cada vez mayor, lucha tenazmente por encontrar colocación en un mercado que aumenta de modo relativo (1).

La pugna por los mercados de consumo toma formas pacíficas en sus primeras instancias. Las potencias que poseen colonias o semicolonias alzan barreras aduaneras para impedir la entrada del competidor. Pactan tratados bilaterales de comercio estableciendo el sistema de la compensación. Mediante la propaganda, el crédito, la influencia directa o indirecta —y el uso de monedas especiales o el simple trueque, como en el caso de la expansión comercial alemana— procuran, de cualquier suerte, derrotar al adversario. Indoamérica —con sus 130 millones de habitantes—, Africa y Asia, esta última especialmente, con su gran cantidad de pobladores, que son países-campos, sin industria, por ende sin producción manufacturera importante, han sido los escenarios donde esta guerra silenciosa e incruenta se ha llevado a cabo. Pero esta pugna, como todas, alcanza un punto de saturación. Y cuando los esfuerzos de penetración comercial se hacen estériles, estallan los métodos coercitivos. Japón, que es también país manufacturero, conquista a cañonazos el mercado chino. Alemania, gran productora industrial, en abierta guerra comercial con sus rivales, tenía que plantear, tarde o temprano, en el mismo terreno de violencia, las aspiraciones de dominio congénitas a la naturaleza de su organización económica. Gran Bretaña y Francia, a su vez, sólo podían tolerar hasta cierto límite la filtración metódica de su contrincante, y era previsible que alguna vez apelarían a

(1) "El índice de producción industrial del mundo aumentó de 1932 a 1935 en un 60%, y en cambio, el comercio permaneció estacionario".—Wagemann, Ernst. "Estructura y Ritmo de la Economía Mundial". Ed. Labor, 1937, p. 391.

la violencia para intentar la destrucción del competidor (1).

Empero, no sólo es la lucha por la posesión o dominio de los mercados de consumo lo que arrastra a los países industriales, a las grandes potencias capitalistas del mundo, a acudir al milenario y bárbaro sistema de la destrucción del adversario. Juega también un rol decisivo la pugna por la posesión o dominio de las materias primas indispensables para la supradicha producción industrial. ¿De qué le vale a un desarrollado país-máquina contar con un magnífico aparato de producción si no tiene en sus manos las materias primas que debe transformar? ¿Cómo podría nutrirse un pueblo dedicado a la industria, con producción agraria insuficiente para sus necesidades, si no importa los productos alimenticios que necesita? ¿Puede permanecer impasible si advierte que sus rivales intentan establecer virtuales monopolios que amenazan con la privación de los productos indispensables? (2).

Esta evidente contienda por la apropiación de materias primas se hace mucho más aguda en el caso del petróleo. La máquina es un gigante muerto sin su energía motriz. Antiguamente, el aparato industrial del mundo dependía, principalmente, del carbón. La gran guerra pasada tuvo como objetivos principales la conquista de las cuencas carboníferas del continente europeo. Pero, en su transcurso se acrecentó insospechadamente la importancia del petróleo como energía de la máquina. Muy

(1) "La exportación alemana creció de 1925 a 1931 en un 10% y la inglesa disminuyó a menos del 50%.—Wagemann, W., Ob. cit., p. 424.

(2) Mucho puede colegirse del desarrollo futuro de la historia estudiando la actual distribución de propiedades de las materias primas del mundo que reproduzco en la página del frente, tomándola de las estadísticas de la S.D.N.:

en especial, aparte de su utilización en actividades de paz, el petróleo reveló su función protagónica en la industria bélica. Los buques de guerra se alimentan con petróleo. Los aviones de bombardeo y caza actúan con derivados del petróleo. Las columnas motorizadas dependen del petróleo. Lord Curzon pudo decir, al término de la contienda del 14, que la victoria llegó sobre olas del precioso líquido negro. El actual conflicto lleva hasta una evidencia axiomática la convicción de que aquel producto cumple una función sustantiva en la economía de paz, y un rol primerísimo en una guerra. Ningún país que quiera precaverse de las contingencias del futuro —y todos lo intentan al menos— puede resignarse a no tener abastecimiento petrolífero asegurado. Pero las grandes potencias no lo producen en sus respectivos territorios, excepto Rusia y Estados Unidos. Por ende, la actual guerra, además de la posesión o dominio de las materias primas industriales o alimenticias que necesitan los

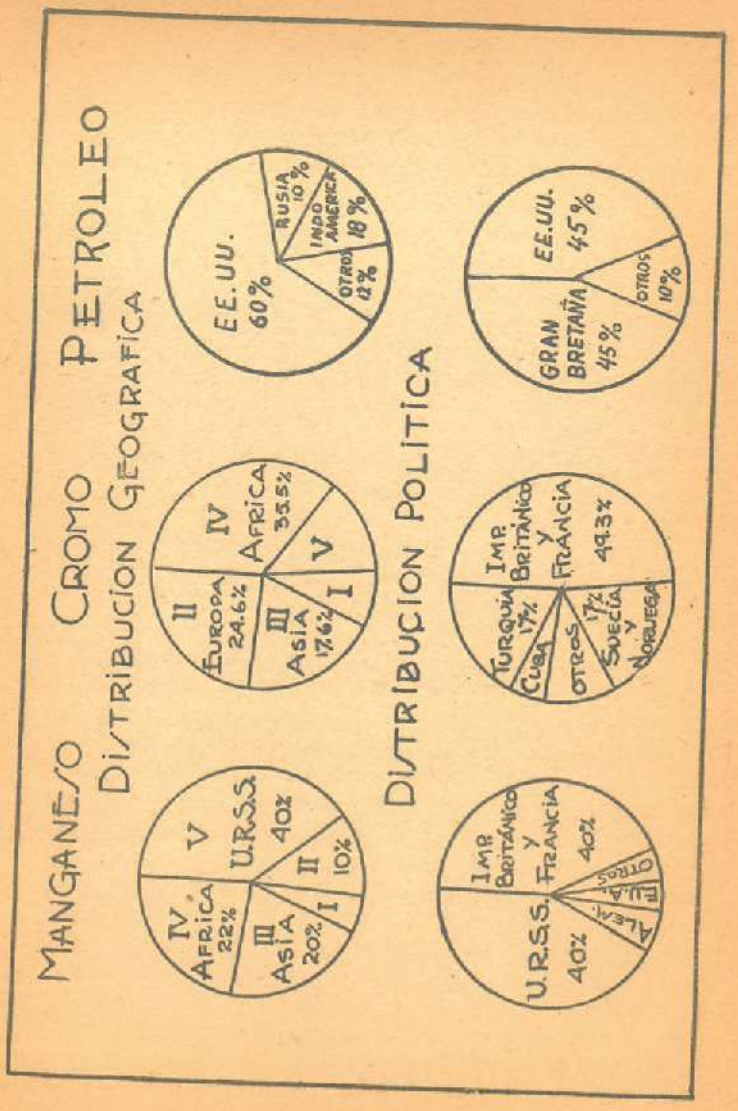
	Ingl.	USA.	URSS.	Fran.	Holan.	Ital.	Jap.	Alem.
Cobre	28.1	15.9	3.4	—	—	0.1	5.5	2.1
Hierro	12.2	20.7	18.4	28.6	—	0.4	0.7	4.0
Plomo	43.0	19.5	2.1	0.4	—	1.4	0.5	4.3
Níquel	85.7	0.2	—	9.0	—	—	—	—
Estaño	42.5	—	—	1.0	16.8	—	1.4	—
Cinc	31.8	28.4	2.0	0.5	—	3.0	1.4	9.3
Carbón	24.7	34.0	8.5	4.4	1.2	—	3.7	12.4
Petróleo (*)	1.5	59.5	11.7	—	2.9	—	0.1	0.1
Pirita	4.0	4.0	5.6	2.7	—	10.9	13.4	2.8
Oro	71.1	10.1	11.5	1.2	0.3	—	3.6	—
Plata	20.1	13.7	0.2	0.2	0.5	0.2	4.0	3.8
Platino	59.4	0.8	24.2	—	—	—	—	—
Caucho	57.9	—	—	2.0	37.4	—	—	—
Algodón	17.3	49.0	7.1	0.1	—	—	0.5	—
Lana	50.1	12.3	3.7	3.2	—	0.7	—	0.8

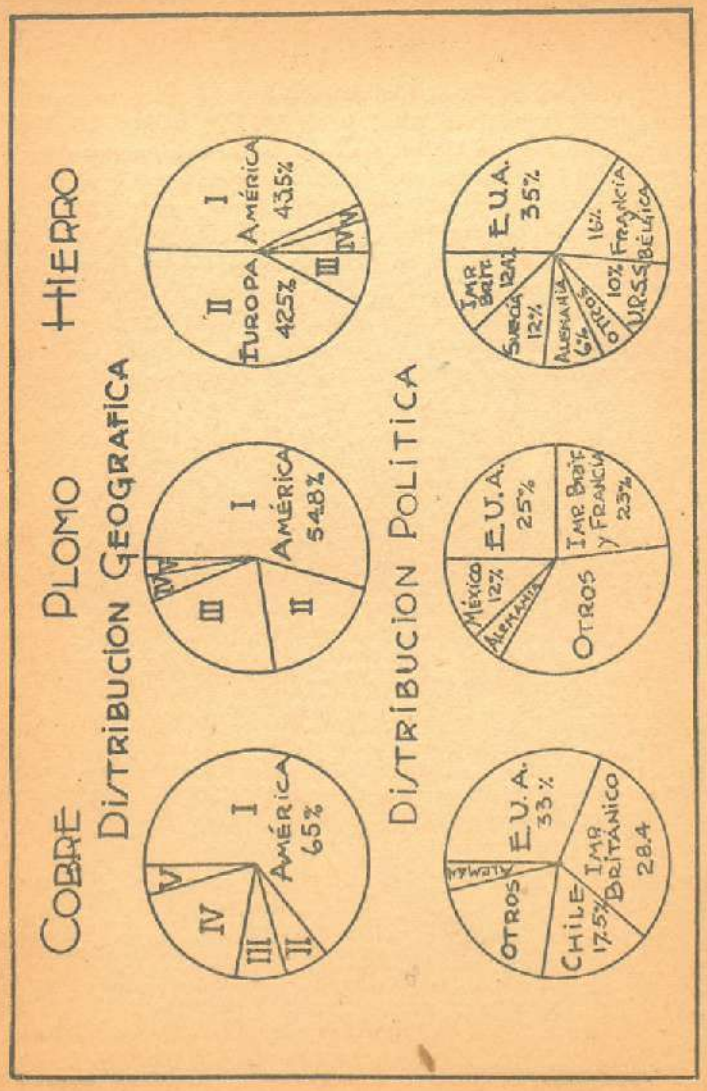
(*) Sin contar el obtenido bajo la fiscalización inglesa en el Irán y el Irak.

países-máquina, es, sobre todo, una contienda despiadada para asegurar el control del petróleo, nervio motor de la industria contemporánea. (Ver Diagramas, págs. 29-30.)

No es por una casualidad que los tres países totalitarios: Alemania, Japón e Italia, carecen de colonias —mercados de consumo— y de materias primas. Ello ilumina, a la luz del materialismo, las causas más profundas de la guerra: el ataque a los países que poseen ambas ventajas económicas. Por no poseer ni unas ni otras, los totalitarios hubieron de centralizar su economía para armarse, y paralelamente tuvieron que imponerse gobiernos de fuerza. La democracia es una institución cara. Y la libertad individual, con el juego de partidos de oposición, crítica sin censura previa, y alternativas parlamentarias, crea dificultades en el camino de una dictadura que no quiere perder energías en luchas internas, sino dedicarlas a la preparación bélica, aunque, paradojalmente, debe invertirlas en mantener un Estado policíaco.

A su turno, tampoco era una mera coincidencia que Gran Bretaña y Francia, con extenso mundo colonial —mercado de consumo— y con fuentes de materias primas aseguradas, tuvieran instituciones democráticas. Poseen riqueza sobrada para solventar el costoso sistema. Este corresponde, además, por un paralelismo reflejo, a la libertad de que disfrutan los capitales en una economía no centralizada por el Estado. Las potencias democráticas, victoriosas y ricas no tenían por qué ajustarse el cinturón y no necesitaron, por ende, apretar las cuerdas de la política hasta una esclavitud dictatorial. La contienda ha probado que la capacidad organizativa y de desplazamiento rápido de los totalitarismos aventaja al complejo y moroso sistema democrático. Pero, esta evidencia formal no prueba que aquéllos sean superiores a éste como organización definitiva de la sociedad humana sino





en los momentos de la historia en que se hace indispensable un esfuerzo conjunto y rápido de lucha. Resulta absurdo, por tanto, deducir de la victoria alemana sobre Francia que la democracia es un mal sistema y el totalitarismo una buena organización. Sólo puede colegirse que para una guerra moderna, éste lleva ventaja. Empero, la humanidad no puede organizarse sólo para vivir en perpetuo conflicto bélico. Justamente, las formas dictatoriales imperialistas tienen que desembocar en guerras. Dentro de la democracia, en cambio, cuando la libertad permite la ingerencia de fuerzas de oposición que acicatean el perfeccionamiento permanente, es posible que el hombre, mediante el análisis sin restricciones, vaya alcanzando formas de organización cada vez mejores. La paz, y el progreso integral que es su consecuencia, sólo pueden madurar como fruto del crecimiento libre de la personalidad humana. La dictadura de un hombre o de un grupo de hombres, disfrazada con el ropaje del Estado o de la raza —fascismo y nazismo— anula y frustra la cooperación espontánea de cada ciudadano, única fuente nutricia, a la que ciega una dictadura, con toda su secuela de capillismos e intereses creados.

Pero, esta digresión nos aleja del tema central de este capítulo, por importante u oportuna que sea. Medítela cada cual en el fondo de su conciencia. Para la articulación de nuestro planteo, hemos querido demostrar que la actual guerra, además de sus causas nacionales, y de los factores psicológicos o doctrinarios, está determinada —de modo principal— por la lucha abierta por los mercados de consumo y las materias primas, especialmente por el petróleo, cuya es la consecuencia natural de la organización típica de los países en lucha (1).

---

(1) Además de los combustibles, los que podríamos llamar "minerales de guerra" son, en orden de importancia aproximada, el cobre, el hierro, el plomo, el manganeso, el cromo, el cinc, el

CAPITULO II

INDOAMERICA, CAMPO DE GUERRA

Haya de la Torre, en su medular libro *"El Antimperialismo y el Apra"*, escrito en 1928, formula esta afirmación: "La guerra entre EE. UU. y alguna otra potencia imperialista, o entre los EE. UU. y varias potencias, o entre los Estados Unidos y toda Europa —como, no por simple alarde profético sin duda, sino por deducciones de orden económico, lo predecía Edison hace pocos meses— no ha de ser un acontecimiento que pueda sorprendernos. Dentro de la dialéctica del proceso histórico del capitalismo en su etapa final imperialista, predecir una guerra no es hablar como las brujas del primer acto de Macbeth. Más aún, dentro del sistema

estaño, el aluminio, el niquel, el tungsteno y el vanadio. En los anteriores diagramas, hechos por Luis V. de Abad ("Cuba Económica y Financiera", mayo de 1940), sobre los datos de los Anuarios Estadísticos de la S.D.N., correspondientes a 1936, puede verse su distribución geográfica y política. A este último efecto, el grupo británico abarca todos los países del Imperio. El grupo alemán comprende la producción propia y la de los países conquistados por el Reich hasta esa época: Austria, Checoslovaquia y Polonia.

de relación económico-política de los Estados imperialistas, la guerra es inevitable" (1).

La política armamentista de los EE. UU. a mediados de 1940, y su correspondiente política externa, revelan claramente, para el observador menos informado, que a pesar de la prédica aislacionista, de las influencias políticas puestas en juego, de la experiencia wilsoniana y del instintivo horror a la guerra característico del pueblo norteamericano, la gran nación comprende la fatalidad de su destino. El país que posee casi todas las reservas de oro, que cuenta con un altísimo porcentaje de los recursos industriales del mundo, que tiene sus intereses repartidos en gran volumen más allá de sus fronteras, no puede permanecer cruzado de brazos ante el surgimiento de las potencias totalitarias, poseedoras de un activo aparato industrial, armadas hasta los dientes, y que, victoriosamente, amenazan imponer un nuevo reparto de mercados de consumo y de abastecimiento de materias primeras.

No sólo es Alemania triunfadora la que, zarpazo tras zarpazo, con una técnica y táctica inspiradas en Maquiavelo, asoma en el horizonte europeo como amenaza. Es también la Italia de Mussolini, industrializada y con 60 horas de trabajo semanales, miles de cuyos hijos han injertado su destino en tierras de ambas Américas. Y es, sobre todo, el silencioso y frío imperialismo japonés, dueño de un poder bélico respetable, que tras la liquidación de sus conflictos en el Lejano Oriente, habrá de plantear a EE. UU. la lucha por la hegemonía en el Océano Pacífico y la América del Sur (2). Las

(1) Haya de la Torre. "El Antimperialismo y el Apra". Ed. Ercilla, p. 102, Santiago, 1937.

(2) "El Japón cuenta en América Latina con posibles aliados contra Nueva York, cuya importancia no disminuye por el hecho

tres potencias totalitarias, Alemania, Italia y Japón —excluida Rusia por ahora— aparecen evidentemente coligadas en el natural propósito de derribar —para reemplazarlo— al coloso capitalista americano que posee en sus manos gran parte del dominio económico del mundo.

Creer que EE. UU. puede permanecer al margen de la guerra, sea por voluntad de sus pacifistas, por la rendición de Gran Bretaña, o porque Alemania, Italia y Japón procuren un entendimiento pacífico, es desconocer o negar las causas esenciales que determinan los conflictos bélicos, señaladas ya en el capítulo anterior.

La pugna de los totalitarios contra EE. UU. no sólo es la prolongación lógica de la lucha entre dictaduras y democracias —ya que EE. UU. se jacta con razón de poseer una libre democracia—, sino que es la previsible consecuencia obligada de una disputa a muerte por la hegemonía mundial.

En ella, recordémoslo, no sólo se juega el futuro de la producción norteamericana y de sus mercados interiores, sino también los mercados y las materias primas de los países vecinos, de los cuales, por razones geográficas, económicas y políticas, EE. UU., conforme a la doctrina Monroe, se siente guardián y protector. Son,

---

de que no se hable de ellos".—Spengler, Oswald, "Años de Decisión". Ed. Ercilla. Pág. 51.

"El Japón extiende ampliamente su influencia. La tiene en el Perú y en el Canal de Panamá. La pretendida consanguinidad entre japoneses y mexicanos ha sido celebrada y acentuada en varias ocasiones". *Spengler*. Ob. cit. (p. 145). "La inmigración japonesa al Brasil es la primera por su importancia. Hay 500.000 japoneses en el sur del Brasil". *Giudice E.* "Penetración totalitaria en América". "Crítica" de Buenos Aires, junio 16, 1932. En el Perú, en 1940, se descubrió una organización clandestina. Hay más de 30.000 japoneses organizados. A este respecto poseemos un documento ilustrativo que prueba que el Ejército peruano se preocupa del problema y que lleva fecha de junio 26 de 1929.

pues, las riquezas que controla el Tío Sam, dentro y fuera de su marco territorial, cuanto se halla en disputa, y es, sobre todo, la esencia misma del sistema, vale decir, el patrón-oro lo que amenaza derrumbarse con una victoria nazi en el orden mundial.

Los totalitarios, muy especialmente los economistas alemanes, predicen que por medio de la división internacional del trabajo y el sistema del intercambio a base del trueque, podrá abrirse nuevos rumbos al comercio mundial: *máquinas a cambio de materias primas,* por ejemplo. El nuevo método ha sido ensayado con heterogéneas consecuencias durante el periodo de rivalidades pre-bélicas y pudo advertirse que no podrá triunfar en tanto exista el más antiguo del pago en oro, medida internacional a la que se ajustan la costumbre y la mayor parte de las instituciones económicas: *oro a cambio de materias primas.* Pero, la situación varía ante una Alemania vencedora, ante sus aliados vencedores, porque éstos podrán imponer por la fuerza su sistema. Incluso, debe afirmarse que para conseguirlo han hecho uso de la violencia. ¿Qué haría EE. UU. con sus enormes reservas de oro, representativas de riqueza acumulada, si el metal amarillo o sus personeros bancarios, dejan de existir sobre gran parte del mundo, como efecto de los nuevos métodos impuestos por Alemania y sus amigas? Y, a la inversa, ¿de qué valdría la victoria a los totalitarios si subsiste, intacta, una potencia como EE. UU., dueña de tan poderoso aparato industrial, y de tan vasto y rico mercado de materias primas, que seguirá empleando el atractivo oro como base de su comercio exterior? Recordemos que en las sucesivas invasiones de Checoslovaquia, Polonia, Holanda, Bélgica, Francia, y seguramente hoy en la previsora Gran Bretaña, el oro ha sido el primer evacuado, el personaje preferido a las mujeres y los niños, cuya existencia preciosa ha sido puesta a salvo con la mayor segu-

ridad y rapidez. El ejército nazi ha encontrado vacías las arcas de un sistema que fuga a mayor velocidad que el avance de sus tanques de 70 toneladas. ¿Va a resignarse a que el fruto de la victoria se esfume ante él como un fantasma? ¿Va a entablar la persecución desesperada del oro a través de toda la tierra? ¿O simplemente Alemania intensificará el sistema de trueque, ensayado ya en épocas de paz, imponiéndolo por la fuerza a los vencidos, y atacando a la única gran nación capaz de competir y defenderlo?

Todo indica, pues, que en el veraz mundo de la economía, que es el que proporciona los pronósticos más solventes y orientadores, la intervención de EE. UU. en una guerra es simple cuestión de tiempo. Asistimos a un momento histórico decisivo en que juegan su destino dos sistemas políticos, dos grupos que disputan mercados y fuentes de materia prima y, por último, el sistema de circulación internacional de la riqueza. Esta pugna es a muerte y sólo pueden desconocerla quienes, hundidos hasta las orejas en el blando pantano del pacifismo porque sí, del optimismo panglosiano porque sí, no quieren o no pueden ver la realidad.

Pero, hay otro factor de igual o mayor importancia que induce a pronosticar con firmeza que EE. UU. entrará en la guerra, y es el anunciado propósito del gobierno inglés de trasladar al Canadá su sede —y su oro— en caso de que los intentos de invasión alemana a las islas británicas alcancen el resultado que buscan. El Canadá, como es sabido, es un país con una larga e indefensa frontera de 6.000 kilómetros con EE. UU. Jamás podría aceptar el gobierno de Washington que allí se llegara a instalar una colonia alemana. Sería imposible mantener neutralidad si combates terrestres, aéreos o navales, se realizan a pocos kilómetros de distancia de la orgullosa Nueva York. Justamente porque así lo

prevé con certidumbre, el gobierno de Churchill anuncia su posible viaje al Canadá. ¿Por qué no lo hace a Egipto, o a la India, o a Australia, Africa del Sur o Nueva Zelandia, estas tres últimas, sin duda, las colonias más seguras y leales? Precisamente porque su afán es arrastrar a la guerra a los EE. UU., para poner en juego su valioso aporte de hombres, material y dinero. Sólo una amenaza de este volumen, que haga presentir el estruendo de cañones y bombas sobre las fronteras de la Unión decidirá a los partidos políticos norteamericanos, a permitir que los "boys" tomen las armas para luchar junto a sus primos, los "tommies" de Gran Bretaña.

Casi resulta innecesario agregar más argumentos para solventar la opinión de que —salvo el acaecimiento de imprevisibles factores— EE. UU. estará en guerra, dentro de pocos o muchos meses, quizá contra Alemania e Italia, quizá también contra el Japón.

Ese día, automáticamente, nosotros estaremos en conflicto.

Querámoslo o no, seremos arrastrados a la contienda. Porque la neutralidad no es un hecho posible por deseo subjetivo. En vano resultará que clamemos llorosa o dignamente: "¡Queremos ser neutrales!" Esta última guerra europea, más que todas las anteriores, enseña que cuando las grandes potencias se juegan su destino, no retroceden ante los deseos subjetivos de los pueblos débiles. Es necesario que quienes aún no se han percatado se convenzan, mirando el mundo, que acabaron, por lo menos ahora, las fronteras dibujadas en tratados de papel, las promesas habladas o escritas de cualquier intensidad y orden, los juramentos de amistad o de respeto, y que sobre la tierra, donde ha desatado su loca y furiosa ambición una potencia que aspira a la hegemonía mundial, no hay otro lenguaje que el de los tanques, cañones y bombarderos.

Cualquier sistema de seguridad o neutralidad que se apoye en la inconsistente edificación jurídica, se derrumbará al primer soplido de la hélice de un avión de combate. ¿Acaso se olvida que Bélgica y Holanda recibieron promesa formal de Hitler de que sería respetada su neutralidad, y pocas semanas después fueron invadidas brutalmente porque así convenía a las necesidades estratégicas de un pueblo más fuerte? ¿Podemos desatender la circunstancia de que Polonia recibió garantía expresa de que Gran Bretaña y Francia declararían la guerra a cualquier país que le iniciara una guerra de agresión no provocada? ¿Y no recordamos, acaso, que Rusia invadió Polonia a sangre y fuego, sin que Inglaterra y Francia, harto atareadas en la suprema obra de defender su propia existencia, pudiesen dispensarle ayuda y ni siquiera rompieran relaciones diplomáticas con el invasor? Esto nos enseña a nosotros, pueblos indoamericanos, ricos pero débiles y divididos, que ninguna garantía de orden distinto al de nuestra propia fuerza podrá resultar eficaz para nuestra defensa, y que caeremos en ceguera suicida, y tremenda responsabilidad histórica, si no adoptamos las medidas previsoras que la realidad impone.

Empero, alguien podrá argumentar: ¿y por qué una guerra de EE. UU. con Alemania u otras potencias tiene que determinar que seamos arrastrados nosotros también? Vuelvo a transcribir conceptos de Haya de la Torre, contenidos en el libro ya mencionado: "Al estallar la próxima guerra imperialista, en que los Estados Unidos tomarán parte, correríamos grave riesgo si una política previsora no resguardara la soberanía de nuestros pueblos. Todas las industrias norteamericanas de materias primas con asiento en los países indoamericanos serían codiciadas por los enemigos del poder yanqui, que tratarán de atacarlo en todas sus posiciones. Nadie garantiza que

nosotros no fuéramos agredidos como dominios norteamericanos. ¿No lo fueron las colonias del Africa? Mientras no adoptemos una política enérgica y realista que nos libre de nuestra situación colonial o semicolonial, gravita sobre Indoamérica el peligro de convertirse en el ancho campo de una gigantesca batalla. Si hoy es el terreno de una implacable lucha económica de la competencia imperialista, en caso de guerra —culminación de todas las competencias del capitalismo— será escenario obligado de una terrible tragedia" (1).

Además de estas consideraciones económicas sustantivas, a las que volveré a referirme en el capítulo siguiente, basta mirar un mapa de América para comprender que una guerra moderna entre EE. UU. y cualquiera otra potencia, nos coloca en el campo de las operaciones militares, vale decir, en el campo de batalla. La gran defensa natural de los EE. UU. es el mar Atlántico, y la distancia que lo separa de Europa, y el Océano Pacífico que lo aparta del Asia y, particularmente, del Japón. Un ataque de los totalitarios —Alemania, Japón e Italia— a los EE. UU., no se concibe militarmente sin bases de apoyo en el propio continente americano. Y, a la inversa, una defensa de los EE. UU. ante el ataque referido, es virtualmente imposible sin la custodia o salvaguardia de esas posibles bases de apoyo. ¿Cuáles son ellas? Conforme a las antiguas leyes de estrategia defensiva basada en el poderío naval, determinadas islas y puntos estratégicos. Gran Bretaña, por esa circunstancia, ha repartido sus bases navales en sitios geográficos cruciales. En nuestra América, en el mar Caribe, además de dueña de la Honduras británica es soberana de las Islas Bahamas, Jamaica, Barbadas y Bermudas, y en el Atlántico Sur, de las Falkland o Malvinas. El

(1) Haya de la Torre. Ob. cit., pág. 103.

primer grupo custodia el acceso al Canal de Panamá, y el segundo vigila de cerca el Estrecho de Magallanes, rutas ambas obligatorias para el tráfico comercial entre Oriente y Occidente.

Estados Unidos, por la enorme extensión de su doble costa en el Océano Atlántico y en el Pacífico, sólo posee, desde el punto de vista de la defensa naval activa, en cada uno de ellos, la mitad de la flota que le asigna la estadística total. Para doblarla, concentrándola en uno solo de los mares, necesita virtualmente del Canal de Panamá. Pero, esto significaría dejar desguarnecida una de sus costas, por cuya causa el Canal le es indispensable. Todo su mecanismo naval está, pues, subordinado a esa ruta ganada a la naturaleza. Igualmente, su tráfico comercial marítimo entre Oriente y Occidente, donde está Nueva York, depende del Canal de Panamá, cuyo libre tráfico se convierte así en el objetivo fundamental de la defensa norteamericana, y cuya obstaculización o destrucción se torna también uno de los objetivos primarios de cualquier plan de ataque contra la Unión. Ataque y defensa del Canal convierten en campo de guerra toda la zona del Caribe, México, Centroamérica, Colombia y Ecuador.

Así se explica la política exterior norteamericana de los últimos lustros, que ha convertido al Caribe en *"Le Méditerranée Américaine"*, como lo llama el escritor francés Crokart en un libro que lleva ese título. Las bases navales de que puede disponer en la autónoma república de Cuba, la compra de las Islas Vírgenes, la posesión violenta de Haití y Puerto Rico y la antigua y reiterada oferta para adquirir la Guayana Francesa, revelan la determinación norteamericana de defender el Canal de Panamá en el Océano Atlántico contra cualquier ataque europeo apoyándose en puntos geográficos ajenos a su territorio continental. Por ende, a la inversa, un

ataque al Canal de Panamá por una potencia europea, significa la automática entrada al campo de guerra de Cuba, las costas de Venezuela y Colombia sobre el mar Caribe y eventualmente las mismas de Centroamérica y México. Si el conflicto se extiende, como es posible, al Océano Pacífico por la intervención japonesa en el plan totalitario, EE. UU. necesitará defenderse simultáneamente en el Oriente. En esta zona, aparte de las Filipinas y Hawaí, no cuenta con importantes bases para la defensa de su territorio. De ahí las reiteradas ofertas para establecer bases navales en las Islas Galápagos y su política de estrecho acercamiento con México, Centroamérica, Colombia y Ecuador, todos países cercanos a la Zona del Canal, cuyas costas, por tanto, le conviene custodiar como propias, para evitar en ellas el desembarco de fuerzas enemigas que puedan establecer bases de operaciones contra Panamá. Puede afirmarse que este primer aspecto de lo que podríamos llamar solidaridad geográfica en la defensa del Canal ha culminado en tal forma que, salvo la acción de "quintas columnas", EE. UU. tiene relativa seguridad en la red defensiva de islas y naciones que en uno y otro mar defienden su ruta marítima vital.

Pero dado el progreso de la guerra contemporánea, y sus objetivos más generales que analizaremos en capítulos siguientes, la custodia de la zona caribe obliga a su vez, por extensión, a la custodia de las costas del Brasil y Argentina en el Atlántico, y a las de Perú y Chile en el Pacífico, vale decir, a la totalidad del continente sur. Alemania, cercada por el bloqueo franco-británico, dió su primer salto hasta Noruega y llevó sus armas al círculo ártico para encontrar allí bases de operaciones lejanas que le permitieran aproximarse a bases geográficamente más inmediatas. La misma ley estratégica —similar al impulso de las aguas cuando bordean un obstáculo para seguir su curso— puede determinar

mañana en caso de ataque alemán o japonés, a comenzar las operaciones agresivas en zonas menos defendidas que las del Caribe, sobre todo porque ellas, además de importancia estratégica, cuentan riqueza intrinseca que las torna codiciables, como en los casos de Brasil, Argentina, Chile, Perú y Colombia, y, resultan fácilmente accesibles dada su debilidad, su división, y por último la presencia en ellas de importantes colectividades organizadas que responden a las tendencias de los países totalitarios.

La guerra entre EE. UU. y sus adversarios nos convierte pues en campo obligado de lucha, y no advertirlo a tiempo es irresponsable ceguera ilusionista. Pero, como si no fueran suficientes todos los factores ya enumerados, resta considerar la presencia en nuestro continente de numerosas posesiones de Gran Bretaña, Francia, Holanda y Dinamarca cuya transferencia de dominio en favor de Alemania, que ya venció a todas ellas excepto a la primera, plantea agudo problema. Groenlandia, posesión dinamarquesa ubicada en el círculo ártico, con un territorio libre de hielos de 90.000 kms. cuadrados y 13.000 habitantes, está a 2.000 kms. de distancia de EE. UU., o sea a 4 horas de vuelo a Nueva York. Ha sido ocupada por los ingleses, pero su destino postrero depende del tratado que celebre el Reich con la subyugada Dinamarca y del final de la contienda con Gran Bretaña. Más importante aún para los EE. UU. es la situación del Canadá, posible sede del gobierno inglés, con una superficie de casi diez millones de kms. cuadrados, con doce millones de habitantes, gran riqueza agrícola y con enormes inversiones de capitales estadounidenses. ¿Cabe concebir que EE. UU. contemple impasible su transferencia como si fuera el cheque de una cuenta bancaria? La vinculación de Canadá a EE. UU. es tan estrecha que puede afirmarse que su destino es común y que, como lo expresó Roosevelt claramente en su visita a

Otawa, la autonomía del Canadá está incluída, desde el punto de vista de la Cancillería de Washington, dentro de la doctrina Monroe. Recordemos, además, que en la Conferencia Panamericana de 1938 fué admitido un Delegado de Canadá, en calidad de observador. Frente a sus costas atlánticas tiene el Canadá la posesión francesa de Miquelón y la británica de Terranova cuya proximidad a Nueva York las convierte en puntos geográficos directamente vinculados a la defensa nacional de los EE. UU. Más al sur, las islas Bermudas productoras de café y especias, con 31.000 habitantes, bajo el dominio inglés, constituyen también territorios cuya suerte definitiva no puede ser indiferente a los EE. UU. Las Islas Bahamas, que extienden su rosario desde frente a la península de Florida hasta el norte de Haiti, antiguamente llamadas Lucayas, y en una de las cuales —San Salvador— puso su planta por primera vez Cristóbal Colón, son propiedad inglesa, y por su ubicación, están afectas al sistema de seguridad del Caribe. Directamente vinculadas al mismo problema estratégico están las posesiones inglesas de Honduras Británica o sea el territorio insertado dentro de Guatemala, en el continente, con 57.000 habitantes; la Isla de Jamaica situada al sur de Cuba, casi frente al Canal de Panamá, con más de un millón de habitantes y productora de azúcar, café y cacao; la Isla Dominica, con 43.000 habitantes; Santa Lucía, con 60.000 habitantes; Barbados, con 200.000 habitantes; Granadinas; las posesiones francesas de San Martín, y las muy importantes de Guadalupe y Martinica, todas las cuales forman un arco que incluyendo las Antillas Mayores corre desde el Canal de Florida hasta la costa de Venezuela formando una cadena insular de bastiones que constituye la defensa natural del Canal de Panamá. Como se ha visto, la mayor parte de esas islas son posesiones británicas, francesas u holandesas, cuya suerte depende del fi-

nal de esta guerra. Hay más posesiones de particular importancia estratégica. La pequeña Isla de Aruba y la de Curazao, posesión holandesa, frente al golfo de Maracaibo, en la cual se ha construído una de las más modernas refinerías petrolíferas del mundo y donde se elabora la mayor parte del petróleo que produce Venezuela, que es el primer país exportador del orbe. La Isla de Curazao, por consiguiente, es un centinela apostado en las puertas de los pozos petrolíferos más codiciados, y su posesión, por ende, tiene una importancia de primera categoría. Sería suficiente que Alemania la reivindicara al vencido gobierno holandés, e intentara ocuparla, para que los gobiernos de EE. UU. y Venezuela considerasen tal acto como un "casus belli". Parecida es la situación e importancia de la posesión británica de Trinidad, con 400.000 habitantes, y también frente a las costas petrolíferas de Venezuela, isla que en 1936 produjo el 0,7 % del petróleo mundial (1). En el continente mismo están

(1) La isla Trinidad produjo en 1936 petróleo por 13.237,075 toneladas, que suponen el 0.7% de la producción mundial. (Véase "El petróleo e Indoamérica", por Carlos Manuel Cox y Pedro Muñiz, en prensa en Buenos Aires, 1940, con prólogo de Manuel Seoane.)

Mapa pág. 45.—(1) Groenlandia, posesión de Dinamarca; (2) Islandia (Dinamarca); (3) Canadá, posesión de Gran Bretaña; (4) Isla Miquelón, posesión de Francia; (5) Isla Terranova (Gr. Bret.); (6) Islas Bermudas (Gr. Bret.); (7) Islas Bahamas (Gr. Bret.); (8) Honduras Británica; (9) Isla Jamaica (Gr. Bret.); (10) Isla Dominica (Gr. Bret.); (11) Isla Sta. Lucía (Gr. Bre.); (12) Islas Barbados (Gr. Bret.); (13) Islas Granadinas (Gr. Bret.); (14) Islas San Martín (Francia y Holanda); (15) Isla Guadalupe (Francia); (16) Isla Martinica (Francia); (17) Isla Curazao (Holanda); (18) Isla Trinidad (Gr. Bret.); (19) Guayana Inglesa; (20) Guayana Holandesa; (21) Guayana Francesa; (22) Islas Malvinas (Gr. Bret.).

las tres Guayanas, propiedad de Francia, Holanda y Gran Bretaña cuya transferencia de dominio acaba de afirmarse, por los EE. UU., que no puede ser aceptada por los países americanos. Existe además el complejo problema de las Islas Malvinas, posesión inglesa, que la Argentina justicieramente reclama como propias.

Tal enumeración de territorios americanos que pueden ser objetos de cambio o de pago conforme al epílogo de la guerra europea, y cuya ubicación los vincula en grado más o menos terminante a la seguridad del Continente, revela que la guerra está ya virtualmente operando en nuestro hemisferio y convirtiendo a Indoamérica en el campo natural de futuras batallas (1).

(1) El conjunto de las tierras americanas pertenecientes a países europeos —sin contar Canadá— forma una vasta extensión de 720.000 kms. cuadrados con una población total aproximada de cerca de 4 millones de personas. La mayoría de las posesiones son islas, muchas de formación coral pero todas son tierras de gran belleza y de historias de piratas. Los bucaneros del siglo XVIII y del XIX se guarecieron en sus bahías escapando de los temporales o gozaron de los encantos de sus costas mientras esperaban el paso de las galeras cargadas de oro que habrían de abordar. Algunas islas como las Bahamas, la Martinica, Guadalupe, se han convertido en importantes lugares de turismo. Sus playas, sus cocoteros, su vegetación frondosa y las hermosas puestas de sol que favorecen a esos sitios, atraen a millares de viajeros de todas las regiones del mundo.

Su distribución geográfica es la siguiente:

Gran Bretaña: Guayana, 311.000 habitantes; Malvinas, 3.100; South Georgia, 500; Terranova, 288.000; Jamaica, 1.200.000; Bermuda, 31.000; Barbados, 191.000; Trinidad, 388.000; Bahamas, 67.000; Windward, 186.000; Leeward, 142.000; Honduras Británica, 57.000.

Francia: Guadalupe, 305.000 habitantes: Martinica, 247.000; St. Pierre y Miquelon, 5.000; Guayana, 40.000.

Holanda: Guayana, 172.000 habitantes; Curazao, 91.000.

El gobierno de Washington, que advierte el peligro con mucha antelación, sigue por eso una política exterior que tiende a interesar a las 21 repúblicas americanas en la defensa simultánea y conjunta de cualquiera de sus territorios que estuviere en peligro o fuese invadido, y a garantizar con su acción concorde y homogénea el rechazo de cualquiera transferencia de dominio que afecte las numerosas posesiones ya mencionadas en favor de una potencia extracontinental. Estos pactos implican de hecho, la seguridad de que nuestras 21 repúblicas pueden encontrarse en guerra automáticamente apenas se firme algún tratado que Alemania dicte o imponga a cualquiera de las potencias que ya ha vencido (1).

En resumen, la disputa por los mercados y materias primas, por el sistema económico de cambio, la posibilidad de operaciones bélicas en el Canadá y la voluntad interna de los EE. UU. de cerrar el paso a la hegemonía alemana mundial, hacen fácilmente previsible la entrada de EE. UU. en la guerra. Y a su vez, producida ésta, por la defensa del Canal de Panamá, por ser base natural de operaciones y por el destino final de las colonias en el continente, Indoamérica está condenada tarde o temprano a jugar el mismo rol que Bélgica y Holanda, vale decir, a ser campo de batalla en el tremendo choque de los dos grandes grupos de potencias que disputan el dominio del mundo.

(1) En la Conferencia de La Habana acordóse desconocer toda transferencia de dominio de las colonias europeas en América. Este acuerdo llevará al *casus belli* con Alemania, en caso de que ésta derrote a Gran Bretaña.

CAPITULO III

INDOAMERICA. BOTIN DE GUERRA

Hemos procurado demostrar, en el Capítulo I, y esa es nuestra convicción, que la guerra, en último análisis, es principalmente una disputa por la posesión de los mercados de consumo y de las fuentes de materias primas, sin cuyo dominio la victoria militar carecería de bases sólidas y permanentes para prolongar su hegemonía. De conformidad con este criterio orientador, corresponde deducir que la guerra habrá de extenderse, sea en forma de presión pacífica, como en los casos de Dinamarca o Rumania, sea de modo violento, como en los de Bélgica y Holanda, hasta alcanzar los resultados apetecidos.

¿Cuáles son los mercados de consumo que se disputan los grupos de potencias en guerra? ¿Dónde están las materias primas a cuya posesión y control aspiran las mismas? ¿Cuál es la posición de Indoamérica frente a ambos problemas económicos?

Distingamos, ante todo, la función y categoría de cada país o grupo de países en relación a sus características económicas. Bujarin, recogiendo dispersos elementos de juicio acumulados por estudiosos anteriores a él, clasifica a las

naciones en países-máquina y países-campo, según sea dominante, en su estructura económica, su aparato de producción industrial o su producción-agrominera (1). El economista alemán Wagemann, a su turno, distingue a los países en supercapitalistas, semicapitalistas, neocapitalistas y acapitalistas (2), señalando, con leves diferencias, las mismas líneas demarcatorias que utiliza Bujarin. Invocamos estos testimonios, pertenecientes a escuelas opuestas en el terreno político, porque ambos coinciden, a pesar de su antagónica ubicación, en el mismo diagnóstico sustancial. Las grandes potencias en guerra, para los dos autores, son países-máquina o supercapitalistas. E Indoamérica, para ambos también, compone una unidad de país-campo o neocapitalista.

Las características de los primeros son: a) la posesión de una aparato industrial vastamente desarrollado, que fabrica productos manufacturados para los cuales necesita amplio mercado de consumo; b) la concentración de grandes capitales que se transforman en energías financieras que buscan su campo de inversión más allá de las fronteras de su territorio; c) la dependencia en el abastecimiento de materias primas que, en su mayor parte, no poseen en su marco geográfico; d) la necesidad de regular ciertos mercados, mediante una política de precios que impida el alza excesiva o el derrumbe de determinados productos, y finalmente e) las necesidades estratégicas militares, para salvaguardar todo el complejo mecanismo (3).

Las características de los segundos son: a) la in-

(1) Bujarin, "El Imperialismo y la economía mundial". Ed. Ercilla.
(2) E. Wagemann, "Estructura y Ritmo de la Economía mundial". Ed. Labor.
(3) Seoane, Manuel, "La Garra Yanqui". Ed. Claridad, 1927. P. 54.

existencia de un aparato industrial de industrias pesadas o ligeras, que permita satisfacer todas las necesidades internas del consumo; b) la falta de capitales para poder desarrollar las industrias extractivas básicas; c) la posesión de materias primas abundantes en la agricultura o la minería; d) la sumisión de sus productos de exportación a la política de precios que fijan las grandes potencias, y e) el rol de sometimiento estratégico o militar en relación al poderío de aquéllas.

Indoamérica es un país-campo con un consumo de maquinaria de cinco unidades, en relación a las 42 que caracteriza a los países supercapitalistas (1), y que por tanto necesita importar en grandes cantidades artículos elaborados por la gran industria. Es un importante mercado de consumo. Según un cuadro estadístico confeccionado por Wagemann (2), importa anualmente más de 9.000 millones de Rm. de los cuales el 67 % corresponde a productos manufacturados, o sea un valor neto superior a 6.000 millones de Rm. Los países asiáticos, exceptuados Rusia y Japón, importan 13.000.000.000 de Rm., de los cuales el 68 % corresponde a productos manufacturados, o sea un total neto de 7.540.000.000 de Rm. El Africa, sin considerar el Egipto, importa 2.000.000.000 de Rm. de los cuales el 60 % corresponde a los mismos productos, o sea un total neto de 1.200 millones de Rm.

A la luz de estas cifras aparece nítidamente el siguiente orden jerárquico en los mercados de consumo que disputan las grandes potencias industriales:

ASIA	7.540	millones
INDOAMERICA	6.000	"
AFRICA	1.200	"

(1) Wagemann E. Ob. cit. Pág. 32.
(2) Wagemann E. Ob. cit. Pág. 442.

Si tomamos en cuenta que el Japón exporta, según la misma fuente, casi 5.000 millones de Rm., de los cuales la mitad corresponde a productos manufacturados, o sea 2.500 millones (que coloca principalmente en el Asia, mercado que las potencias totalitarias europeas no pueden entrar a disputar), se colige que el principal mercado de consumo para las mismas es nuestro continente. Pero en Indoamérica, además de Gran Bretaña, los EE. UU. ocupan un lugar prominente y por tanto, para dominar este mercado, se hará necesario tarde o temprano, un conflicto bélico.

En un interesante estudio del economista uruguayo Pablo M. Minelli (1), se señalan las inversiones de las grandes potencias en 1932, y allí se consigna que Inglaterra ha invertido en Indoamérica el 22 % de sus capitales en el exterior; EE. UU. el 36 % y Alemania 16 %. Además de estas cifras, Gran Bretaña ha invertido el 14 % en Europa y EE. UU. y el 58 % en el Imperio Británico. EE. UU., frente a los 3.000 millones de dólares invertidos en Indoamérica sólo ha colocado cerca de 500 millones en Asia y poco más de 100 millones en Africa. A su turno Alemania tenía invertidos en Indoamérica el 16 %, en Africa el 8 % y en Asia el 4 % de sus capitales en el exterior.

Estas cifras nos hacen ver con claridad el rol que Indoamérica desempeña como mercado consumidor de productos manufacturados y de capitales, comparativamente al Asia y a Africa. Ahora bien, en Asia vigilan los intereses del Japón y de Rusia, aliados de los países totalitarios europeos, y por ende no cabe concebir que, en un futuro inmediato, se entable una lucha por su dominio. Africa, como se desprende de las cifras anteriores

(1) P. Minelli. "Las Inversiones Internacionales en América Latina". Ed. Claridad. Bs. Aires (1939).

no es un mercado consumidor cuya capacidad de absorción pueda compararse con la nuestra. Por su conformación colonial y geográfica, además, caerá como fruta madura al regazo del grupo de potencias europeas que obtenga la victoria militar. Indoamérica, por la categoría de absorción que señalan los guarismos precedentes, es en cambio una zona codiciada. De ahí se desprende el celo con que EE. UU. defiende nuestra autonomía y de allí se deduce también la inevitabilidad futura de una guerra por su disputa. Asia y Africa, como consecuencia del reparto colonial del mundo, puede afirmarse que ya tienen dueño señalado. En cambio nosotros, disfrutando de una relativa autonomía política, somos la presa o el botín que aún se querella. Nuestro destino último, si no elaboramos un rumbo propio que nos haga fuertes, y que permita defendernos, será ser víctimas de la nueva distribución. Es ingenuo creer que dentro de la concepción imperialista que es congénita al sistema de las potencias en disputa, pueda hacerse en favor nuestro un beneficio de excepción.

La dolorosa historia de la conquista de los pueblos débiles ha sido escrita por las ambiciones económicas de los pueblos fuertes y si hasta ahora no hemos sucumbido totalmente, hasta el grado de colonias absolutas, es porque la existencia de imperialismos rivales ha impedido nuestro sojuzgamiento definitivo. Pero si imperase sobre el planeta una sola potencia, o un grupo de potencias coaligadas, que dictasen su ley sin restricciones, no cabe duda que estaríamos condenados, por ricos, débiles y divididos, a seguir la misma suerte penosa que los pueblos asiáticos y africanos.

Pero no es sólo nuestra condición de importante mercado de consumo lo que señala nuestro último destino, sino también y de modo más importante, nuestra condición de fuentes de materias primas.

Conviene distinguir aquí la importancia especial de los volúmenes de exportación y de los volúmenes de producción. En las tablas indicadoras de la producción mundial no ocupamos siempre los primeros lugares. Pero las cifras de producción, a los efectos del consumo de materias primas por las grandes potencias, sólo tienen un valor relativo. EE. UU., por ejemplo, es el primer productor de petróleo en el mundo, pero como absorbe en su mercado interior casi todo su líquido negro, su producción no se encuentra en disputa. Son los saldos exportables de materias primas los que buscan afanosamente las grandes potencias industriales. Son las cuotas que salen al mercado internacional, aquellas cuyo dominio se aspira a obtener. ¿Cuáles son y dónde están? (1).

La principal es el petróleo. Este es el combustible que alimenta, que da impulso sustancial a la industria contemporánea. Su posesión está vinculada no sólo al desenvolvimiento de las actividades de paz, sino principalmente a las bélicas. La guerra marítima, la guerra motorizada en tierra y la guerra en el aire dependen exclusivamente de la posesión de fuentes petrolíferas. Por tanto, la seguridad de las grandes potencias está íntimamente vinculada a su control, y es presumible que la lucha por el petróleo adquiera los contornos más violentos. La victoria militar alemana en el continente europeo carecerá de posibilidades de perduración si potencias enemigas o simplemente no aliadas, mantienen el contralor del pre-

(1) "Tanto en América del Norte como en la del Sur, la economía de exportación sigue representando, todavía, una porción relativamente muy considerable en el conjunto de las transacciones económicas. En el año 1928, el comercio exterior de Europa se cifraba (prescindiendo de las relaciones intereuropeas), en poco menos de 200 Rm. por habitante, mientras que en los EE. UU. la cuota era de 300, en Argentina de más de 700 y en Chile de 400 Rm". Wagemann Ernst. "Estructura y ritmo de la Economía Mundial". Ed. Labor. p. 385.

cioso líquido negro. Bastaría un boicot sistemático para que, en un plazo más o menos largo, determinado por la cuantía de los stocks petrolíferos, tuvieran que detenerse buques, tanques, columnas motorizadas y aviones. La falta de petróleo podría conducir a la parálisis a la gigantesca y omnipotente maquinaria bélica alemana. El petróleo, en última instancia, es, por ahora al menos, mientras no se le encuentre substitutos, la base de todo poder militar. De semejante evidencia, que por serlo no necesita comprobaciones, se desprende que Alemania triunfadora habrá de conquistar el petróleo que necesita, por la presión o la violencia. Habrá de luchar sin descanso, utilizando todos sus recursos bélicos, para arrancarlo del dominio de países rivales y ponerlo bajo su custodia. Cualquier estratega con nociones de economía puede predecir el rumbo postrero de las operaciones bélicas, investigando dónde están las fuentes petrolíferas en el mundo. Y no aquellas cuya producción absorbe el mercado interno, sino aquellas cuyos saldos de exportación están disponibles.

El profesor Walter Schmidt (1) señala las siguientes cifras de producción petrolífera del año 1934 por orden de importancia: EE. UU. el 60 %; Indoamérica el 16 %; Rusia el 11%; Rumania el 4 %; Persia el 3 %, y las Indias Holandesas el 3 %, dispersándose el resto en otros países productores. Pero EE. UU. consume el petróleo que extrae. Rusia tiene un saldo exportable reducido. Japón absorbe la cuota principal de las Indias Holandesas. Es Indoamérica, principalmente Venezuela, el lugar del mundo donde el petróleo surge para ser exportado a los grandes países industriales.

Si a estas consideraciones agregamos que los EE. UU. poseen una capacidad industrial considerable, que le

(1) Schmidt W., "Geografía Económica". Pág. 342 y siguientes. Ed. Labor.

va a permitir montar una maquinaria bélica capaz de infundir respeto; que Rusia, además de aliado de Alemania, es un país armado poderosamente, resuelto a defender su territorio, que ofrece grandes dificultades por razones de clima y modos de comunicación, puede deducirse que Indoamérica —con su gran producción, dividida en países que hasta ahora no quieren concertar su alianza en común, con sus enormes costas sin defensa para repeler un ataque— es la presa natural sobre la que habrán de arrojarse las potencias que aspiran a asegurarse suficiente abastecimiento petrolífero. La pequeña cuota rumana, sumada a la de Persia, aun no conquistada, y a la que vigila un importante ejército, no alcanza a satisfacer las necesidades del exhaustivo consumo europeo. El petróleo no se extrae en el Lejano Oriente y tampoco en Africa. Es riqueza nuestra y por tanto nuestra posible fuente de perdición (1).

(1) En la interesantísima obra en prensa sobre el petróleo e Indoamérica, de Carlos Manuel Cox y Pedro E. Muñiz, se dan las siguientes cifras: Producción mundial de petróleo en barriles de 42 galones, año 1936 (razón de conversión: 7 bbls., 1 ton.):

Estados Unidos	1.098.516.000 — 61.6%
México	41.026.724 — 2.3%
Trinidad	13.237.075 — 0.7%
Venezuela	159.905.526 — 8.9%
Colombia	18.756.110 — 1.1%
Ecuador	1.922.215 — 0.1%
Perú	17.593.149 — 1.—%
Bolivia	200.000 — 0.01%
Argentina	15.551.998 — 0.9%
Otros países	415.795.205 — 23.39%
Total mundial	1.782.504.002 — 100 %

(Véase cap. III. En prensa en Buenos Aires. 1940. Con prólogo de Manuel Seoane.)

Pero veamos la situación de otras materias primas. En un valioso estudio publicado por un grupo de estudiantes ingleses (1), se señala que el salitre es un monopolio virtual de Chile, excepto el sintético. Que sólo entre Chile y Perú pasan del 20 % de la producción mundial de cobre. Que Bolivia alcanza el 20 % de la producción de estaño. Y que Indoamérica produce importantes cantidades de oro y plata. André Siegfried en un interesante trabajo (2), señala que las principales riquezas minerales del Continente, exceptuando México y Centroamérica, son: el 94 % de los nitratos del mundo, el 21 % del estaño, el 19 % del cobre, el 11 % de la plata. En la obra ya citada del profesor Schmidt (3), se indica que Indoamérica posee el 20 % de las reservas mundiales de petróleo y el 12 % de las de fuerza hidráulica. En la extracción de oro, el Africa austral británica ocupa el primer lugar, siguiéndole Rusia, Canadá, EE. UU., Australia, Rhodesia, México y Colombia. En la plata, México produce cerca del 50 %, siguiéndole EE. UU. Canadá, Australia, Perú y Bolivia. En el cobre, Chile ocupa cómodamente el primer lugar entre los países exportadores, siguiéndole Canadá, el Congo belga, México y el Perú. En estaño, sólo la Malaya británica y las Indias Holandesas compiten con Bolivia. En mercurio, España, Italia y EE. UU. sobrepasan la producción de México y Bolivia. En platino, la primera producción es de Rusia y la segunda de Colombia.

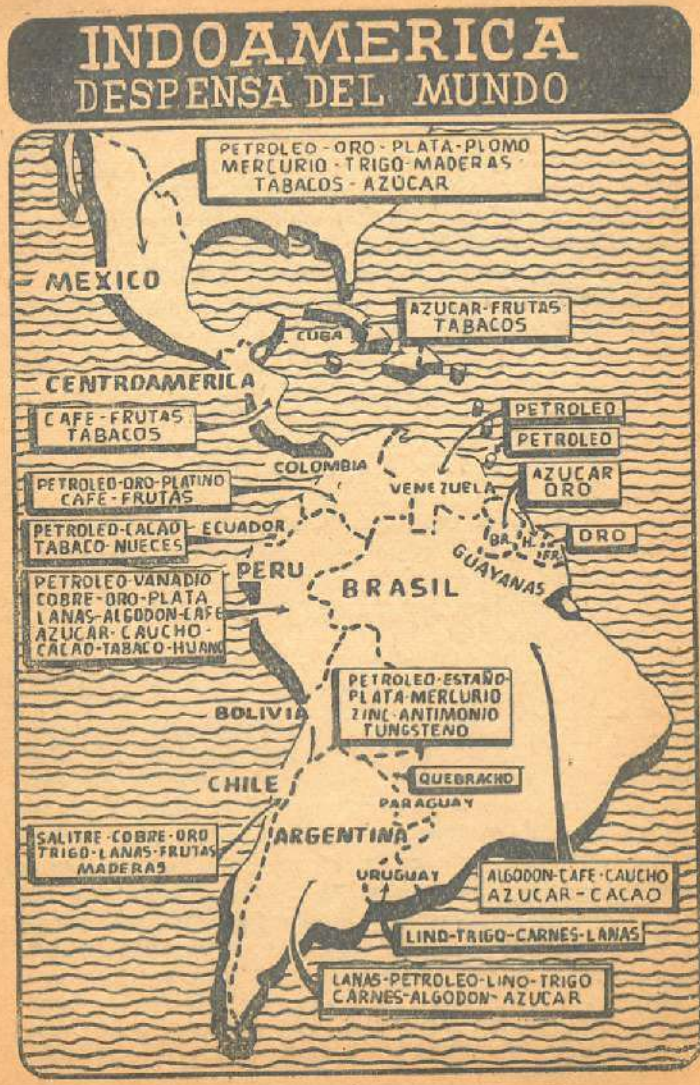
Podríamos seguir en este inventario de riquezas minerales demostrando la importancia de la producción Indoamericana. Pero conviene reiterar, antes de seguir adelante con los productos agropecuarios, que las cifras anteriores, salvo excepciones, se refieren a la producción. Si señaláramos los saldos de exportación, esto es las cuotas de materias primas que están a libre disposición de los países industriales consumidores, veríamos que Indoamérica ocupa en casi todos los casos, como el petróleo venezolano, el salitre chileno, el estaño boliviano, el vanadio peruano, la plata mexicana, o el cobre chileno, los primeros lugares en las estadísticas del mundo.

(1) Royal Institute of Oxford. The Republics of South-America. Londres. Pág. 330 y siguientes.
(2) Siegfried André. "América Latina". Ed. Ercilla.
(3) Schmidt. Ob. cit. Pág. 340 y siguientes.

El libro de los estudiantes ingleses, ya mencionado (1), señala que sólo la Argentina produce el 20% de trigo y el 80 % de las exportaciones de lino. Argentina y Uruguay son los primeros exportadores mundiales de carne y tienen el 20 % de la producción de lanas. Brasil y Colombia extraen el 60 % del café que consume el mundo. Brasil, Perú y Argentina el 9 % del algodón. Brasil, Ecuador y Venezuela el 19 % del cacao. Brasil, Perú y Argentina, sin contar Cuba, el 13 % de azúcar. Además Indoamérica tiene enormes riquezas en madera, fruta, caucho, tabaco, quinina, coca, etc. El profesor Siegfried anota que América del Sur proporciona el 74 % del guano, el 15 % de la lana, el 76 % del café, el 20 % del cacao, el 10 % del maíz, el 6 % del trigo, el 8 % del azúcar y el 18% de las carnes (2). Y en las estadísticas de Schmidt (3), se advierte que la Argentina tiene el 40 % de la exportación de trigo y el Canadá otro 40 %; que ocupa el primer lugar en la exportación de cebada y el maíz; que Cuba tiene el primer puesto entre los países exportadores de azúcar, repitiéndose estos altos porcentajes y primeros lugares en el comercio de café, cacao y carnes, en favor de Indoamérica. (Ver Mapa, pág. 58).

Somos pues, ante el irrefutable testimonio de los hechos, la más rica y vasta despensa de materias primas,

(1) Ob. cit. Pág. 330 y siguientes.
(2) Ob. cit. Pág. 24.
(3) Ob cit. Pág. 360 y siguientes.



por cuya posesión disputan los dos grupos de potencias imperialistas. Somos, también, el más importante —entre los que están a libre disposición— de los mercados de consumo de productos industriales y manufacturados. Vale decir, constituímos una rica presa de guerra, un campo natural de codicia y sojuzgamiento. Si a estas circunstancias de orden positivo, agregamos los factores negativos de debilidad y división, nuestras costas indefensas, nuestro desarme, nuestras rivalidades o desconfianzas mutuas, podemos colegir, sin caer en lo fantástico, que nuestro futuro entraña la agravación de los riesgos. Son fantásticos e ingenuos quienes creen que la relativa autonomía política de que ahora disfrutamos, como consecuencia del equilibrio forzado de influencias que determina la coexistencia de imperialismos rivales, puede prolongarse en virtud de milagros, de buena voluntad, de bondad ingénita. Es decir de todos los factores gaseosos de un sentimentalismo que desconocen y repudian las necesidades premiosas de plano material que empujan a las potencias a arrojarse unas contra otras y luego sobre los pueblos débiles que constituyen la presa en disputa.

Conforme a un criterio veraz, el estudio de nuestra capacidad económica absoluta y relativa, demuestra la verdad de nuestro aserto: estamos en peligro porque somos ricos y porque somos débiles. Pero —cabe preguntarse ahora— ¿quiénes y cómo pueden invadirnos y someternos? ¿Quiénes y cómo pueden defendernos?

Tal es el objeto de los capítulos siguientes. Entre tanto, permítasenos reiterar hasta el cansancio que sólo la imprevisión, la miopía o cierta alianza inconsciente o expresa, puede impedir que los gravísimos peligros del futuro no sean señalados con franqueza y que, desde ahora, ya que corrió sobre las horas muertas un espacio que no podemos recuperar, urge que iniciemos el camino que puede precavernos del riesgo que acecha.

CAPITULO IV

INDOAMERICA, OBJETIVO NAZI

El criollo, por lo general, carece de sentido del futuro. Imprevisor en su vida privada, gasta más allá de sus recursos, derrocha en placeres suntuarios, vive arañando con deudas su propio porvenir, y goza el presente absoluto de su existencia, separándolo del ayer y del mañana, con una fruición que sería filosófica si no fuese simple y excesiva confianza en el azar de cuanto vendrá. Un examen metódico de la política de la mayor parte de nuestros Estados, conduciría a paralelas conclusiones. Hay un adagio popular que sintetiza esta posición mental: "el que venga atrás, que arree". Así fueron hipotecadas nuestras riquezas extractivas más importantes, a cambio de minúsculas ventajas en empréstitos para dilapidación, o aceptando sistemas impositivos dictados por la codicia ajena y la venalidad propia. ¿Urgido apremio de vivir o mero desentendimiento de una actitud responsable y previsora?

Tales vicios que atañen a nuestra psicología continental, y que han marcado su huella en nuestro desarrollo social y político no son inarticulada característica colectiva. Constituyen, además de una legítima herencia hispánica, natural reflejo de nuestra composición económica. Entre nosotros la riqueza no es, como en los países industriales, fruto del trabajo empeñoso del hombre y del capital, pugna tenaz para *crear* lo que la Naturaleza niega. Por el contrario, como afirmaba Humboldt del Perú, somos mendigos sentados en bancos de oro. Las materias primas duermen su potencialidad enriquecedora bajo nuestras plantas, en saldos incalculables. Vinieron capitales de países más experimentados y con mayor necesidad de estimular su extracción, y nuestros países vivieron de los mayores o menores saldos de tal función. Trigo y carne en la extensa meseta argentina se producen "con la ayuda de Dios", como llama el criollo a la periodicidad de las lluvias y a la feracidad de las tierras. Chile obtenía —hasta 1930— casi el 50 % de sus recursos fiscales de la extracción del salitre. Perú dependió primero del guano, después de la goma, finalmente del petróleo y el algodón. La lista podría hacerse interminable. La vastedad de las riquezas naturales, fáciles y cuantiosas, justificó la despreocupada confianza en el porvenir. ¿Por qué apremiarse, por qué pasar angustias? De aquí nace la ilimitada fe en que todos los problemas del presente habrán de solucionarse, por sí mismos, con el transcurso del tiempo. "La confianza es aquí madre de la imprudencia" (1).

Así se explica nuestra característica psicológica más acentuada. Y, por ende, así también hay una suerte de instintivo rechazo a la mera concepción de cualquier peligro futuro. ¿Invasión de los nazis? ¿Colonización total de nuestras repúblicas? ¿Abandonar la paz eglógica en que vivimos, resignarnos a renunciar al bello membrete de "Continente de la Esperanza?" ¡Jamás! La ayuda de

(1) Siegfried. Ob. cit. p. 34.

Dios —mente agraria— impedirá que los males avancen por los caminos del mundo hasta envolvernos. Europa se desangra, sucumben pueblos milenarios, uno tras otro, bajo la bota de un ensoberbecido y desatado imperialismo racial. Sus corifeos anuncian el expreso propósito de dominar al mundo, de conquistar a América, de subyugar estos pueblos mestizos. Caen heridas de muerte la vieja Polonia con 40 millones de habitantes, los áticos y pacifistas países de Bélgica y Holanda, se rinde la Francia de los Derechos del Hombre y la Comuna, se hunden todas las vallas jurídicas y morales, desaparecen esfumadas las promesas y garantías de salvaguardia y respeto. Un orden victorioso y arbitrario insurge con la ley de la violencia. Y el nuevo gigante, dueño ya del continente europeo, poseedor de un vasto aparato industrial, anuncia que conquistará las materias primas allí donde las encuentre a fin de mover a aquél y alimentar a su pueblo. Pero los criollos del "Continente de la Esperanza", adormilados en su fe confusa, en su abandono e imprevisión, alzan los hombros y no creen que el peligro esté cercano. Inútil es que los tremendos sucesos golpeen sobre las conciencias, evidenciando que murió la época de los planes microscópicos y que estamos frente a verdaderos genios de una ambición de horizontes ecuménicos, a quienes no puede mensurarse con moldes envejecidos y caducos. El criollo sonríe. ¡Qué va a ser posible una invasión! Como los griegos orgullosos del siglo de Pericles, como Roma imperial ahita de riquezas, como las plutocráticas potencias democráticas derrotadas, un instintivo y subconsciente amor al grato presente hace rechazar la convicción de que ésta es la hora del acendramiento, del sacrificio y del trabajo, del abandono de placeres para cargar el arma al brazo, en un esfuerzo de defensa.

De ahí que pueda afirmarse que la gravedad de nuestro problema continental radica tanto en la inminencia histórica de un ataque por parte de las potencias totalitarias, como en la frívola superficialidad con que una confianza excesiva frustra la eficiencia de estos minutos últimos. Procuremos, cuantos sentimos nuestra responsabilidad, la ímproba tarea del sacudimiento y contribuyamos todos a hacer luz en la tremenda confusión que los gigantescos hechos determinan y que elementos interesados acentúan.

Será necesario analizar el problema desde su punto de vista político y desde su punto de vista militar. ¿Tiene el nazismo el plan de invadir América Latina? ¿Puede realizarlo como operación bélica? Tales las dos preguntas que ensayaremos responder.

Quienes hayan leído *"Mi Lucha"*, por Adolfo Hitler, pueden deducir la vastedad de sus planes mundiales. Fantasías ambiciosas ayer, según la confiada opinión de quienes creían en la permanente inmutabilidad de las relaciones internacionales, hoy se encuentran en grado de progresiva realización. Acontece un fenómeno curioso que quizá haya que vincularlo a la falta de información, o a la frívola vanidad con que muchos dirigentes políticos forman y defienden su propio concepto. Construyen sus particulares puntos de vista, desestimando el testimonio de los hechos, rehusando el conocimiento metódico del pensamiento ajeno, y llegando por tanto a conclusiones falsas, artificiales o incompletas, tras las cuales se guarecen, escudados en la aparente e inobjetable solvencia de la convicción así formada. De ahí que resulte difícil todo intento de análisis realista. En vano Hitler, con sus obras y sus actos, va aportando el testimonio irrecusable de una tarea pertinaz hacia el dominio mundial por la raza aria. Los confiados alzan los hombros y dejan acrecer el peligro.

Por otra parte, no sólo es el pensamiento expreso de Hitler, volcado con ciertas taxativas en el libro men-

cionado, el que puede servir como elemento orientador. Principalmente debe tomarse en cuenta el juicio íntimo, el que no aparece en sus obras, el que circula como flecha indicadora en el secreto de las reuniones nazis. Por suerte, el impresionante relato de un alto dirigente nacional-socialista, Hermann Rauschning, Presidente del Senado de Danzig, personalidad conocida mundialmente, ha permitido descorrer los velos de los planes ocultos en un libro de sonada repercusión: *"Hitler me dijo"*, publicado en Europa a fines de 1939 (1). A esta obra deben agregarse las de otros teóricos prominentes, Spengler, Rosenberg, Strasser, etc., cuyas voces, de una u otra orilla, permiten conocer mejor la finalidad sustantiva que persigue el nazismo (2).

¿Cuáles son, según tales fuentes, y no según las arbitrarias opiniones personales de los pronosticadores de menor cuantía, las directivas básicas del movimiento que alienta Hitler? Advirtamos, ante todo, una diferencia fundamental entre la doctrina fascista de Mussolini y la doctrina nazista del Fuehrer. Aquél propicia la organización jerárquica y corporativa del Estado, convertido en árbitro supremo y director de la vida nacional —suprimiendo las seculares instituciones democráticas que, al garantizar la libre discusión, entraban la energía expeditiva de un gobierno autoritario— y dando muerte parcial al liberalismo económico. Hitler, coincidiendo con el Duce en la violenta eliminación de los opositores, y en la existencia de un régimen fuerte, difiere, en cambio, en cuanto al

(1) Lib. Hachette, 1940. Bs. Aires.

(2) Spengler, corifeo del nacional-socialismo que llama al hombre "animal de presa", proclama que la civilización occidental está amenazada por la insolente "revolución del mundo de color" compuesto "de los indios, que al lado de los negros y mestizos cubren toda la América". *Años de Decisión*. Ed. Ercilla, Pág. 22, y 141|2.

concepto normativo al cual debe ajustarse la organización social. Para el Fuehrer alemán es la raza aria, de la que el Estado es sólo representativo o instrumento, la que debe servir de pivote para la edificación del régimen jurídico, social y económico del mundo. Por ende, si para el caudillo italiano el Estado puede englobar a razas distintas, para el jefe alemán únicamente los arios tienen el derecho y el deber de gobernar.

La distinción no cae dentro del campo de las sutilezas teóricas, puesto que posee una virtualidad de repercusiones mundiales. A través de la raza aria, que comprende a algunos de sus actuales contrincantes —como lo sostuvo a principios del siglo Austin Chamberlain—, el nazismo aspira a articular la hegemonía del continente europeo, bajo el rigor directivo de sus hijos privilegiados: los alemanes. Aparecen así los elementos constitutivos de un nuevo orden mundial, que haría desaparecer o aminorar las pugnas entre varios de los actuales adversarios europeos, para mancomunarlos en el disfrute de la victoria sobre todo el globo terráqueo, a expensas de las razas mestizas o inferiores, al tenor de la teoría racista de Rosenberg.

Orientados por este concepto medular del nazismo, no es difícil colegir una doble consecuencia para los pueblos mestizos de Indoamérica. En primer término, por serlo, no podemos aspirar a ninguna ventaja dentro del nuevo sistema ecuménico que se propugna. Estamos condenados a ser simples colonias o dependencias de los arios europeos, y a dejarnos dirigir por los "gauleiter" de la raza que presume de superior. Se desploman así, violentamente, todas nuestras pretensiones soberanas, la ilusión de nuestra autonomía, el edificio jurídico de las veinte repúblicas, su tradición y sus símbolos. ¿Qué representan ellas para la raza vencedora que va a organizar un nuevo sistema en el mundo? Simples bambalinas, fú-

tiles y oropelescas, que caerán al primer soplo del huracán devastador. Además, según el pensamiento categórico de Hitler, se trata de crear, en el campo económico, una política que concluya con los planes autárquicos (vale decir, con los de producción propia para el consumo propio), a fin de organizar la división del trabajo internacional, acentuando las diferencias entre los países-máquina y los países-campo. Dentro de este concepto, nuestras repúblicas, las más ricas despensas del mundo, según está demostrado, quedarían reducidas al papel de proveedoras de materias primas, conforme a la directiva emanada del despotismo ario, que fijaría volúmenes de producción y precios. Y tendrían que renunciar, de grado o fuerza, a sus aspiraciones de manufacturar algunas de aquellas materias primas para abastecer el mercado interno, abdicando así de todas las ventajas que, en cuanto a trabajo e inversión de capitales, representa el actual sistema. Moriría, pues, nuestro naciente industrialismo y caerían las barreras de aduana facilitándose la invasión de los productos manufacturados europeos, principalmente alemanes, cuya industria se enriquecería a expensas nuestras. El desarrollo económico de Indoamérica daría un salto atrás, con el desfallecimiento de nuestro incipiente industrialismo, la intensificación del rol monocultor, y el régimen de bajos sueldos y salarios por una parte, y de impuestos mínimos, por la otra, que se garantizaría a sí mismo el vencedor.

Pero, en segundo término, del concepto racista de predominio universal se desprende, para los pueblos semicoloniales de Indoamérica, una consecuencia de mayor gravedad. Y ella es que nacidos a la vida política independiente por la revolución contra España, en una época en que el equilibrio de las grandes potencias impidió que fueran absorbidos por alguna de éstas, han disfrutado de autonomía política justamente a causa de esa circunstancia, que podríamos denominar de "equilibrio de poderes mundiales". El desarrollo de los conceptos morales en pequeña parte, nuestro avance institucional en forma relativa, y de modo fundamental, el mutuo recelo de las grandes naciones imperialistas, ha evitado que caigamos en el sojuzgamiento total. El día en que sobre el mundo impere una sola potencia, o un solo grupo de potencias organizadas bajo la hegemonía de Alemania —según aspira Hitler—, habrán desaparecido las vallas que dificultan la conquista. ¿Qué o quiénes van a defendernos? ¿Se considera imaginable siquiera que ante una Europa con enormes recursos militares y económicos, a la que sería atraído por fuerzas de imantación, la gran república del Norte —aria parcial— podríamos ensayar alguna resistencia con esperanza de éxito? La realidad nos enseña que mientras las potencias mundiales disputen entre sí por el dominio de los países ricos y débiles, nosotros seremos como esa "tierra de nadie" que surge en los combates, y sufre los más intensos efectos de la lucha. Cuando un bando militar gana la batalla, invade sin resistencias la tierra de nadie, defendida hasta allí por el propio equilibrio de los contrincantes. A nuestra suerte continental no puede, pues, ser indiferente la cesación en la lucha de los imperialismos, porque, paradojalmente, en ella reside el secreto de nuestra autonomía. Cuando finiquite, seremos la indefensa y rica presa de guerra, de que se apoderarán los victoriosos con el mismo legítimo y bárbaro orgullo con que el lobo vencedor se apropia de la oveja que contempló la pelea entablada por su propia posesión.

Pero Hitler o el nazismo, ¿efectivamente, aspiran a dominar Indoamérica? Bien poco valdría nuestro testimonio, pese a los fundamentos de todo el planteo social-económico anterior, si no estuviera refrendado por el je-

fe mismo del movimiento, por el propio Fuehrer alemán, cuyo pensamiento revela Rauschning así (1):

"Hitler reanudó el tema en el momento de servirse el " café. Visiblemente sólo tenía del nuevo mundo un co- " nocimiento bastante sumario. El Brasil lo interesó par- " ticularmente. "Edificaremos en el Brasil una nueva Ale- " mania. Allí tendremos cuanto necesitamos". Desarro- " lló sobre ese tema las grandes líneas de acción que " podría ejercer un gobierno paciente y enérgico y los " resultados que podrían obtenerse. En el Brasil, pensa- " ba, se hallan reunidas todas las condiciones de una " revolución capaz de transformar en algunos años un " Estado *gobernado por mestizos corrompidos* (2), en " un Dominio germánico. Por otra parte tenemos dere- " chos sobre ese continente donde los Fugger, los Wel- " ser, y otros pioneros alemanes poseyeron otrora do- " minios o factorías. Nuestro deber consiste en recons- " truir ese viejo patrimonio que una Alemania degene- " rada dejó dispersarse. Ya pasó el tiempo en que de- " bíamos ceder el paso a España o Portugal y desempe- " ñar en todas partes el papel de segundones." Y más adelante: "Utilizaremos a unos y a otros (la buena so- " ciedad y las masas inferiores, los indios y los mesti- " zos). Deberemos iniciar dos movimientos diferentes: " un movimiento leal y un movimiento revolucionario. " ¿Cree Ud. que ello sea difícil? Hemos dado pruebas, " creo, de cierta competencia en este género de traba- " jo". Y luego: "La Argentina y Bolivia le interesaban " en primera línea. Tenía, decía él, buenas razones para " creer que la influencia del nacionalsocialismo hallaría " terreno favorable en esos países". Y añade Rauschning: " Cuanto acababa de decirse estaba en contradicción

(1) H. Rauschning. "Hitler me dijo". Lib. Hachette. Pág. 63.
(2) Subrayado por M. S.

" formal con los principios enunciados en *"Mein Kampf"*. " Fué entonces cuando oí, por primera vez, desaprobar " *"Mein Kampf"* en presencia misma de Hitler, lo que me " dió a entender que, para los íntimos del Fuehrer, ese " libro no fuera la Biblia indiscutible impuesta al gran " público". Y se le dijo: "Por lo demás, si usted lo lee " con más atención, verá que todo cuanto se ha dicho " en *"Mein Kampf"* sobre Inglaterra no tiene sino un " valor táctico. Hitler sabía muy bien por qué escribía " así". "Ese día oí exponer por primera vez el programa " desmesurado de un Reich alemán de ultramar. Asom- " bréme al ver que Hitler tenía miras de expansión has- " ta el Pacífico. Con la caída del Imperio Británico, Hi- " tler esperaba poner fin a la influencia anglosajona en " la América del Norte, reemplazarla por la cultura y la " lengua alemanas como etapa preliminar a la incorpo- " ración pura y simple de los Estados Unidos a su gran " imperio mundial" (1).

En otro capítulo de la misma interesantísima y reveladora obra, continúa Rauschning: "Llegó así a hablar de " México, que fué objeto de una conversación ulterior en " 1934. México ocupó siempre un importante lugar den- " tro de los proyectos americanos de Hitler. No era que " quisiera hacer suyas las famosas maquinaciones de von " Papen, con las que éste pretendía, hacia 1917, empujar " a una guerra entre Estados Unidos y México. Hitler " conceptuaba este método absolutamente estúpido. Tam- " bién en este caso, él proyectaba empresas a largo pla- " zo, a vencimiento tan lejano, que ni siquiera esperaba " verlos fructificar en vida. Para la realización de sus pla- " nes americanos, preveía plazos sensiblemente más largos " que para Europa. Así se explica la impaciencia que " manifestaba hacia los problemas europeos. Sus grandes

(1) Rauschning. Ob. cit. Pág. 64|65.

" proyectos de dominación mundial no podían lograrse " sino en función de su política europea, *siendo este primer* " *éxito la condición de los demás* (1). Hitler se despa- " chaba en forma extravagante sobre lo que habría po- " dido hacer de no estar rodeado de funcionarios retró- " grados cuyo cerebro trabajaba al "ralentí". Por ejem- " plo, ese Eldorado de México. ¿Quién, entre los diplo- " máticos, se había cuidado de él? Sin embargo, he ahí " un gran negocio para el que valía la pena emplearse a " fondo". ¡Ah!, si poseyéramos ese país saldríamos pron- " to de nuestras dificultades. Ya no tendría necesidad ni " de Schacht, ni de Krosigk que a diario me abruman " con sus historias y lloriqueos. ¡Ese México! Ahí tiene " un país que necesita que lo conduzca gente competente " y que revienta lamentablemente bajo sus amos actua- " les. Alemania sería grande y rica con sólo poner la ma- " no sobre las minas mexicanas. ¿Por qué no acomete- " ríamos esa faena? ¡Oh!, lejos de mí la idea de lanzar- " me en la propaganda colonial a la manera de von Epp. " ¿Por qué emplear métodos tímidos, ya que, de todos " modos, igual seremos vilipendiados? Hay que ver gran- " de, para hacer algo nuevo" (2).

A esta altura de enumeración de los elementos de juicio que permiten diagnosticar los planes nazistas, conviene recordar sus ingredientes constitutivos. Los peligros de una invasión nazi en Indoamérica provienen, de modo fundamental, de los imperativos de orden económico que obligan a las grandes potencias industriales a arrojarse sobre los sectores geográficos donde se encuentran las materias primas. ¿Por qué no ha ocurrido eso, violentamente, con nosotros? Porque ha bastado —repitámoslo— la penetración económica, no siempre pacífica,

(1) Subrayado por M. S.
(2) Rauschning. Ob. cit. Pág. 66|67.

y porque lo ha impedido la lucha entre las grandes potencias. ¿Cuál es la actitud nazista que la diferencia del *modus operandi* actual? En primer término su concepto de razas superiores e inferiores que repugna todo trato, de igual a igual, con los pueblos gobernados por "mestizos corrompidos" y merecedores por ende del dominio absoluto de los arios. Y en segundo lugar su ambición de una victoria completa de orden universal, que barrerá los actuales distingos y jerarquías nacionales, para elevar a la cúspide de las naciones al grupo ario, encabezado por Alemania, y relegará a los estratos inferiores, en condición de colonias o dominios, a todos los pueblos retrasados, entre los cuales figuran los indoamericanos (1).

Al planteamiento de orden económico —infraestructura— corresponde, pues, de modo orgánico y coincidente el planteamiento en el orden político —superestructura— según la reveladora opinión de Rauschning.

Evidenciada así, en un lapso histórico de años o de lustros, la inminencia del peligro, veamos su posibilidad inmediata, vale decir, formulemos esta pregunta: ¿puede ser invadida Indoamérica desde el punto de vista militar?

(1) Respecto a la próxima urgente necesidad de petróleo por parte de Alemania, transcribo el interesante dato que he podido obtener ya en prensa este libro y que es el siguiente:

"Rumania produce, como máximo, 6 millones de toneladas al año, vale decir, la quinta parte de la producción venezolana. Las reservas de Rumania se calculan en 105 millones de toneladas, lo que significa que alrededor de 1945 no será redituable la explotación comercial del petróleo rumano". Betancourt, Rómulo, "Guerra y petróleo". En prensa. Ed. Ercilla, 1940.

CAPITULO V

¿ES POSIBLE LA INVASION NAZI?

Conviene reiterar que no lanzamos profecías de carácter inmediato ni inevitable. El problema del destino de Indoamérica, como efecto de la actual guerra europea, se proyecta en una escala histórica que puede ser como se ha dicho, de años o de lustros. Auscultar el porvenir, para adoptar desde ahora las medidas conducentes y previsoras, es una obligación de patriotismo nacional y de solidaridad continental. Hemos señalado ya los imperativos de orden económico que hacen previsible una invasión nazi en Indoamérica, por ser rica, por ser débil y por estar dividida e indefensa. Naturalmente no se trata de un riesgo para los meses próximos. Depende, de modo principal, del curso de la guerra, vale decir, de la victoria alemana definitiva en el continente europeo, la cual está prácticamente obtenida; del nuevo concierto de recursos de la vieja Europa, colocados bajo la égida del Tercer Reich; y, sobre todo, de la suerte que corra Gran Bretaña cuya flota, al custodiar los mares y especialmente el Atlántico, constituye por ahora nuestra salvaguardia automática. Pero Inglaterra puede ser dominada, y su gobierno, si no capitula, tendría en tal caso que retirarse al Canadá. Ese día la guerra golpeará a nuestras puertas y de hecho estaremos en primera línea de fuego.

Puede, pues, resumirse el peligro de una invasión militar nazi en tres suposiciones: 1.ª Si, lograda la paz en el mundo, Alemania victoriosa y sin rivales de consideración, resuelve colonizarnos para explotar nuestras riquezas mediante un régimen de "gauleiter", como lo predice Hitler. 2.ª Si el gobierno de Gran Bretaña se traslada al Canadá e impone a Alemania la necesidad de procurarse bases de operaciones en el mismo continente. 3.ª Si EE. UU. entra a la guerra y convierte, obligatoriamente la región del Caribe en zona de guerra, peligro que puede extenderse y acentuarse si Japón entra al conflicto, trayendo la guerra al Pacífico. Bien defendido el Canal de Panamá y sus sectores circunvecinos —como aconteció con la frontera francoalemana por la Línea Maginot— las acciones de guerra desbordarán el perímetro fortificado —como ocurrió con las invasiones de Noruega, Bélgica y Holanda, que abrieron las puertas de la victoria alemana— buscando zonas más accesibles que serían las costas brasileñas, uruguayas o argentinas en el Atlántico, o las de Ecuador, Perú y Chile en el Pacífico.

¿Aguardaremos impasibles, indiferentes o confiados, que tales previsibles hechos nos sorprendan, para intentar entonces una tardía e imposible reacción? Los problemas de la defensa militar, naval y aérea no se improvisan. Suponen una movilización orgánica de recursos, vasta, compleja y costosa, que incluye el inventario de las riquezas nacionales y materias primas destinadas a la industria bélica, la construcción de bases para las fuerzas de aire, mar y tierra, la formación de equipos ciudadanos, su entrenamiento intensivo etc. La preparación como es evidente, demanda un largo período de tiempo. Las fuerzas armadas de los aliados, débiles por la política pacifista de

Chamberlain, ajenas al peligro por el exceso de confianza —como nosotros— no estuvieron listas a tiempo y fueron empujadas por el ejército alemán a través de Holanda, Bélgica y Francia hasta la hora de la capitulación. Su industria bélica, impreparada, no pudo cubrir, en la trágica hora decisiva, la inmensa distancia que la separaba de la alemana en la producción de tanques, aviones, armas automáticas. La quinta columna, y la acción sectaria de los súbditos de Moscú, sabotearon el enrolamiento, el trabajo bélico y minaron la moral de lucha. En marzo de 1940 se encontraba en las fábricas de guerra carteles incitando a "la revolución social". Así llegó la derrota. Esto prueba que son fútiles los esfuerzos de última hora, y que se traiciona al país cuando no se encaran los peligros que se ciernen en el futuro con la debida previsión y la más resuelta energía.

Haya de la Torre, en su libro *"El Antimperialismo y el Apra"* (1), refiriéndose a este mismo punto central, escribía hace ya 12 años: "Al estallar la próxima guerra " imperialista en que los Estados Unidos tomarán parte, correríamos grave riesgo si una política previsora " no resguardara la soberanía de nuestros pueblos. Todas las industrias norteamericanas de materias primas " con asiento en los países indoamericanos serían codiciadas por los enemigos del poder yanquí, que tratarán de atacarlo en todas sus posiciones. Nadie nos garantiza que nosotros no fuéramos agredidos, como dominios norteamericanos. ¿No lo fueron las colonias " alemanas del Africa? Mientras no adoptemos una política enérgica y realista que nos libre de nuestra situación colonial o semicolonial, gravita sobre Indoamérica el peligro de convertirse en el ancho campo de

(1) Haya de la Torre. "El Antimperialismo y el Apra". Pág. 103.

" una gigantesca batalla. Si hoy es el terreno de una " implacable lucha económica de la competencia imperialista, en caso de guerra —culminación violenta de " todas las competencias del capitalismo— será escenario " obligado de una terrible tragedia".

Las previsiones de Haya de la Torre están por cumplirse. ¿Nos encontramos preparados para defendernos? ¿Puede Alemania invadirnos?

Los ejércitos de las veinte repúblicas no resisten una leve comparación con los europeos. Argentina, Brasil y México, las naciones más pobladas, no alcanzan a tener, en conjunto en la actualidad, doscientos mil hombres sobre las armas (1). Mucho más reducidos son los

(1) Ha sido imposible obtener datos exactos y últimos de las fuerzas militares indoamericanas. En las partes pertinentes de los últimos diccionarios aparecidos (Espasa y Larousse), hemos podido extraer las siguientes cifras, referentes al periodo 1930 a 1936, según los casos. Faltan desde luego, informaciones completas: *Argentina*: 15.000 hombres en servicio y 500.000 hombres movilizables en caso de guerra; 4 cruceros acorazados, 3 guardacostas, 5 cruceros protegidos, 1 cañonero, 3 destroyers, 11 torpederos, varios navíos auxiliares; *Colombia*: 6.000 hombres en servicio; 5 cruceros y 6 cañoneros; *Brasil*: 30.000 hombres en servicio y 500.000 movilizables en caso de guerra; 8 buques de 1.000 a 1.500 toneladas; 1 nave hidrográfica, 10 cruceros, 2 acorazados guardacostas, 3 acorazados Dreadnought, 16 contratorpederos, 5 cañoneros de río, barcos de escuela y vapores auxiliares; *México*: 150.000 hombres en servicio y 500.000 movilizables en caso de guerra; 5 transportes armados y varios vapores auxiliares; *Perú*: 12.000 hombres en servicio; 2 cruceros, 1 cañonero, 1 cazatorpedero; 2 sumergibles, 3 transportes; 1 cañonera fluvial y 2 avisos fluviales; *Chile*: 12.000 hombres en servicio, 150.000 movilizables en caso de guerra; 1 acorazado; varios cruceros, 6 destroyers y fuerzas auxiliares; *Cuba*: 9.000 hombres en servicio y 100.000 movilizables en caso de guerra; 3 guardacostas de 50 toneladas y 5 de 130 toneladas, 1 crucero, 1 buque escuela y 6 cañoneros; *Venezuela*: 11.000 hombres en servicio, (no se dice cuántos disponibles en caso de guerra); 3 cañoneros; *Ecuador*: 6.000 hombres en servicio; 1 crucero, 1 buque escuela, 1 cazatorpedero, 2

efectivos de otros países más pequeños: Chile, Perú, Colombia y Venezuela, por ejemplo. Y casi no puede tomarse en cuenta, desde el punto de vista de la defensa continental, el presente aporte de otras repúblicas. A esta insuficiencia notoria de hombres en servicio militar, debe agregarse la inexistencia de una industria bélica que corresponda al desarrollo de la guerra contemporánea. Excepto algunas fábricas de municiones y otras escasas de armamento menor, carecemos de equipos industriales capaces de construir tanques, cañones de largo alcance, ametralladoras antiaéreas, morteros, etc. Ha quedado muy reducida la eficacia o importancia de los rifles de cinco tiros, base de nuestro armamento actual. Puede afirmarse que un ejército sudamericano, enfrentado a un cuerpo expedicionario motorizado, como los que han decidido las últimas batallas europeas, representaría el papel de un caballero con armadura de la Edad Media combatiendo contra las ametralladoras de 1900. Por otra parte, la enormidad de distancias geográficas que separan entre sí a los países sudamericanos, y la falta de medios de comunicación rápidos, hacen irremisiblemente utópica la posibilidad de concentrar grandes efectivos en un sector determinado. Nuestra propia extensión lo impide. Y como es virtualmente imposible mantener poderosamente defendidos todos los puntos vulnerables, que lo son la casi totalidad de las costas del continente, cabe afirmar que ahora carecemos de fuerza militar para defendernos. La misma dificultad de concentración de equipos bélicos sudamericanos en el sector que ataque al enemigo, garantiza a éste —además de todas las ventajas de armamento y práctica en la lucha— una abrumadora superioridad numérica. ¿Qué representa para el gigantesco ejército alemán formar un cuerpo expedicionario de 200.000 hombres, vale decir, menos de la vigésima parte de sus efectivos, para conquistar un continente, llave del dominio económico mundial? Y a la inversa ¿qué ejército sudamericano, o suma de los mismos, en las actuales condiciones, sería capaz de resistir tan tremendo embate?

Surge, naturalmente, el problema de la distancia. Los optimistas arguyen que el Océano constituye una invulnerable Línea Maginot. Desde luego repetimos que mientras Gran Bretaña conserve el control de los mares, será difícil la aventura conquistadora. Pero el derrumbe, uno tras otro de los países europeos, no autoriza a confiar excesivamente en la vigencia de un factor susceptible de variación. En las dilatadas medidas de tiempo en que es necesario concebir estos riesgos, cabe la posibilidad de que Alemania, dueña de los astilleros franceses, italianos, belgas, holandeses y noruegos, construya su propia flota de guerra; que se haga progresivamente eficaz su campaña submarina; que el control británico de los mares tienda a aflojarse en la medida en que aumentan las costas dominadas por los nazis. La pertinacia y habilidad demostrada por los estrategas teutones, revela que para ellos no es una hazaña imposible, de aquí a un tiempo

---

transportes; *Uruguay*: 7.000 hombres en servicio y en caso de guerra, movilizando la Guardia Nacional, 100.000 hombres; 2 cruceros, 1 navío escuela y 1 cañonero; *Paraguay*: 10.000 hombres en servicio. *Centro América* tiene efectivos insignificantes en sus fuerzas armadas.

En "New York Times" (jun. 13) se publicó un artículo del periodista norteamericano John W. White que dice: "Si estallara una crisis bélica, Sudamérica podría movilizar en conjunto cinco acorazados, tres cruceros modernos, veinticuatro destroyers y catorce submarinos". Refiriéndose a los ejércitos, da estas cifras: Argentina: activo, 49.000 y reservas, 280.000; Brasil, 112.000 y 260.000 respectivamente; Chile, 41.000 y 212.000 idem; Bolivia, 24.000 y 82.000, idem; Colombia, 14.000 y 100.000 idem; Ecuador, 5.000 y 40.000, idem; Paraguay, 12.000 y 88.000, idem; Perú, 12.000 y 80.000, idem; Venezuela, 14.000 y 50.000, idem; Uruguay, 8.000 y 24.000 idem.

dado, armar un cuerpo expedicionario que parta de las costas del Africa o de la misma Europa y logre infiltrarse a través de la vigilancia, cada vez menos severa, de los buques de guerra contrincantes. ¿Acaso no lograron pasar el cuerpo expedicionario que llegó hasta el límite norte de Noruega? Recordemos que desde Dakar, en Africa, hasta Natal, en Brasil, hay 2.400 millas marinas. Y que desde EE. UU. al mismo punto brasileño hay una distancia mayor. La Línea Maginot de agua salada puede surcarse con más facilidad que los erizados campos de la tierra de nadie y que las amenazadoras casamatas de la famosa fortificación francesa. ¿Poseemos flota naval capaz de resistir un intento de este tipo? ¿Contamos con bases costeras suficientemente poderosas como para afrontar tal emergencia? No vale la pena responder a estas preguntas porque su desoladora respuesta vive en la conciencia de cada lector.

Pueden refugiarse las esperanzas en la aviación. Pero esta arma decisiva constituye —hasta ahora— menos una posibilidad defensiva que un peligro ofensivo. Salvo una anticuada fábrica de aviones en Córdoba (Argentina) y otra italiana y poco activa en Perú, no hay producción propia de material aéreo. Se afirma que Alemania puede construir 4.000 aviones al mes. La desproporción es demasiado humillante para insistir en ella.

La ciencia contemporánea reduce cada día con mayor tenacidad el problema de la distancia aérea. De la costa africana a las islas de Cabo Verde hay 2 horas y media de vuelo. Y de allí ocho horas de viaje al Brasil, vale decir un kilometraje y un tiempo que, sin temores, pueden cubrir miles de aviones de transporte y bombardeo. Vivimos minutos en que los planes más gigantescos y utópicos se han realizado el día anterior. ¿Por qué no concebir como posible un enorme vuelo de cinco mil aviones en masa transportando por los aires hasta Brasil un

verdadero ejército, al que seguirían otros aparatos conductores de material y apoyo? (1). ¿Acaso no lo hicieron así en Narvik, no obstante la resistencia británica en aire, mar y tierra? Además, el ataque de la aviación va en línea recta. El servicio de vigilancia y pre-combate se hace en circunferencia. Los radios de inspección respectivos están indicados en un mapa que se acompaña, y en el cual cabe relievar que de la base aérea norteamericana en Puerto Rico hasta el puerto brasileño de Natal hay 15 horas de vuelo, o sea, casi el doble de Dakar al mismo punto.

Contrariamente, pues, a las suposiciones de un primer examen superficial, la distancia que nos separa de

---

(1) A este respecto dice el conocido escritor brasileño Barboza Mello lo siguiente:

"El camino del Atlántico Sur no únicamente como vía de acceso al Oriente y a la Australia, sino también como conducto de las materias primas del Brasil y de la Argentina, tórnase de un valor estratégico decisivo. La costa brasileña con sus 3.722 millas de extensión, con los puertos del nordeste, las islas de Fernando de Noronha y Trinidad, están siendo acechadas, desde hace mucho, por los países totalitarios.

La Argentina —el mayor granero de la América Latina— en caso de un conflicto internacional, quedaría aislada de los grandes mercados consumidores de sus productos. Si el fascismo se afianza en el Brasil, el eje Roma-Berlín-Tokio tendrá en sus manos el control de su extensa costa. Y ello significaría el dominio del Atlántico Sur. La única comunicación que quedaría a la Argentina sería el Pacífico por el Estrecho de Magallanes o la vía terrestre hasta Santiago de Chile.

El Canal de Panamá —está demostrado técnicamente— no resiste a un raid de una escuadrilla de sólo dos docenas de aviones. Y de ahí los intereses del fascismo en Guatemala y Nicaragua, países que se encuentran en las vecindades del famoso canal. Todo indica que el eje Roma-Berlín-Tokio ha establecido allí bases aéreas, porque la coincidencia de la política externa de ellos con la del fascismo —reconociendo a Franco y abandonando a la Liga de las Naciones— significa su triunfo".

Barboza Mello. "Posesiones estratégicas del fascismo". Crítica. Buenos Aires. Enero 26 de 1938.

Europa es un obstáculo salvado hace tiempo mediante los extraordinarios progresos de la ciencia. Desde el punto de vista militar, naval y aéreo, la invasión de Indoamérica —mientras subsistan las condiciones actuales de división y falta de poderío defensivo— es una empresa fácil para Alemania. Sólo podrá salvarnos de ella, de hecho, en caso de intentarse, la actitud de Gran Bretaña o Estados Unidos. (Ver Mapa adjunto.)

Esto plantea problemas urgentes. Nuestra gran extensión geográfica y nuestro reducido número de efectivos militares, obligan a multiplicar la eficacia del factor hombre. Para vencer las distancias, las fuerzas defensivas deben ser motorizadas en alto grado, otorgándoles máxima flexibilidad y rapidez. Esto supone un desarrollo gigantesco de la aviación. No basta adquirir aparatos, de los diversos tipos necesarios según las enseñanzas del conflicto europeo, sino fábricas de los mismos, centros de reparación y aprovisionamiento, campos de aterrizaje y un entrenamiento extenso e intenso que debe comenzar de inmediato. Pero estos son problemas que sólo cabe bosquejar porque competen a los técnicos militares.

Por ahora, establecido el hecho de nuestra debilidad, y expuestos los medios del adversario futuro, corresponde analizar otro factor importantísimo que opera de acuerdo con los planes de Hitler: la Quinta Columna, constituida por las colonias nazis residentes en Indoamérica. Brasil tiene cerca de medio millón de alemanes en su zona sur, y hay pueblos enteros donde el portugués se habla menos que el alemán. Argentina posee más de doscientos mil, Chile más de cuarenta mil, y así sucesivamente otros países. No olvidemos que el alemán, conforme a previsoras o maquiavélicas disposiciones constitucionales de su país, no pierde la nacionalidad de origen, aunque adopte, en la forma, la del país en que vive. Sigue siendo alemán. Conforme a la teoría del "jus sanguis", vigente para el Tercer Reich, son

también alemanes los hijos y nietos de ciudadanos alemanes, cualquiera que sea el lugar de su nacimiento. Pero, además de estas disposiciones jurídicas, obra como factor decisivo el más sutil —y esto no es materialismo— de la densa vinculación racial. El orgullo ario se transmite de padres a hijos, y el nazismo lo cultiva mediante las escuelas que solventa en todos los lugares de la tierra, los clubes y centros de cultura alemana que organiza, y por el ojo atento y vigilante de la Gestapo, que controla y persigue al que no colabora por el engrandecimiento de la Gran Alemania.

Hace más de medio siglo que el célebre escritor y estadista argentino Domingo F. Sarmiento reprodujo en "El Nacional" (julio 12 de 1882) un suelto de "La Revue Politique et Littéraire" que, a su vez, comentaba un trabajo de la revista "Deutsche Rundtschau" sobre las colonias futuras de Alemania. Al ser examinados los países donde más conveniencias tendría Alemania en expandirse, mencionábanse: Etiopía (la vieja Etiopía que Mussolini acaba de conquistar), las provincias del sur del Brasil (Río Grande del Sur y Santa Catalina), la Argentina, el Uruguay y el Paraguay. "Estos diversos países —escríbese en la revista francesa— no le serán adquiridos a la Alemania por la fuerza; el gobierno no se meterá en ellos sino *para asegurar a sus nacionales los derechos garantizados por los tratados*. El espíritu de la empresa será tal que, en un tiempo dado, los países colonizados vendrán a ser de hecho *provincias alemanas*". (Lo subrayado va así en el texto.)

Se ocupa, también, Sarmiento de los mismos propósitos por parte de Italia y España. Y así —dice— "en un tiempo dado, en menos de diez años, uno tras de otro vendrán estos países a ser de hecho colonias italianas éstas, españolas aquéllas, alemanas las de más allá. Según que el agravio que dió lugar al reclamo pertenezca a una de aquellas poderosas y bien gobernadas

naciones. Como no hay veneno que no tenga su antídoto, y las enfermedades peculiares de la América tienen o la quinina o la zarzaparrilla para curarlas, nos guardamos para cuando el caso llegue, el remedio eficaz que se ha de aplicar a la llaga que amenaza devorar la América independiente. Nos lo guardamos" (1).

En 1936, el distinguido estadista argentino Julio Noble afirmaba lo siguiente en la Cámara de Diputados:

"La política de expansión alemana no reconoce límites, y los dictadores hablan vagamente de colonias allende los mares. Ya no se trata de llevar los límites del imperio que se forma o del que se aspira a formar, hacia Africa o Asia; ahora es allende los mares."

Agregó que Africa y Asia ya no son campos propicios para la expansión colonial, porque allí se choca contra intereses creados de las grandes potencias. Se mira a los países pequeños, débiles. "Confieso ahora mis temores por los países sudamericanos de grandes extensiones territoriales. Confieso mis temores por nuestra Patagonia. Confieso los temores que también confiesan los hombres del Brasil respecto a grandes extensiones de su territorio. Ya en la antequerra y durante la gran conflagración se señaló la posibilidad de movimientos separatistas estimulados por una gran nación".

"En situación normal, una aventura de conquista sería imposible; pero es que el mundo no vive momentos normales; el mundo vive momentos profundamente anormales. Los países europeos, las grandes potencias, sólo proveen penosamente a su seguridad y son espectadores impasibles, cuando no cómplices, de los despojos que se consuman. No creo que ninguna potencia

(1) Sarmiento Domingo F., "Condición del extranjero en América". Tomo XXVIII de la Biblioteca Argentina dirigida por Ricardo Rojas.

europea esté en este momento en condiciones de dar un paso —y no lo estará por muchos años— para impedir una aventura de esa clase."

Después de referirse a los planes de defensa del general Ramón Molina, el diputado Noble terminaba:

"Las naciones americanas, debemos declararlo, no tienen fronteras entre ellas, y si alguna vez sus ejércitos combaten, estoy seguro que lo harán juntos en defensa de la integridad territorial de América, o juntos al lado de quienes en el mundo quieran salvar los principios de libertad, de fraternidad y de democracia, lo que equivale a decir, a salvar la civilización" (1).

En Misiones (Argentina), el gobernador del territorio denunció las actividades nazistas. "La Nación" de Buenos Aires ha venido señalando el peligro de las colonias alemanas de Patagonia. El dirigente nazi de San Martín, Riedler, fué asesinado y la Embajada alemana evitó todo proceso investigador. En 1939, un ex nazi, Jurgues, reveló los planes de espionaje. En 1940, Frick, otro ex nazi, denunció los métodos de la Gestapo. El mismo año se descubrió la penetración educacional en Argentina (2). En Uruguay, en los mismos meses, se

(1) C. de Diputados de la Nación Argentina. Dic. de 1936. (Véanse también los discursos del diputado socialista argentino Enrique Dickmann (1939), y del radical Damonte Taborda (1940).

(2) "El nacionalsocialismo, en el exterior como en el interior, procura asegurarse la simpatía de los jóvenes. La operación está particularmente avanzada en América del Sur porque, de las 1.400 escuelas alemanas establecidas en el extranjero, en 1933, 1.250 lo están en sus repúblicas: 1.150 en Brasil, 40 en Chile, 40 en Argentina. Estas cifras han aumentado considerablemente después del triunfo interno del hitlerismo porque, según los informes oficiales, sólo en Río Grande do Sul (Brasil), había, a fines de 1937, cerca de tres mil profesores alemanes. En octubre de 1937 un profesor argentino, Joaquín Fernández Herrero, informaba de una visita a una escuela primaria del sur y pregunta a un alumno: "¿Quién es el hombre más grande del mundo?" Y el alumno responde: "¡Hi-

conoció un complot nazi contra el Estado, cuyas 33 conclusiones fueron aprobadas por unanimidad por la Cámara de Diputados, integradas por sectores antagónicos en el orden político interno, y que dicen así:

"—Está probada la organización política distribuida en blocs, células, puntos de apoyo y agrupaciones locales, correspondientes al distrito Uruguay, organizados en Montevideo, Rincón del Bonete y Paysandú.

—Está probada una campaña de infiltración en toda la prensa nacional de la propaganda nacionalsocialista, suministrada por institutos especializados de Alemania y por oficinas de ellos dependientes, en el Uruguay; y está probada también la organización de una amplia difusión de los diarios alemanes y en castellano de propaganda nazista.

—Está probada la campaña política nazista realizada por medio de exhibiciones cinematográficas en locales públicos y privados, utilizando a veces, arteramente, locales dependientes de algunas oficinas del Estado.

—Está probada la campaña de penetración política nazi en ramas de la administración pública, por medio de calificados agentes nazis, de empleados uruguayos y de jefes de sección, conquistados a veces a esta causa política y sirviendo otras veces de instrumentos inconscientes de dicha penetración.

—Está probada la campaña política por medio de la radio, en transmisiones públicas, sea en recepciones

---

tler!" Los niños desconocían la historia argentina. Los fines perseguidos no son culturales ni pedagógicos. Se trata de inculcar a los niños el amor a una patria lejana. Luego, de servir a una causa, a un partido, y suscitar, entre ellos, el sentimiento minoritario. La primera etapa es pues: crear minorías, instituir sobre todo un Estado dentro del Estado. De ahí a pretender que son perseguidos, no hay sino un paso: es la segunda etapa. La tercera y última es la invasión". Dehillotte, Pierre. "Gestapo", Payot, París, 1940.

recomendadas públicamente de los transmisores de onda corta alemana, sea en la recepción pública, utilizando los receptores modernos distribuidos por la legación de Alemania.

—Está probada la organización política de la juventud hitlerista que actúa en el país, que se ejercita en prácticas militares y que realiza deportes con fines políticos del nacionalsocialismo en el Uruguay.

—Está probada una organización escolar con sentido político germanizante, antipatriótico, establecida en Montevideo, Paysandú y Rincón del Bonete con fondos suministrados por la organización general de Montevideo.

—Está probado que en esas escuelas se fomenta la educación puramente alemana, el genio del idioma alemán, con mengua de nuestra historia, de nuestras tradiciones, quitando a los niños uruguayos hijos de alemanes la conciencia patriótica.

—Está probada una acción de conquista política nazi del campesino nacional, por medio de la escuela y la propaganda escrita y verbal, especialmente Paysandú.

—Está probada la existencia de la organización nacionalsocialista "Fuerza por la Alegría", que agrupa a los obreros, dándoles a las excursiones y a las fiestas un carácter netamente político.

—Está probada la organización de las mujeres alemanas en el Uruguay (A.G.F.D.A), comunidad vinculada a su vez a la sociedad nacionalsocialista de beneficencia de Montevideo (N.S.V.), cuyas finalidades son de carácter político, estando en subordinación directa de los organismos máximos del N.S.D.A.P. en Alemania.

—Que está probada la existencia del Frente del Trabajo, organización que ejercía dentro del comercio nacional una acción coercitiva sobre los obreros y empleados uruguayos, por la amenaza de las minorías alemanas de la acción del Partido Nacionalsocialista (N.S.

D.A.P.). Que este frente de trabajo imponía a los obreros una contribución de la que se beneficiaba el Partido Nacionalsocialista.

—Que está probada la infiltración en el comercio y en la industira por intermedio de Holzer y Klein, representantes, el primero de la Oficina Comercial del Partido Nacionalsocialista, y el segundo, de la A.F.U., que ha propiciado la organización del Instituto Nacionalsocialista para ingenieros alemanes (V.D.I.) y ha producido un movimiento avasallador de propaganda en favor de las normas alemanas.

—Que está probada la existencia en el país de la organización, jerárquicamente distribuída, denominada Tropas de Asalto (S.A.), las cuales realizan periódicamente ejercicios en campos militares de la República y en las carreteras del país, estudiando la geografía y topografía con instrumentos adecuados.

Estas tropas de asalto han estado al mando primeramente de Julio Holzer y después de Rudolf Patz.

—Está probado que las asociaciones culturales alemanas uruguayas son organismos de conquista política, camoufladas en un aspecto exterior simplemente social.

—Está probada la vinculación de escritores uruguayos en la propaganda del nacionalsocialismo.

—Que está probada la existencia de una policía especial del Partido Nacionalsocialista que, entre otros cometidos, tiene el de hacer guardia en la Legación de Alemania.

—Que está probada la existencia de una organización de motociclistas adaptable en cualquier momento a fines militares y cuyo número excede de cien unidades.

—Están probados actos de espionaje de agentes nazis que obran en nuestra capital en la campaña infiltrándose en todos los medios de actividad pública y revelados en la fotografía de caminos, puentes y carreteras completos, que no tienen en sí ningún valor artístico, ni explicación posible, fuera del servicio clandestino del exterior.

—Está probado que este espionaje también se ejerce en las maniobras con algunos fareros, en el estudio especial de nuestros mapas del Instituto Geográfico, en las transmisiones radiotelegráficas captadas por un funcionario especializado del país, y en la información general que suministran estos agentes a sus superiores jerárquicos.

—Está probada una organización de planeadores con paracaidistas que utilizaban con preferencia el campo de aviación militar para sus ejercicios, dificultando las tareas, en los días sábados, de los aviadores uruguayos.

—Está probada la presión moral ejercida en obreros y empleados en el Rincón del Bonete con la llamada ayuda de invierno.

—Que está probado que todos los conflictos jurídicos del nacionalsocialismo en nuestro país no son sometidos al Poder Judicial, sino que se ventilan por una justicia propia de dicha organización.

—Que está probada la calificación injuriosa que se hizo en Alemania, sobre la actitud neutral del Uruguay, en el caso del hundimiento del "Graff Spee".

—Que está probado el interés estratégico que le atribuye el nacionalsocialismo al Uruguay para el dominio de esta parte del continente.

—Que está probado a través de todos los agentes nazis que obran en el Uruguay, el concepto inferiorizante y despectivo que sienten y exteriorizan por nuestra nacionalidad y que se expresa en frases injuriosas a nuestra conciencia patriótica.

—Que está probada la ubicación de dirigentes y súbditos alemanes de importancia en lugares de valor estratégico de nuestro territorio, ya sea a título de propietarios o locatarios.

—Que está probada la comisión de delitos contra la patria, configurados en el doble aspecto de la actividad delictuosa individual y colectiva.

—Está probado un plan de ocupación militar de la República con distribución de tropas, ejército activo, ejército de reserva, colocación de funcionarios alemanes, reparto de tierras, represión violenta de los enemigos del nazismo, convirtiendo a nuestro país en una colonia alemana de campesinos. La seriedad del plan está certificada por el informe técnico correspondiente.

—Está probado que la Legación alemana en el Uruguay participa en la dirección política de todas las organizaciones nazistas del Uruguay, actuando en dicha Legación, con el goce de inmunidades diplomáticas, el jefe del movimiento nazista del distrito Uruguay, señor Dalldorf.

—Está probada la participación de la Legación alemana en la campaña periodística de infiltración nazi.

—Está probado el contrabando diplomático realizado por la Legación alemana en la introducción abusiva de impresos de propaganda injuriosa para países amigos del Uruguay y en la importación de películas y aparatos de radio en cantidades que exceden a las necesidades de "uso particular". Algunas veces, sin figurar en las partidas correspondientes en los conocimientos y manifiestos consulares.

—Está probado que de acuerdo con los antecedentes que obran en poder de la Justicia, existen, corporizados, un número que excede de 150 motociclistas alemanes".

En 1939 fué expulsado de Chile un espía nazi, Voigt. En 1940 se descubrió en Perú que unas "monjas" alemanas eran agentes. La Embajada alemana logró el silencio. En 1940 también, en Colombia, fué sorprendido un espía con documentos de la defensa militar colombiana. La lista de hechos sería interminable (1).

Resultaría digna de una crónica policial proseguir la reseña de las actividades descubiertas a la Quinta Columna nazi en diversos países de América y cómo se ha encontrado en su poder —¡con anticipación de lustros!— fotografías de puertos militares, cuarteles, campos de aterrizaje, etc., etc. Esto no puede extrañar a quienes conocen los planes universales del nazismo, revelados por Rauschning. En la obra ya citada relata que, en la primavera de 1934, Hitler recibió a representantes de los alemanes en el extranjero, en su mayoría jóvenes imberbes, a quienes impartió, entre otras, las siguientes instrucciones:

"Señores: Ya no es suficiente velar por el germa-
" nismo como en el pasado. Ahora debéis hacer de él
" una tropa de choque. Tampoco ya es cosa de que cada
" cual trabaje separadamente y según su inspiración. Ca-
" da uno de vosotros ejecutará en adelante las órdenes
" que reciba de la autoridad suprema. Lo que os parece
" ventajoso puede aparecer como nocivo a quien juzga

(1) Véase: "Avance del Imperialismo Fascista en el Perú", por León de Vivero, México, 1938; "Por el Pacto Fascista entregan Latinoamérica a Hitler", por Ernesto Giudice, Buenos Aires, 1939; "Gestapo", por Pierre Dehillotte, París, 1940 (Cap. XIV), quien dice así: "Si las estadísticas americanas no señalan sino 125.000 alemanes residentes en Brasil en 1936, en Argentina: 140.000; en Chile: 35.000; en Paraguay: 7.000; en Uruguay: 6.000; etc. los censos hechos por el Reich dan cifras muy diferentes. Por no referirnos sino al Brasil, donde los primeros alemanes llegaron en 1824, en número de 43, las sociedades coloniales de Berlín y Hamburgo estiman en 900.000 almas los efectivos de la colonia germánica. A su vez, los efectivos en Argentina llegan a 236.000". (Pág. 156). En Chile las primeras emigraciones arribaron en 1851. Sus descendientes, jurídicamente chilenos conforme a la ley chilena, y alemanes conforme a la alemana, forman una cantidad incontable. Muchísimos de ellos han sido ganados a la causa hitlerista. Véase también: "Nacis en Uruguay", de H. Hernández Artucio, Montevideo, 1940.

" las cosas desde un punto de vista superior. Exijo pues
" de vosotros, en primer lugar, una obediencia ciega. No
" es a vosotros a quienes incumbe determinar lo que se
" ha de hacerse en vuestro radio de acción. Es por ello
" que no puedo tolerar entre vosotros a ningún represen-
" tante de los viejos métodos parlamentarios. Esos se-
" ñores deberán retirarse. En lo que toca a la política
" de los grupos alemanes en el extranjero, no habrá más
" debates ni votaciones. Las decisiones serán tomadas
" por mí, o en mi ausencia, por nuestro camarada Hess.
" Tenéis una misión que nosotros, viejos combatientes,
" asumimos a menudo en la última guerra. Estáis en los
" puestos de escucha. Delante del frente os toca ejecutar
" reconocimientos y camuflar nuestros preparativos de
" ataque. Consideraos como estando en guerra. Las le-
" yes militares os rigen. Hoy sois quizá el elemento más
" importante del pueblo alemán. Es importante que
" haya en cada país por lo menos dos asociacio-
" nes germánicas. Una de ellas debe poder protes-
" tar siempre de su lealtad. Debe cuidar de las relacio-
" nes mundanas y de los contactos económicos. La otra
" será radical y revolucionaria. No debe incluso ex-
" trañarse de verse a menudo desautorizada por mí y
" por mi gobierno. Sepan bien por otra parte que no quie-
" ro hacer diferencia alguna entre los ciudadanos del
" Reich y los alemanes naturalizados en el extranjero. Ex-
" teriormente estaréis obligados a tener en cuenta el es-
" tatuto legal de cada uno. Pero vuestra tarea especial
" será la educación de todos los alemanes sin excepción,
" de suerte que yo pueda tener en todas las circunstan-
" cias la certeza de que cada uno hará pasar su patrio-
" tismo alemán delante de su juramento de lealtad ha-
" cia un país extranjero. De ese modo únicamente con-
" duciréis a buen puerto las tareas difíciles que os en-
" cargaré. Me atengo a lo que decidáis en cuanto a los
" medios a emplear para congregar a vuestros compa-

" triotas en torno a esta nueva disciplina. Debéis pre-
" pararnos el terreno. Alemania extenderá sus fronteras
" mucho más allá de las fronteras del Este y del Sud-
" este. También vosotros, señores, que venís de ultramar,
" tenéis los mismos deberes. Olvidad cuanto se os ha en-
" señado. Aspiramos, no a la igualdad de derechos, sino
" a la dominación. No nos detendremos en la protección
" de las minorías o en otras reivindicaciones de principio
" salidas del espíritu estéril de los demócratas. Cuando
" Alemania sea grande y victoriosa, ninguno osará desa-
" fiar al más humilde de vosotros. Vuestra tarea es la
" de luchar para asegurar a Alemania la dirección del
" mundo. Recogeréis entonces la parte del comando, sin
" rúbricas ni pactos. A vosotros es a quienes estará con-
" fiada la tutela de los países vencidos, en nombre del
" pueblo alemán. Gobernaréis en mi nombre esos países
" y esos pueblos desde el mismo sitio en que hoy aun
" se os persigue y oprime. Lo que constituía nuestra mi-
" seria secular, el desparramamiento del Reich alemán, su
" impotencia que obligaba a millones de hombres a emi-
" grar y servir de abono para otros pueblos, eso mismo
" es lo que será mañana la fuente de nuestro orgullo. Así
" como los judíos han debido sufrir la dispersión antes
" de conquistar el poder universal que habían alcanza-
" do, somos nosotros ahora el pueblo elegido de Dios,
" el que va a juntar sus miembros dispersos para dominar
" toda la tierra" (1).

Estamos pues frente a la posibilidad de una agresión militar que operará desde el exterior y además ante la acción metódica y múltiple de una organización nazi que tiende a descomponer nuestra unidad interior, a corromper y confundir a la opinión pública mediante una campaña de propaganda que utiliza toda clase de recursos y

(1) Rauschning. Ob. cit. pág. 130|132.

resortes, y que apelará, en la hora decisiva, como en Noruega y Holanda, a la acción militar, si fuera necesario, traicionando al país que la hospeda, haciendo "pasar su patriotismo alemán delante de su juramento de lealtad hacia un país extranjero", utilizando la figura de parada militar que emplea Hitler.

Serían innecesarias las pruebas de la existencia de la Quinta Columna que se desprenden de las investigaciones realizadas en el Uruguay, de los descubrimientos hechos en otros países, de las categóricas afirmaciones de personajes de probada solvencia moral. Basta conocer el proyecto nazi de expansión universal para comprender que precisa un equipo de propaganda con redes en todo el mundo. La vieja táctica del Caballo de Troya se reproduce así a través de los siglos. Conforme a la ley del menor esfuerzo, los nazis procuran ahorrar energías y vidas, facilitando su victoria mediante la acción traicionera de los elementos introducidos en los países que atacan y de los "nativos" seducidos, engañados o comprados. ¿Que esto representa una relajación del clásico concepto de la lealtad y del honor, que no puede ser posible que el pueblo que dió un Goethe y un Heine, haya rebajado su dignidad moral hasta el extremo de considerar legítimos los recursos repudiados por el progreso ético de la especie? No olvidemos que el nacionalsocialismo ha perseguido y persigue a los más conspicuos representantes de la vieja cultura alemana, y que Hitler se jacta de ser un adversario del pensamiento cristiano. Así como en el orden económico propone un nuevo plan mundial, así como en el orden político aspira a implantar un nuevo sistema en todo el globo, así también en el orden filosófico proclama la derrota del "judeocristianismo", la extinción de la servil moral de la piedad. Una fe nueva en un Dios inmanente en la Naturaleza, en un Dios "indiscernible en su destino y su sangre" constituye la referencia básica para despreciar las antiguas medidas morales hoy en

zozobra. ¿Qué importa para un nazi fanático, que cree cooperar a la construcción de un mundo nuevo, bajo la hegemonía absoluta de su raza y de su patria, el empleo de cualquier clase de medios? No hay historia de expansión universal, sea de orden político o religioso, que no provea de suficientes lecciones al respecto. Los nazis no son en ésto excepción.

Las pacíficas colonias alemanas residentes hace lustros en América han sido progresivamente ganadas al nazismo mediante una campaña tenaz de propaganda, por el deslumbramiento de los actos fulgurantes de Hitler en Europa, y principalmente por la coerción ejercitada en todos los terrenos. Ordenes terminantes de exclusión de la colectividad alemana, con sus tremendos efectos económicos, comerciales y psicológicos, son dictadas contra quienes se atreven a desertar del clan hitlerista. Emisarios especiales las han organizado políticamente. Hasta hace poco sus actos eran públicos, con una publicidad despreciativa, nacida de su concepto de la fuerza o de su convicción de nuestra excesiva confianza. Sus escuelas, donde se mantiene vivo el espíritu nazi y viva la sensación de no ser sino un trozo humano provisoriamente disgregado de la gran comunidad del III Reich, son núcleos donde se cultivan y multiplican esos nada más que teóricos ciudadanos sudamericanos, que luego forman en las quintas columnas, escudándolas en el aparato jurídico que les ampara. Así se formó el problema de los sudetén y de las minorías irredentas. ¿Se han diluído las colonias germanas, hasta confundirse con el continente que las recibió? La respuesta viene por sí sola: no.

He ahí, pues, resumiendo, las razones que no aconsejan confiar en nuestra invulnerabilidad. Somos débiles, estamos divididos, y además opera dentro de nosotros, hasta hoy impunemente, el caballo de Troya. Quizá se arguya que Hitler ha declarado terminantemente que considera "estúpidas" las versiones de sus planes sobre

América del Sur. Recordemos algunas declaraciones de Hitler que pueden hacer dudar de la validez de sus promesas terminantes, y las que tomo de A. J. Durelli, en su artículo "El Nacionalsocialismo y la Guerra", publicado en la Revista "Argumentos" (Buenos Aires, Set. de 1939), quien aprovecha la documentación publicada por Maurice Shumann en "La Vie Intellectuelle" (Oct. 10 de 1938). A ellas podría agregarse las terminantes "promesas de respeto a la neutralidad" de Bélgica y Holanda, que violó después "para protegerlas".

"El Gobierno del Reich y el pueblo alemán rechazan la violencia que consideran como medio impropio para resolver las diferencias existentes en la comunidad de los Estados europeos". (Al retirarse de la S. de las Naciones Oct. 15, 1933).

"Para nosotros la guerra no ofrece ningún premio. Jamás volveremos a combatir, salvo el caso de legítima defensa. Los problemas actuales de Alemania no pueden arreglarse con la guerra". (Declaraciones al "Daily Mail" Agosto 5, de 1934).

Frente a una reunión del Reichstag —21 de mayo de 1935— el Fuehrer en su discurso manifestó: "Alemania no tiene la intención ni la voluntad de intervenir en la política interior de Austria, o de anexarse Austria". "El Gobierno alemán respetará sin condiciones las cláusulas territoriales de los Tratados... y si las revisiones fueran necesarias, sólo se realizarían por la vía de los acuerdos pacíficos".

El 7 de marzo de 1936, las tropas alemanas ocupan la zona renana, que debía quedar desmilitarizada en cumplimiento de lo establecido en el Tratado de Locarno, firmado por Alemania. Hitler mismo había hablado de Locarno como de un Tratado que debía ser cumplido, y la angustia internacional era cada vez mayor. Había que tranquilizar el extranjero. Hitler envía un memorándum a los firmantes del pacto. El punto 6.º del Memorándum

establece: "El Reich no tiene ninguna ambición territorial en Europa".

El 1.º de mayo de 1936, desde la tribuna del Reichstag, Hitler dice: "Se extiende la versión que pretende que Alemania querría invadir Austria o Checoslovaquia. No son sino mentiras. ¿Quién las hace correr? Un pequeño círculo de interesados, personas que no quieren la paz".

El "Anschluss" tuvo lugar en marzo de 1938. Tres semanas antes, en un nuevo discurso al Reichstag, Hitler declara: "Agradezco al Canciller Schuschnigg por haber respondido a mi invitación y por la comprensión que ha demostrado tener. Creo que hemos contribuído a la paz europea. Todos los excitados demócratas que hablan constantemente de paz y empujan a la guerra, están furiosos por esta obra de reconciliación".

Y apenas realizado el "Anschluss" la "política" aconsejaba tranquilizar nuevamente al mundo. El Gobierno del Reich manifiesta, por vía diplomática, que no está animado de ninguna intención hostil hacia Checoslovaquia. Chamberlain declara el 14 de marzo de 1938 en la Cámara de los Comunes: "El Mariscal Goering ha autorizado al Gobierno británico para hacer pública la seguridad dada por Berlín a Praga, de que el Gobierno del Reich se considera como siempre ligado por el Tratado germano-checo.

Pero la historia no terminó con los sudetén ni con Munich. Hay todavía un acto más. ¿Para qué transcribir con la frialdad del documento los juramentos de Hitler respecto a Bohemia y Moravia? Dejemos la palabra al bueno y "frío" Chamberlain, que creyó en esos juramentos y los "vivió": "Cuando volví de mi segunda visita dije en la Cámara de los Comunes que Hitler hablando con gran franqueza repitió lo que ya había declarado en Berchtesgaden, o sea que aquella era la única de sus ambiciones territoriales en Europa, y que no tenía deseo alguno de incluir en el Reich a gentes de raza no alemana.

El señor Hitler confirmó esta relación de la conversación, en un discurso que pronunció en el Sportpalast de Berlín en que dijo: "Esta es la última reclamación territorial que tengo que hacer en Europa". Y un poco más adelante, en el mismo discurso expresó: "He asegurado a Mr. Chamberlain, y lo recalco ahora, que cuando este problema quede resuelto, Alemania no tendrá más problemas territoriales en Europa". Y agregó: "Ya no me interesaré por el Estado checo, y podré darle garantías. No queremos nada más con los checos". Y luego en el mismo acuerdo de Munich, que lleva la misma firma del señor Hitler aparece esta cláusula: "La determinación final de las fronteras será establecida por una comisión internacional".

El 21 de mayo de 1935 Hitler declaró: "Respetaremos ciegamente el acuerdo germano-polaco de 1934. Más aun, deseamos que sea constantemente prorrogado y que las relaciones amistosas entre Polonia y el Reich mejoren cada vez más".

El 20 de febrero de 1938, golpeando sobre la mesa, el hombre genial gritó: "Quisiera que la nación alemana aprendiera a ver en las naciones la realidad histórica que no se deja suprimir. Quisiera que reconociera como algo insensato, que es simplemente negar a una nación de 33 millones de habitantes un acceso al mar".

Pero no era suficiente. Habia que ir más lejos, y volver a insistir. El 26 de septiembre de 1938, en momentos que Alemania concentraba sus esfuerzos contra Checoslovaquia, Hitler dijo: "El acuerdo celebrado temporariamente por una duración de diez años excluye en principio el peligro de un choque cualquiera. Estamos persuadidos que ese acuerdo traerá una paz estable y duradera. Alemania y Polonia son dos naciones que no podrían separarse una de otra. Un Estado que cuenta con 35 millones de habitantes buscará siempre una salida al mar".

En el discurso que pronunció ante el Reichstag el 21 de mayo de 1935, el canciller de la Gran Alemania se expresó así: "Alemania se considera separada de los bolcheviques por un abismo imposible de franquear". Son también suyas estas frases: "Pasar por el enemigo más implacable de los bolcheviques es para mí el mayor timbre de honor". "Impediré que Alemania se alíe al bolcheviquismo, porque ese camino la conduciría a su pérdida. Si yo entrara en relaciones con los bolcheviques, el trabajador alemán no comprendería". "Pido a Alemania no mantener relaciones de ninguna clase con los bolcheviques, saboteadores internacionales". "Somos enemigos implacables de la Rusia soviética" que el año pasado, como broche de oro en el congreso del partido, Hitler dijo: "¿No constituye una sangrienta ironía de la historia universal ver que hay pueblos que se alian a la peor tiranía que haya existido jamás, la del bolcheviquismo ruso?"

Eso era en 1938 cuando los nazis eran "cruzados" de Cristo en España...

En 1939 Von Ribbentrop decía en Berlín (Discurso del 24 de agosto de 1939), lo siguiente:

"Siempre fueron mal las cosas para Alemania y Rusia en el pasado, cuando eran enemigas, pero les fué bien cuando fueron amigas. Ayer los señores Hitler y Stalin se decidieron por la amistad. El pacto de no agresión y consulta que Molotov y yo firmamos es una base firme e inamovible sobre la cual los dos Estados construirán para llegar a una íntima cooperación".

CAPITULO VI

¿QUE HACER?

Bosquejados los orígenes y consecuencias de la guerra, señalados los motivos económicos y políticos que tornan previsible una invasión nazi, y expuesta la practicabilidad de ésta en caso de perdurar las actuales condiciones de debilidad y desunión de nuestras repúblicas, corresponde ahora analizar las diferentes posiciones adoptables frente a tal problema, y sopesar las heterogéneas corrientes de opinión que ya han iniciado su curso en nuestros países. Naturalmente debe reiterarse que intentamos prever el porvenir en una escala de años o de lustros y no con las cortas medidas conforme a cuya pequeñez estas hipótesis serían simples elucubraciones fantasmagóricas.

El imperativo de señalar rumbos en hora tan confusa, ante sucesos que poseen vastedad geográfica y carácter decisivo en el orden histórico, en minutos en que se juegan las últimas posibilidades de un futuro perdurable, es más terminante para partidos políticos cuyo origen y finalidades están estrechamente vinculados al desarrollo social de las clases más numerosas. Tal circunstancia presupone que el autor se ubica dentro de un concepto limitado por determinado tipo de responsabilidad, lo cual entraña un particular punto de partida, que sería desleal

no declarar. Ahora bien, el desarrollo natural del problema va ligando, metódica y progresivamente, los intereses totales de la nación y del continente y proporcionando un campo de mira cada vez más general e incluyente. De ahí que la coronación o remate de este análisis arribe a conclusiones que, por su capacidad operante, afectan a todos los grupos sociales, sin distingos ni excepciones. Valga esta digresión sólo para justificar que en el inventario de puntos de vista se conceda mayor beligerancia polémica a la actitud más notoria de las diversas tendencias izquierdistas.

¿Qué hacer?, se preguntan a sí mismos los partidarios más firmes de un rápido y violento cambio de las bases económico-sociales vigentes. Y arguyen que, tratándose de una lucha entre dos imperialismos capitalistas con iguales propósitos de absorción y vasallaje, apenas diferenciables por grados de intensidad en la violencia que utilizan, corresponde prescindir de ambos y aprovechar la coyuntura de encontrarlos trabados en lucha para producir la revolución social. Este planteo, que en su forma escueta aparece fácilmente vulnerable, adquiere empero cierta eficacia convincente cuando al formularlo se lo viste con el ropaje de la hermosa perspectiva de una alcanzable sociedad perfecta. La humanidad, y es natural y justo que así ocurra, posee una lógica tendencia a adherirse a aquellos esfuerzos que procuren o traten de lograr un máximum de felicidad en un mínimum de tiempo. Y acontece que, paradojalmente, las fuerzas más generosas, especialmente la juventud —¡oh, tremenda nostalgia de los bellos errores veinteañeros!— suele adoptar los caminos más impracticables, frustrando en estériles afanes su creadora energía vital. ¿Podría sostenerse, es decir, durar y actuar una revolución social triunfante en Indoamérica? Concedamos, y es admitir lo por hoy inverosímil, que ella se realizara, simultánea, en todas nuestras repúblicas. ¿Qué fuerza militar —y este es el lenguaje

de la hora— alcanzaría a tornarla invulnerable? La lucha armada entre los imperialismos no será eterna. Y si los grupos de potencias están en desacuerdo respecto a las ventajas que procuran adquirir, coinciden plenamente en evitar que el total de las mismas escape a su control, afectando las bases mismas de su existencia. Una acción conjunta de los grandes países daría penoso y rápido fin a una revolución de tal tipo y retrotraería las condiciones sociales a sus más duras características, como fruto de la derrota. Cabe argumentar, en contra de tales asertos, la subsistencia de la revolución bolchevique. Pero ella conoció de cerca la agresión armada, y la pudo resistir sólo en razón de que Rusia es un país poderoso cuyas modalidades geográficas y demográficas —¡tan diversas de las nuestras!— y cuyo pie de guerra en 1917 le permitieron afrontar con ventaja los ataques. El curso de los hechos posteriores, por la presión incoercible de lo que podríamos llamar sincronización histórica, obligó a los Soviets a seguir un zigzagueo defensivo que los condujo a la Sociedad de las Naciones —"cueva de bandidos", al decir de Lenin—, a la alianza militar con Francia capitalista primero y al pacto de entendimiento con la Alemania nazi después —"la bestia parda del fascismo", al decir de Stalin.

La imposibilidad de una inmediata revolución socialista en nuestros países aparece más claramente en el terreno de la economía. El socialismo es la coronación orgánica de un lento proceso de desarrollo integral de la sociedad, y no la simple imposición arbitraria de románticos deseos subjetivos. Las etapas económicas no se saltan, sostuvo el propio Carlos Marx. Por ende, es antimarxista por lo menos, la tesis de que nuestros países pueden alcanzar su forma socialista por el mero cambio de Gobierno. Cedo la palabra a Haya de la Torre quien enfoca este problema del siguiente modo:

"Empero, vale no olvidar que el sistema capitalista, del que el imperialismo es máxima expresión de plenitud, representa un modo de producción y un grado de organización económicos superiores a todos los que el mundo ha conocido anteriormente y que, por tanto, la forma capitalista es paso necesario, período inevitable en el proceso de la civilización contemporánea. No ha de ser un sistema eterno —porque lleva en sí mismo contradicciones esenciales entre sus métodos antitéticos de producción y apropiación— pero tampoco puede faltar en la completa evolución de alguna sociedad moderna. Consecuentemente, para que el capitalismo sea negado, abolido, superado, debe existir, madurar y envejecer con mayor o menor aceleración, pero su presencia no puede suprimirse del actual cuadro histórico del desenvolvimiento humano. Además, la abolición del sistema capitalista, de acuerdo con los postulados del marxismo, debe ser realizada por el proletariado que se apodera del Estado y transforma desde luego los medios de producción en propiedad de éste" (Engels). Pero la existencia de ese proletariado clasistamente definido y políticamente consciente de su misión histórica, supone un período más o menos largo de producción capitalista que "transformando progresivamente en proletarios a la gran mayoría de la población crea la fuerza que bajo pena de muerte está obligada a realizar esa revolución" (Engels). Fácil es inferir que la abolición radical del sistema capitalista no puede cumplirse sino donde el capitalismo ha llegado al punto cenital de su curva, vale decir en los grandes países que marchan a la vanguardia de la industria mundial, cuyas bien contexturadas clases proletarias deben realizar la trascendente tarea transformadora que el marxismo les señala. No ha de ser pues en los países coloniales o semicoloniales, que recién viven

" su primera o sus primeras etapas capitalistas, donde " el capitalismo pueda ser destruido" (1).

Del infantilismo mental a la madurez realista hay una distancia que, por suerte, parece recorrida por los sectores más responsables de nuestras fuerzas renovadoras. De allí que la posición de un extremismo revolucionario en esta coyuntura bélica no alcance a contar con muchos adeptos. Con mayor número de partidarios aparece, en cambio, la que aconseja una neutralidad absoluta, una actitud de brazos cruzados, de prescindencia total, que al mismo tiempo que no aconseja o sugiere ninguna gestión de orden positivo, proclama un pacifismo romántico, un desarme espiritual y moral que nos condena a un rol gandhiano y derrotista.

En efecto, ¿cómo puede mantenerse la neutralidad? ¿Sólo por mera voluntad de quienes la proclaman? La neutralidad en el mundo subjetivo puede ser un estado de espíritu y es libre de proclamarla quien mira con indiferencia la lucha trabada hoy en el mundo o quien se considera equidistante en cuanto al repudio de ambos bandos beligerantes. Pero en el mundo objetivo, en el de las realidades económicas, políticas y bélicas, la neutralidad depende de la voluntad de los más fuertes. No son los pueblos débiles, proclamando su abstención, los que pueden realizar su deseos, sino son los pueblos fuertes los que deciden si la neutralidad existe o no de *facto* y por consiguiente de *jure* como hecho político y militar, al invadir o no por la fuerza, los territorios de los países que pretenden mantenerse fuera de la zona de guerra (2).

(1) Haya de la Torre. "El Antimperialismo y el Apra". Págs. 20 y 22.

(2) El propio Stalin, cuyos adeptos proclaman la "neutralidad absoluta" dice a este respecto: "Formalmente se podría calificar la política de la no intervención del siguiente modo: "que cada país se defienda de los agresores como quiera y pueda, a nosotros no nos importa, nosotros vamos a comerciar, tanto con los agresores como con sus víctimas". Mas, en realidad, la política de no intervención significa favorecer la agresión, el desencadenamiento de la guerra; por lo tanto convertida en una guerra mundial". Stalin. Informe al XVIII Congreso del P. C. Moscú. 1939. p. 12.

Lo ocurrido en Europa hace poco es bastante ilustrativo al respecto. Noruega, Bélgica y Holanda proclamaron y practicaron una neutralidad absoluta, que de nada les sirvió, cuando en el tremendo choque de las grandes potencias en lucha, una de éstas juzgó oportuno violar todas las promesas y pasar por encima de la declaratoria de abstención, arrasando, con el desatado huracán de la guerra, la impotente voluntad pacifista de las naciones neutrales. La guerra contemporánea no se desarrolla conforme a los reglamentos de un partido de fútbol. Y quienes creen ingenuamente que serán respetadas las reglas deportivas sólo facilitan el acaecimiento de mayores peligros. En esta contienda desesperada por el domino mundial, la neutralidad no es un anhelo que pueda realizarse porque sí. Está supeditada a la conveniencia estratégica de los grandes países o a la satisfacción de sus necesidades más apremiantes en el orden económico. La neutralidad depende de nosotros, en la medida en que seamos fuertes como para ser respetados. Pero si mantenemos nuestra actual división, el abandono de todo plan previsor de armamento y defensa, seremos una rica presa de guerra custodiada sólo por los endebles valladares de la razón moral, de los principios jurídicos y los demás valores del espíritu, que han sido violentamente barridos en Europa. Persistir en los métodos fracasados, practicar el error ajeno a sabiendas de su ineficacia, es ingenuo cuando no criminal. Es una traición contra los deberes que exige el porvenir. Ya hemos indicado en capítulos anteriores todas las razones que hacen previsible la circunstancia de que seamos envueltos en la

guerra, con nuestra voluntad o contra ella. Frente a este hecho concreto, irremisible y definitivo, aconsejar la neutralidad es como sugerir a una oveja no defenderse del lobo que intenta devorarla. Por otra parte, ¿cómo podríamos defender nuestra neutralidad? Los partidarios de esta tesis, acosados, reconocen que únicamente por medio de las armas. Esto supone una política armamentista, previsora, que es el camino realista. Por desgracia, tal supuesto lógico no es reconocido por los pacifistas a ultranza, que propugnan la simple política del avestruz: esconder la cabeza para no ver el peligro.

La actitud que otros sostienen es que debemos defendernos sólo en el caso de ser atacados. Pero la defensa no es una actitud postrera que puede improvisarse a la hora undécima. Demanda un largo período de tiempo, un intenso esfuerzo de preparación cumplido en todos los órdenes de la vida colectiva, el cual, si somos congruentes con los riesgos de la hora, debería emprenderse de inmediato. Estos mismos teóricos, que propugnan la defensa sólo en caso de agresión, reconocen implícitamente que, a partir de ella, seríamos beligerantes, o sea admiten la cercanía del riesgo. Todo conduce, pues, a presumir que la guerra se acerca a nuestras puertas y que la actitud de Poncio Pilatos constituye una imprevisión imperdonable que puede provocarnos devastadoras consecuencias. No alcanzaremos la paz que buscan los mansos apóstoles de la neutralidad permaneciendo débiles aunque ricos. Sólo podremos obtenerla si somos fuertes y temidos, si contamos con aliados que nos hagan respetables, si encaramos desde hoy una política que intente precavernos de todo riesgo. En este momento crucial, predicar y practicar el pacifismo es desconocer la trascendencia del instante y hablar un lenguaje de otra edad en un universo enloquecido y afiebrado. Desencadenadas las fuerzas primarias que procuran un nuevo equilibrio mundial, invadirán aquellas zonas donde no se les alce un dique poderoso. Indoamérica, indefensa, dividida, pacifista, neutral absoluta, es como un hombre cargado de riquezas que arroja sus pocas armas para cruzar un camino infestado de bandidos. Quienes tal aconsejan —interesados o ingenuos—, representativos de una actitud estéril, infecunda y derrotada, carecen del poder creador y de la previsión salvadora que reclama la urgida hora del continente; o peor aún, cumplen consignas inconfesables.

Hay otra corriente de opinión, pretensamente cauta y acomodaticia, que sugiere la espera en medio del caos y la incertidumbre, arguyendo que un orden nuevo surgirá con el epílogo de la guerra europea y que cualquier pronunciamiento, incluso el de la neutralidad, perjudica las posibilidades del mañana. No es el avestruz que oculta la cabeza para no advertir el peligro, sino el pájaro-bobo que contempla cuanto ocurre en su derredor, e incapaz de discernir su rol, renuncia a toda acción creadora, inconsciente de que se está jugando su propio destino. La teoría de la espera bajo el paraguas produce, como ninguna, funestos efectos en los minutos decisivos que atravesamos. No corresponde aconsejar cautela cuando el planteo universal de los acontecimientos señala de modo bastante claro el porvenir, y demanda una acción rápida y enérgica. Así se confunden incertidumbre y pavidez. Alelados por la magnitud de los sucesos europeos, quienes guarecen su miopía tras la caduca excusa de la precaución, son como los políticos europeos vacilantes que en la hora decisiva de la preguerra, por incertidumbre y ceguera, no estuvieron a la altura de su responsabilidad. Por otra parte el evidente afán acomodaticio, de reclinarse en el mañana, que tal posición revela, no es una ventaja. Las leyes de la victoria no las dictará la conducta de los pueblos débiles sino las necesidades de los países vencedores. Es absurdo creer que podremos obtener ventajas mediante el conocido juego de la simulación póstuma de simpatías espirituales, o el valimento de sutiles

actitudes de gobierno. Esta contienda es la exteriorización suprema de necesidades sustantivas de los pueblos más fuertes de la tierra, y la paz que la suceda será la cristalización, por muchas décadas, de un orden mundial que garantice aquéllas. Una escala jerárquica de valores históricos, económicos, políticos y estratégicos, relega a un último plano inoperante todos los méritos que, en un subalterno orden de guiños y zalemas internacionales, pretende acumular la astucia criolla. Artes de menor cuantía, eficaces en el minúsculo mundillo de vivezas que caracteriza nuestro retrasado desenvolvimiento político, aparecen en desnuda insignificancia cuando se las proyecta sobre dimensiones mundiales.

Por otra parte, una posición de simple espera pasiva, meciéndonos en la hamaca tropical de la indolencia, significa renunciar a la acción en los mismos instantes en que la acción todavía puede ser fecunda. Llevamos dicho, y cabe repetirlo, que sólo una tarea orgánica e integral, que empiece de inmediato, podrá construir los basamentos militares, navales y aéreos, económicos y políticos, que nos permita disponer de eficaz muralla defensiva, y por ende, consiga el mantenimiento de la paz o en último caso, nos abra posibilidades de victoria. Mañana será tarde. Y si es así, en estos instantes supremos, ¿sería posible siquiera escuchar a los predicadores de la agachada criolla? Además, el conocimiento de la coyuntura histórica del mundo exige a cada pueblo un rol actuante en la medida relativa que su importancia lo permita. ¿Somos nosotros, pueblos condenados a un simple e irrenunciable papel de espectador? Mientras mantengamos la actual debilidad, y la división que fragmenta en veinte trozos nuestra unidad esencial, carecemos de jerarquía ecuménica. Pero si solidarizamos nuestros esfuerzos y puntos de vista, si se realiza una Federación de Repúblicas Indoamericanas, representativa de 130 millones de hombres, dueña de un extenso y rico territorio, nuestra categoría

será diferente y podremos conjugar mejor los peligros del mañana. La fuerza unificada de Indoamérica, actuando de acuerdo con la de Norteamérica, totaliza un volumen continental que pesa en las balanzas del mundo. Finalmente, los sectores sedicentemente doctrinarios que abogan por la cazurrería de la expectativa dentro del caos revelan, al proponerla, un desconocimiento del planteo doctrinario del problema y una incapacidad de acción creadora que los inhibe, de hecho, para intentar la indicación de rumbos.

Más perniciosa es aún la tendencia que aboga por un entendimiento con Alemania. Quienes la formulan como un ardid destinado a obtener concesiones del presunto vencedor denotan al par que una abyección moral de última especie, un error político y la ceguera más completa sobre la naturaleza de los fenómenos contemporáneos. Y quienes la propugnan como una expresión sincera de los más heterogéneos puntos de vista demuestran desconocer la diversidad de destinos que, dentro del actual juego de factores mundiales, corresponde a Indoamérica y Alemania. Veamos. Desde el punto de vista propiamente militar, una colaboración actual es imposible, ni aun en la forma indirecta del envío de alimentos o materias primas. Mientras Gran Bretaña y Estados Unidos dominen los mares, los pueblos de Indoamérica, por su voluntad o contra ella, serán sus aliados naturales, por disposición de la geografía y de las actuales relaciones materiales. Arriesgar una actitud favorable al nazismo es desatar las hostilidades económicas de los grandes países que nos controlan y, si las circunstancias se agravan en un plano bélico, desatar también sobre nosotros todos los horrores de la guerra. Reiteraremos hasta el cansancio que en una disputa de vida o muerte, las grandes potencias no trepidan en el uso de todos los medios que faciliten la victoria.

Pero hay razones más importantes que estos simples enunciados. El orden mundial, por el que aboga el nacionalsocialismo, tiene objetivos claramente determinados. Aspira a acabar, en el plano económico, con las tendencias autárquicas para imponer una distribución del trabajo internacional dentro del que nos corresponde el humilde y exclusivo papel de proveedores de materias primas, con renuncia de nuestra autonomía económica, con la muerte de nuestro incipiente industrialismo, con la imposición de precios y mercados de venta, vale decir con nuestra relegación al carácter de una última colonia africana. En el plano político, el nacionalsocialismo pronostica el gobierno de estas regiones mediante los "gauleiter", no sólo porque aquí residen colonias alemanas numerosas, que no tardarán en plantear sus reclamos de "minorías" oprimidas, exigiendo la protección del Tercer Reich, sino también porque, de acuerdo con el criterio jerárquico del racismo ario, los "corrompidos pueblos mestizos", como somos los de Indoamérica, carecemos de derecho a gobernarnos. Suele olvidarse, por los gárrulos defensores indoamericanos de Hitler, el carácter racial del conflicto. Nazismo equivale a lucha de razas. Conforme a su escala de valores, nosotros —morenos, mestizos, negros— somos pueblos abyectos, dignos de látigo colonial. Ellos, los arios alemanes, tienen derecho a gobernarnos a su antojo y conveniencia, a ser amos y señores de nuestro futuro. Charros y guasos, llaneros y gauchos, cholos y mensúes indoamericanos serían los *coolies* del colonialismo germano. Por eso los indoamericanos partidarios del nazismo recuerdan aquella frase que las turbas del imperio español gritaban a Fernando: "¡Que vivan las caenas!"

Esta concepción del mundo, esta directiva trazada en un orden universal y con la ambición de que dure siglos, no va a deshacer sus propios cimientos para efectuar excepciones de favor, sólo porque una pequeña república

sudamericana intentó demostrarle sus simpatías. Confiar en esta técnica mental de la validez de factores sentimentales es aferrarse a un pasado sepulto. El nacionalsocialismo repudia la moral cristiana de la piedad, el amor, la gratitud. La conciencia, para él, es una invención judía. Sus planes, por tanto, no reposan sobre cambiantes bases psicológicas, susceptibles de variación a causa del afecto, sino conforme a líneas esquemáticas rígidas y frías. El nacionalsocialista cree construir el mundo para su disfrute por milenios bajo la hegemonía alemana. No hará excepciones debilitadoras con nadie. No sólo la Francia del armisticio de Petain conocerá el despiadado rigor de estas leyes, sino también Bélgica, Holanda, y aún la propia Italia del fascismo, segundona de rica herencia, que quizá se satisfaga con una buena porción africana en caso de victoria del Eje, pero que jamás obtendrá un rango de paridad con su aliado para compartir el dominio del mundo. Noruega conmovió las fibras del corazón alemán cuando, en la guerra de 1914, llevó a su territorio a millares de niños alemanes huérfanos, a los que educó y sostuvo. Pero en 1940, cuando Alemania, urgida de bases navales en el Mar del Norte, decidió la invasión de Noruega, no trepidó un segundo en ordenar la guerra contra el pequeño país al que debía gratitud y, para lección de los sentimentales que aún confunden su criterio sobre el trágico tiempo presente, utilizó como Quinta Columna a los propios niños alemanes educados y mantenidos en el regazo noruego. Observemos también el caso de Hungría, único país de la cuenca danubiana sometido a la órbita nazi desde mucho antes que se iniciaran las deslumbrantes victorias de Hitler. ¿Qué ha obtenido de los colosales cambios operados sobre el mapa, qué migaja le ha tocado en el reparto? Cuando intentó reclamar fragmentos de Checoslovaquia y cuando quiso apoderarse de sectores de Rumania, su propio amo la contuvo. Hungría sólo es un peón en el ajedrez europeo, un

humilde peón que puede jaquear a un rey, pero también ser entregado al adversario. La concepción nacionalsocialista del universo será impuesta, si triunfa, con rígida y marcial precisión, sin blanduras ni salvedades. A nosotros nos está reservado el trato de colonias, y por la experiencia anterior a la guerra del 14, ya es conocido el desprecio político con que el colonizador teutón trata al nativo. Quienes creen que una actitud amistosa hacia Alemania permitirá disfrutar ventajas, caen en un especifismo ingenuo, y al impedir la formación de un vigoroso espíritu defensivo, y al facilitar la penetración alemana, cometen una traición involuntaria contra el futuro de sus propios países.

No obran, además, solamente meros factores políticos y económicos en este análisis de la suerte que estaría reservada a una política de entendimiento con Alemania. Una posición arribista de tal tipo vulnera las bases morales de la civilización cristiana de la que no hemos renegado. Hemos dicho ya que, sin ser ellas las causas de la guerra, es indudable que sus consecuencias afectarán las formas políticas y espirituales que prevalecerán en el mundo. ¿Puédese participar —al menos los partidos políticos que han nutrido su savia de las clases más numerosas de la sociedad, y que aspiran a la creciente liberación integral del hombre— en un diabólico plan desatado sobre el mundo para imponer, bajo la hegemonía alemana, formas autoritarias de gobierno? ¿Sobre qué base responsable está entonces fundada la actitud mantenida durante lustros en defensa de las formas libres de expresión ciudadana si, a última hora, ante el resplandor rojizo del cañoneo semivictorioso, vamos a abandonar cobardemente convicciones y principios para entregarnos servilmente al vencedor? Los partidos democráticos, cualquiera que sea su rango o ubicación en el vasto círculo de izquierdas y derechas —porque hay partidarios de la democracia en todos los sectores— no pueden cooperar

a un entendimiento con Alemania, que llevaría implícito la defunción del sistema. Los cristianos y en especial los católicos, cuya religión ha sufrido y sufre persecución intensa en el Tercer Reich, cuya moral es objeto de socavamiento metódico bajo el nazismo, cuyas concepciones del mundo son ardorosamente combatidas por Hitler, no pueden ser indiferentes, salvo por ignorancia como ocurre en muchos casos, a la expansión totalitaria. Y por último, los defensores de la cultura, los partidarios de la libertad del pensamiento, los que aborrecen las falsas jerarquías racistas, todos los que salvaguardan las conquistas espirituales del mundo, tienen que intentar oponerse a este rodillo despótico que todo lo esclaviza a una sola voluntad y un solo poderío, aun en el vasto y creador mundo del espíritu. La victoria de Alemania, repitámoslo, representa además el riesgo de que sucumba nuestra libertad política y seamos condenados al rol colonial. Con tales perspectivas, ¿cómo puede argüirse la posibilidad de un entendimiento con los nazis? ¿Habrá crédulos que confíen en sus promesas, luego de los monstruosos engaños de Hitler después del Anschluss, de Austria, de la anexión del Sudeten y las solemnes promesas a Bélgica y Holanda? Aunque no fuera posible una actitud salvadora —que existe— cualquier emergencia sustituiría con ventaja una capitulación vergonzosa. De aquí se infiere que no sólo es imposible y repudiable para los libres pueblos indoamericanos un pacto con el nazismo, que desde ya opera contra nosotros, sino que corresponde articular un esfuerzo para evitar que nos coja en sus funestos planes.

¿Qué hacer entonces? Adversarios de la concepción económica y política del nazismo en sus planes de expansión mundial, bajo el riesgo de ser invadidos y atacados a mansalva por la Quinta Columna, en víspera de hallarnos en la primera línea de fuego, incapaces de defendernos por nosotros mismos, a la actual altura de nuestro desarrollo, todo confluye a intensificar la gravedad de la ho-

ra. Pero si el peligro nazista es el inminente, ¿quiénes pueden ser nuestros aliados, o quiénes son nuestros aliados de hecho? No cabe duda de que mientras existan la flota británica y la flota norteamericana, serán difíciles los propósitos de conquista total de Indoamérica por parte de Alemania. Resulta, por ende, absurdo permanecer indiferentes ante la única circunstancia de fuerza que nos precave de riesgos mayores.

Empero se argumenta con razón, y el autor lo ha reconocido en el planteamiento de las causas y objetivos de la guerra, que el grupo anglosajón es también imperialista. Es verdad. Aún más: nosotros conocemos de cerca cómo actúa. Pero sería un simplismo, deducir del común denominador imperialista que caracteriza a los bandos en contienda un automático alejamiento de ambos. ¿Iríamos entonces a actuar en la estratósfera? El hombre y los pueblos sólo son dueños de su destino en la medida relativa en que los factores circundantes lo permiten. Creer que el deseo subjetivo puede ser norma de orientación, es proclamar la anárquica sublevación del individuo sobre las condiciones materiales. Nuestro destino ofrece, aunque limitados, rumbos y perspectivas que pueden conducirnos por evolutivo camino hacia formas mejores. Pero bajo la coerción presente del "hoy" y del "aquí" —para emplear una frase gráfica del fundador del socialismo argentino, Juan B. Justo— la realidad impone sus mandatos. La geografía revela que estamos rodeados por mares que controlan los ingleses y norteamericanos, y que estamos ubicados al sur de Estados Unidos, fuerte potencia, adversaria virtual del nazismo. La economía nos enseña que somos dueños de inagotables riquezas naturales que necesitan los países-industriales y que actualmente extrae y comercia el grupo anglosajón. Semejantes hechos conducen a la realista conclusión de que los factores materiales económicos y geográficos señalan con precisión el perímetro dentro del cual poseemos relativa independencia.

Pero hay otras razones que empujan a una acción antinazi. Llevamos dicho, pero es conveniente repetirlo, que el nacionalsocialismo aspira a organizar un imperialismo mundial bajo su hegemonía, cuya espina dorsal sería la raza aria, es decir incluiría a algunos de sus actuales contrincantes. He aquí un gravísimo peligro. Cuando los imperialismos pacten entre sí, y se hagan unidad mundial, terminará la lucha interimperialista que garantiza la relativa independencia de que disfrutamos. Mientras Estados Unidos e Inglaterra sean potencias mundiales, es decir no resulten dominadas por los nazis, sus celos mutuos impedirán que una u otra caiga del todo sobre nosotros. Su pugna permanente y secreta no ha cesado ni en los más dramáticos momentos de la guerra. La proposición de un monopolio de materias primas, formulado por Estados Unidos, en desmedro de las potencias europeas, incluso Gran Bretaña, no fué recibida con alborozo por los preocupados políticos ingleses que, al par que medidas previsoras contra bombardeos, impartieron instrucciones para influir en las cancillerías sudamericanas amigas, a fin de evitar el acuerdo. La misma Conferencia de La Habana vió entre bastidores la mesurada pero tenaz insistencia con que ambos primos sajones intentaron llevar el agua a sus respectivos molinos. Todo esto indica que la contradictoria estructura del grupo llamado democrático, por la rivalidad que lo caracteriza, le impide convertirnos a la condición de colonias africanas, como, en cambio, lo tiene resuelto el imperialismo nazi.

Con las armas del imperialismo anglosajón además, se cierra el paso a una concepción vejatoria de la dignidad humana y se mantienen abiertas las posibilidades de perfeccionamiento democrático. Porque es justo establecer distingos entre los varios imperialismos. Un criterio simplista que los identifique a todos, o un criterio optimista

que no reconozca su analogía sustantiva, son parejamente perniciosos. Dentro de su similar tendencia al dominio económico en los mercados, la explotación de materias primas, las finanzas, y al dominio político en lo estratégico, cada imperialismo acusa diferentes características y aun diversos métodos. Por ejemplo el imperialismo japonés tiene un sistema de penetración a base de colonos que multiplican, con el crédito nacional, los capitales de que disponen, y establecen actividades en el pequeño comercio. Es una especie de imperialismo epitelial que, como una red humana, va multiplicando sus puntos de apoyo en todo el territorio (1). Los alemanes tienden a la concentración de colonias cerradas a toda permeabilización, que ganan posiciones dominantes en el comercio y la finanza, y crean después problemas de minorías, que se quejan de persecución para terminar solicitando el apoyo del Tercer Reich y su incorporación al mismo. Los anglosajones, a su vez, no colonizan a base de hombres sino de capitales, los que invierten en las grandes industrias extractivas, vale decir en los órganos vitales de la economía nacional, pero dejando un máximum de libertades que no afecten al menos su posición espiritual y política. No hay en la historia ejemplo de mayor elasticidad en el dominio colonial que los tenues lazos que unen entre sí a las poblaciones blancas del Imperio Británico. Sería absurdo afirmar que Australia, Nueva Zelandia, Africa del Sud y Canadá son pueblos sometidos por furiosa violencia al imperialismo británico. Los ingleses, partidarios de un sistema deportivo de juego limpio, aflojan las riendas que no comprometen la estabilidad esencial de sus relaciones económicas o estratégicas. Los pueblos citados, aunque bajo el dominio inglés, han desarrollado formas políticas y sociales que nada tienen que envidiar a las de otros países totalmente libres. En Nueva Zelandia y en Australia, por ejemplo, gobernaron socialistas en las mismas horas en que sus congéneres de Indoamérica eran perseguidos o fusilados por los dictadorcillos "demócratas" de las "libres" repúblicas sudamericanas. No constituyen estas observaciones, remarquémoslo hasta el cansancio, un alegato en defensa del imperialismo inglés y mucho menos una tendencia subconsciente o expresa, cercana o remota, a abdicar nuestra independencia. Pero al intentar la aventura de auscultar el destino de Indoamérica, entre dos bandos en lucha, urge analizar sus características respectivas para orientar los pasos. Desde luego el Imperio Británico ofrece casos muy diferentes a los citados: Irlanda, la India, Egipto. Pero en casi todos ellos cabe reconocer que el imperialismo británico procura fórmulas plásticas y racionales que, dentro de su interés imperialista permitan resolver con mínimum de esfuerzo la antinomia esencial de gobernantes y gobernados. La comparación de estos métodos —a pesar de ser imperialistas— con los seguidos por los nazis en los países conquistados, facilita el juicio. En el terrible dilema en que la historia nos pone, el imperialismo hitleriano aparece como el más peligroso y subyugante.

(1) Véase: "Avance del Imperialismo Fascista en el Perú". León de Vivero. México. 1938.

Los Estados Unidos, el aliado geográfico, el protector forzado de este continente moreno, es también imperialista, y posee, a su turno, módulos típicos. Cedamos la palabra a Haya de la Torre, quien estableciendo distingos, afirma lo siguiente: "Alguna vez creo haber anotado que las dos formas o modalidades históricas del imperialismo tienen alegorías ilustres en sendas concepciones geniales del teatro inglés: en *"César y Cleopatra"* de Bernard Shaw y en *"el Mercader de Venecia"* de William Shakespeare. Shaw nos presenta al tipo del imperialismo clásico que conquista con el hierro y explota por el oro, cuando César vencedor del

" Egipto decadente declara sin ambages al faraón niño y
" a los cortesanos pávidos que necesita "some money".
" La otra forma imperialista, más novedosa y sagaz, que
" no usa las armas como instrumento previo de dominio,
" sino que invierte, presta dinero, para exigir después
" en el cumplimiento de un contrato hasta la carne mis-
" ma del deudor, halla su símbolo en la vieja figura de
" Shylock, creación inmortal de aquella shakespiriana
" voz de la naturaleza" de infinitos ecos... Ambas for-
" mas del imperialismo, muy antigua y muy moderna,
" subsisten hoy: la que manda inicialmente a sus solda-
" dos para después exigir el botín y la que lo negocia con
" antelación en inversiones, préstamos, ayudas económi-
" cas de apariencias más o menos generosa, para enviar
" más tarde los soldados si el forzado deudor no cum-
" ple. Aquélla ha sido más frecuentemente empleada por
" los grandes Estados europeos en la estructuración de
" sus imperios coloniales. Esta, característicamente yan-
" qui, es usada también en zonas militarmente inaccesi-
" bles por los imperialismos del viejo mundo" (1).

Con tales elementos de juicio, diseñadas las perspectivas que en el orden espiritual, económico y militar, acechan a nuestro continente, y señalados los modos de los grupos de potencias en pugna, cabe deducir, por ahora, que una política positiva tiene que orientar sus pasos hacia la unidad de las naciones indoamericanas, para corregir las desventajas de nuestra debilidad y desunión, y al mismo tiempo hacia la articulación de la defensa continental con los Estados Unidos que, con Gran Bretaña, son los adversarios más poderosos de Alemania.

(1) Haya de la Torre. "El Antimperialismo y el Apra". Ob. cit., p. 19.

CAPITULO VII

LA UNIDAD INDOAMERICANA

"En cuanto a la unidad de los Estados Iberoamericanos, es un problema que lo afrontarán para resolverlo las generaciones que vendrán. Hoy por hoy, es una divagación extemporánea". Eudocio Rabines. 1938. (1).

Recién nacidas nuestras repúblicas, Bolívar, el Libertador, atalayó su destino. Tropezó con gentes miopes o mezquinas que calificaron de utópicos sus aciertos visionarios, y a quienes presenta en su verdadera estatura el transcurso de los siglos. En 1826, hace 114 años, Bolívar afirmaba en las invitaciones al Congreso de Panamá que —siguiendo el plan Miranda— amplió a Estados Unidos y Gran Bretaña, para evitar el excesivo influjo de uno u otro en particular, los siguientes conceptos:
" Después de 15 años de sacrificios consagrados a la li-
" bertad de América, para obtener el sistema de garantía
" que en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro des-
" tino, es tiempo ya de que los intereses y relaciones que

(1) "Ante la Octava Conferencia Panamericana. El Partido Comunista del Perú al Pueblo Peruano". Santiago 1938. Pág. 17. Por Eudocio Rabines, Jefe del P. Comunista del Perú y miembro del Buró Sudamericano.

" unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colo-
" nias españolas, tengan una base fundamental que eter-
" nice, si es posible, la duración de estos gobiernos. En-
" tablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran
" cuerpo político pertenece al ejercicio de una autoridad
" sublime que dirija la política de nuestros gobiernos,
" cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios,
" y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan
" respetable autoridad no puede existir sino en una
" Asamblea de Plenipotenciarios nombrados por cada
" una de nuestras Repúblicas, y reunidos bajo los auspi-
" cios de la victoria obtenida por nuestras armas con-
" tra el poder español. El día que nuestros Plenipoten-
" ciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la
" historia diplomática de la América una época inmortal.
" Cuando después de cien siglos la posteridad busque el
" origen de nuestro Derecho Público, y recuerde los pac-
" tos que consolidaron su destino, registrará con respeto
" los protocolos del Istmo. En ellos se encontrará el plan
" de las primeras alianzas, que trazarán la marcha de
" nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será enton-
" ces el Istmo de Corinto comparado con el de Pana-
" má?" (1).

Pero el Congreso Anfictiónico no estuvo a la altura de Bolívar. Sólo asistieron Colombia (Venezuela, Nueva Granada —hoy Colombia—, Ecuador y Panamá), Centroamérica (Guatemala, Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica), Brasil, México y Perú, además de los observadores de Inglaterra y Holanda. Se acordó una alianza, una confederación con garantía mutua, a la cual también debían ser invitadas, en el plazo de un año, las demás naciones. Se resolvió la creación de un ejército de

(1) Wolfram Dietrich. 'Simón Bolívar y las guerras de la Independencia Latinoamericana". Santiago, 1940. Ed. Ercilla. Pág. 216.

60.000 hombres y una flota de 28 barcos de guerra "para la defensa de la Confederación". Bolívar soñaba algo más: la construcción conjunta del Canal de Panamá; la unión permanente de las repúblicas, incluso Haití; el ataque a las posesiones insulares de España: Cuba y Puerto Rico; la abolición de la esclavitud, etc. El microcefalismo de la época ungió estas ideas visionarias como "divagaciones extemporáneas". Sobre muchas de ellas martillamos al cabo de más de un siglo.

Cada vez que el continente ha percibido el roce del peligro inminente ha comprendido que su fuerza sólo descansa en su unidad. Así ocurrió, entre otras veces en la Conferencia de Lima de 1865, cuando podía colegirse el propósito de restablecer el antiguo Imperio Español. Por ese tiempo, producido el ataque extracontinental, se coaligaron las fuerzas de Perú y las repúblicas vecinas para rechazarlo. Era la lección dejada por las guerras de la independencia. Ningún esfuerzo con jerarquía histórica, reformador sustancial, puede cumplirse en este continente sino por los caminos de la unificación.

Unidos, pesamos más y mejor en el mercado de influencias internacionales. Haya de la Torre escribía desde Ginebra en 1929: "Si la unión fuera total, veríase surgir una nación de más de nueve millones de kilómetros
" cuadrados, con más de cien millones de habitantes,
" dueña de riquezas inmensas y con capacidad para con-
" tener dentro de sus límites un número igual de pobla-
" dores al que hoy viven sobre la tierra habitada. Y aun
" cuando la unidad económica y política latinoamerica-
" na sólo abarcara a los cuatro o cinco Estados sudame-
" ricanos de mayor importancia, la influencia del nuevo
" block" de pueblos jóvenes, sería mirada con respeto y,
" sin duda, con recelo" (1).

((1) Haya de la Torre. "¿Adónde va Indoamérica?" Santiago, Ed. Ercilla, 1936, p. 243.

Nada favorece mejor los planes de dominio ajeno que nuestra actual división, alimentada, por desgracia, de pueriles rivalidades que no encuentran asidero en el orden económico y que se nutren de frívolas suspicacias y mezquinos rencores insepultos. "*Divide et impera*" afirma el viejo adagio, y nuestra historia es un ejemplo de su eficacia. Ayunos de un articulado plan indoamericano, faltos de apoyo efectivo e inmediato para emprender cualquier reforma sustantiva, nuestros pueblos, los Estados Desunidos del Sur, según el lenguaje del jefe aprista, son objetivo fácil de las manipulaciones imperialistas. ¿Qué oposición real podría ofrecer Venezuela, por ejemplo, a un reclamo nazi de la isla de Curazao, centinela apostado a las puertas de su exportación petrolífera? El rico país bolivariano conoció la agresión en 1902, cuando el argentino Drago formuló su famosa doctrina de repudiar el cobro compulsivo de las deudas. ¿Qué resistencia lograría articular Brasil si su numerosa colonia alemana en la región de Santos, que pasa del medio millón de personas, pidiera la protección del Tercer Reich? No cabe duda que cualquiera de ambas amenazas haría correr un calofrío de indignación de punta a punta del continente, y lloverían los discursos y las proclamas, las declaraciones líricas, todo el cortejo de "factores éticos" que aunque operante en el mundo del espíritu no alcanza a atajar el avance de los conquistadores, y no pasa de ser una consoladora "victoria moral", que es la intangible recompensa de todas las derrotas. En una época donde actúan, desenfrenadas, fuerzas absorbentes que aspiran a reorganizar al mundo conforme a su antojo y conveniencias, la única barrera efectiva es la fuerza. Y ésta, en escala mundial, sólo será perceptible por la acumulación de energías de las veinte repúblicas, férreamente unidas, solidariamente organizadas, y con un plan de orden positivo en el terreno militar, que debe articularse de inmediato,

Hay más aún: en ningún período de la historia esta aproximación de pueblos ofrece mejores perspectivas. Divididos los grupos imperialistas, trabados en lucha a muerte por sus propias y respectivas existencias y predominio, disminuída su capacidad militar colonizadora mientras la lucha prosiga, nuestro poderío cobra insospechado volumen, desde luego relativo. Y es base, por tanto, en esta tremenda hora confusa, para obtener ventajas y posiciones que no lograríamos alcanzar jamás en un minuto pacífico, cuando cada potencia imperialista disfrute libremente del total de su capacidad ofensiva.

Ciertamente, pese a las lecciones de los últimos sucesos, abundan quienes miran con desdén estos proyectos, juzgándolos irrealizables. Son el peso muerto que arrastra toda dinámica creadora. La Historia enseña que las grandes naciones de hoy han alcanzado su jerarquía por el camino de la suma de fuerzas homogéneas. Para atalayarlo, se precisan los telescopios de cien siglos a que alude Bolívar. El mismo Tercer Reich de 1940 es fruto de un largo proceso unificador. Es la concepción de Bismarck, conduciendo al Rey de Prusia a proclamarse Emperador en Versalles, la que cierra el amorfo capítulo anterior a 1870, cuando Alemania era una aglomeración inorgánica de reinos autónomos (1). Con métodos que no atañen al fondo de la demostración, Alemania fué incorporando al Gran Reich diversos núcleos alemanes, débiles por divididos en el ayer histórico, y hoy constituye un bloque compacto que ha paseado su bandera vic-

(1) "Aún en 1870, en un tiempo en que todas las demás grandes naciones construían apoyándose en sus tradiciones milenarias, había dos docenas de ducados alemanes, gobernados los unos al lado de los otros y los unos contra los otros. Alemania se parecía a los Balcanes de hoy, con la diferencia de que ella estaba repartida no en seis, sino —en tiempos de Napoleón— en más de doscientas pequeñas soberanías; después, más tarde, aún en una treintena". Ludwig Emil. "Los Alemanes tales como son". E. Ercilla, p. 22. 1940.

toriosa sobre ocho naciones centenarias, dispersas en el espacio y el tiempo de su defensa. La Italia de Mussolini, con rango de potencia mundial, ha coronado también un largo y complejo proceso de agregación. Las sangrientas rivalidades de Florencia y Pisa, de Génova y Venecia, las conquistas aragonesas, francesas y alemanas del Reino de Nápoles, habían atomizado la unidad nacional y por eso Italia vivió siglos posteriores bajo el dominio extranjero, general o parcial. Fué la concepción de Cavour —"digresión extemporánea"— la que orientó los pasos de Víctor Manuel e hizo culminar la unidad italiana hacia 1870 también. Italia, unida, ha ensanchado su dominio más allá de las costas y tiene primer rango en la escala jerárquica mundial.

Rusia, en manos de Iván el Terrible primero, de Pedro el Grande después, y ahora en las del camarada Stalin, también alcanzó posición prominente mediante la agregación metódica de grupos étnicamente homogéneos. Una misma ley histórica identifica a los tres mandatarios dentro de procesos similares. Y aunque el último —como su aliado Hitler— tomó incluso lo que no le correspondía, no puede negarse que por la férrea unión de los pueblos eslavos —¿"digresión extemporánea"?— mantiene una posición de privilegio. A su turno, los Estados Unidos de Norteamérica son la cúspide potente de las fuerzas centrípetas que, vislumbradas por Washington, articularon las trece primeras colonias —inglesas y francesas— y les permitieron después ir agregando estrellas a su bandera listada, incluso con algunas del firmamento ajeno. Al objeto demostrativo que perseguimos, sólo importa subrayar cómo la fuerza vino por los caminos de la unidad esencial. Ahora bien, ¿cuál era la conciencia de los hombres que vivían en la época de tales procesos unificadores? El odio de las familias reinantes alemanas, las querellas enconadas de las repúblicas de Italia, ensangrentadas por pendencias intestinas, las desarticulaciones

rusas y las rivalidades profundas de las colonias inglesas y francesas de América del Norte, se ofrecen al observador contemporáneo como inexplicables rasgos de un regionalismo suicida y absurdo. Igual juicio formularán sobre el presente indoamericano los historiadores del mañana, cuando, mirando el panorama de hoy, consideren los peligros que corrimos, y la torpe, inexplicable, ciega oposición a los propósitos de alcanzar poderío continental, vale decir cuotas de poderío propio, mediante la mancomunación de esfuerzos.

Todos los factores que obran en el mundo del espíritu también confluyen a hacer factible la unión. No habrá que vencer, como en algunos de los casos mencionados, incluso el del paneuropeísmo que propugnan muchos profetas del Viejo Mundo, las dificultades de idiomas distintos. Nuestros pueblos, en gran mayoría, poseen la religión católica y no operan, por tanto, como elementos disgregantes, los antagonismos religiosos. Nuestra historia, a su vez, en sus hechos capitales, revela la unidad sustantiva y conforma las tradiciones de ayer a las necesidades de hoy y de mañana. Igual sensibilidad psicológica, en lo general, determina un parentesco de espíritu que el indoamericano percibe más agudamente cuando vive en medios extranjeros.

Podrían, empero, quebrarse todas estas argumentaciones, de importancia fundamental en el orden político, espiritual y militar, si en el campo decisivo de las relaciones económicas existieran intereses contrapuestos. Así como es difícil, cuando no imposible, la coordinación de dos potencias industriales que disputan el mismo mercado para sus productos manufacturados similares —lo cual explica, en la superestructura, las pugnas entre Alemania y Gran Bretaña—, así también es fácil la conciliación cuando países exportadores de materias primas las poseen diferentes o en volúmenes que no se estorban mutuamente. Parece que la misma naturaleza

colaborara al plan unificador al diversificar las riquezas de Indoamérica en sus varios sectores geográficos. Brasil, por ejemplo, produce principalmente café y algodón. La calidad del primero es más gruesa que el "suave" que también cultivan Colombia y Centroamérica, lo cual no obstaculiza los respectivos mercados. El algodón brasileño, a su turno, es diferente del peruano "Tanguis", y es posible un entendimiento de cuotas en los similares. Perú y Cuba extraen azúcar, sobre todo esta última, en cantidades importantes; una participación proporcional es factible. Estos son, quizá, los únicos casos en que existen tenues rozamientos de competencia. En los demás, la vastedad del mercado mundial absorbe de modo casi automático la actual producción de materias primas, con fluctuaciones, a veces graves, que son parejas para todos. Argentina y Uruguay, por ejemplo, son típicos países agropecuarios, productores de granos y carnes en primera categoría mundial y no tienen competidor en Indoamérica, ni sostienen entre sí rivalidad o pugna, por haberse distribuído zonas o porcentajes de absorción para dichas materias primas. Chile, país agro-minero, primer productor de salitre y primer exportador de cobre, mantiene un virtual monopolio sobre aquél. Largo sería internarnos en una demostración estadística, innecesaria aquí, para revelar la fisonomía económica de nuestros diferentes países. Bástenos únicamente recordar que en aquellas materias que cultivan o extraen varias repúblicas simultáneamente, hubo pocas fricciones, y que el volumen de producción de las mismas guarda relación con las necesidades y las cuotas de la capacidad absorbedora universal. De todos modos, señalaremos que los rasgos característicos en la economía de las repúblicas principales, casi todas monocultoras, es la siguiente: México: petróleo, plata, agrarios diversos; Centroamérica: café y frutas; Cuba: azúcar; Venezuela: petróleo; Colombia: petróleo y café; Ecuador: café y frutas; Perú: petróleo y cobre, algodón y azúcar; Chile: cobre y salitre; Argentina y Uruguay: granos y carnes; Paraguay: frutas y agrarios diversos; Brasil: algodón, café y gomas.

En cuanto a su desarrollo industrial, casi todos carecen, excepto Chile y México, de los elementos básicos para la industria pesada: hierro y carbón. La industria ligera se encuentra en estado incipiente, salvo en Chile, Argentina y México, pero su respectivo volumen dista mucho de satisfacer las totales necesidades internas y de poseer potencialidad de exportación (1).

Aníbal Jara, cónsul chileno en Nueva York, y periodista de gran prestigio, ha columbrado el problema en un agudo artículo que contiene estos conceptos: " América Latina tiene un horizonte obscuro en este mo-" mento debido a la dispersión de sus fuerzas. El ejem-" plo de las pequeñas naciones de Europa es demasiado " trágico para desecharlo. Tenemos todos los elementos " fundamentales para crear nuestra economía propia: " materias primas en abundancia, capacidad industrial " y mercados. Todo está ahora en desorden, sin un " plan. Tenemos que tratar de coordinar esta economía " de las veinte naciones de América Latina con sus 130 " millones de habitantes. Es verdad que esto costará " más que la mera expresión en palabras; pero, tam-" bién es cierto que costará mucho más si no empeza-" mos a trabajar pronto por ella. Una Confederación

(1) "La América del Sur será, casi necesariamente, un exportador de productos brutos. Ellos constituyen por lo menos el 80 por ciento y a veces la casi totalidad de las exportaciones, mientras los productos manufacturados, no entran, en las ventas al exterior, sino en porcentaje casi nulo. El cuadro siguiente es a ese respecto llamativo: Bolivia (1929), 99.8%; Perú (1929), 99.8%; Paraguay (1921), 96.1%; Chile (1929), 95.8%; Brasil (1929), 98%; Argentina: los 9|10". Siegfried. "América Latina". Ed. Ercilla, p. 26|7.

" Económica de las naciones latinoamericanas nos ca-
" pacitará, entonces, para llegar a ser miembros hono-
" rables de la Corporación Panamericana, proporcionar
" una fuerza meritoria y apta y, por lo tanto, pedir una
" participación equivalente en el destino de las Amé-
" ricas" (1).

Enfocando este mismo problema Haya de la Torre afirma que no hay problemas individuales de naciones, sino problema continental de conjunto, porque las fronteras políticas no son las fronteras económicas y, por ende, no delimitan sus problemas sociales. Y fijando las regiones de tipo homogéneo, dice: "Dentro de la gran
" unidad indoamericana podemos distinguir de acuerdo
" con sus condiciones económicas, zonas que presentan
" líneas de semejanza. Estas corresponden a regiones
" geográficas más o menos continuas. ¿Las fronteras
" políticas entre México y Centroamérica, y entre cada
" uno de los cinco pequeños países en que ésta se divide,
" son fronteras económicas? ¿Una reorganización cien-
" tífica, una transformación radical del sistema político
" y económico de Indoamérica, podría admitir esta ab-
" surda división? No es necesario argumentar mucho
" para pronunciarse por la negativa. Prueba de ello es
" que la división de Centroamérica fué alentada y está
" sostenida por el imperialismo, porque favorece a sus
" intereses que son justamente intereses opuestos a los
" nuestros. Las cinco repúblicas bolivarianas —Vene-
" zuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia— corres-
" ponden a otra zona económica, a pesar de sus actua-
" les fronteras. Las caracterizan las mismas condiciones
" económicas. Desde el sur de Colombia hasta el norte
" argentino queda la huella étnico-social del Imperio In-

(1) Aníbal Jara. "Ahora, unión para A. Latina" en "La Hora", Santiago, julio 9 de 1940.

" caico". Y más adelante: "Chile, por la industria, y
" Argentina por el comercio en alta escala, forman la
" zona más avanzada económicamente de Sudamérica.
" La zona agraria argentina, en la que queda incluso el
" Paraguay y quizás una pequeña parte de Bolivia, y su
" lado industrial y especialmente comercial —en el que
" queda incluso el Uruguay— integran un sector cuyas
" condiciones económicas han determinado una más de-
" finida organización política. Las costas argentinas de
" hoy son puertas naturales y lógicas, dentro de una
" nueva lógica económica científica, de la vasta zona
" agraria que comprende el sur del Perú, Bolivia, Para-
" guay, Argentina y de la región industrial chilena .
Y finalmente: "En el Brasil coinciden, aparentemente,
" las fronteras políticas y geográficas y las lingüísticas
" con las económicas. Empero, la afirmación es rela-
" tiva. El Brasil no implica una solución de continui-
" dad al conjunto económico indoamericano. Tampoco
" representa un problema de características homogéneas
" en el orden económico y político. En la división de
" cuatro sectores de la ofensiva imperialista, Brasil cons-
" tituye el cuarto sector por sí solo. El vasto y rico país
" se divide en varias e inmensas zonas económicas de
" producción, y en el occidente brasileño, en la región
" tropical que alimenta en casi todo su radio la gran red
" fluvial que deriva en el inmenso Amazonas, está la
" zona que llamaríamos colonial de Sudamérica, formada
" por gran parte del Brasil, de Perú, de Colombia, de
" Bolivia, de Venezuela, del Paraguay. Es la región mis-
" teriosa del trópico inmenso del Nuevo Mundo" (1).

Pronunciándose sobre este mismo punto el diputado

(1) Haya de la Torre. "El Antimperialismo y el Apra". (Pág. 177 y siguientes.) Véase también "¿Adónde va Indoamérica?", por el mismo autor.

y jurista chileno Benjamín Claro Velasco, sostuvo los siguientes conceptos:

"Demos una mirada al aspecto económico de la unidad continental. Si recordamos que, prescindiendo del Canadá, posesiones inglesas, francesas y holandesas, Latinoamérica es un continente de veinte millones de kilómetros cuadrados con ciento veinte millones de habitantes, tendremos que reconocer que juntos podemos formar una gran nación capaz de tratar de igual a igual no sólo con la gran República del Norte, sino también con las demás grandes naciones.

Tenemos todo lo que Dios ha puesto sobre la tierra en cuanto a riquezas materiales; pero nuestras riquezas no están explotadas, o lo son para beneficio de otros países. Nuestros esfuerzos para construir una economía propia se estrellan contra las barreras aduaneras, la imposibilidad de conquistar mercados o el dominio que hemos dado a otros de lo que nunca debió haber salido de nuestras manos.

Los esfuerzos industriales de Chile, Argentina, Brasil u otros, no pueden prosperar porque se estrellan en los mercados americanos con la producción de otros países ajenos a nosotros. No es imposible coordinar un plan económico latinoamericano para distribuir las zonas de producción y de consumo entre las diferentes repúblicas. Podríamos hacer una especie de autarquía, autarquía que comprenda a Centro y Sudamérica como una unidad económica, desde México hasta Cabo de Hornos.

Esta aspiración que ya fué enunciada en parte en la sugestión Planet de julio de 1931, en el sentido de una unión aduanera, parece difícil a primera vista, pero no lo es tanto. Las actuales circunstancias permiten que en La Habana demos el primer paso.

Se puede iniciar la unión formando tres grandes carteles económicos: el cartel de las Repúblicas del Caribe, incluyendo a México, Cuba, Venezuela, Colombia y demás Repúblicas centroamericanas; el cartel económico del Pacífico, con Ecuador, Perú, Bolivia y Chile; y el cartel económico del Atlántico, con Brasil, Uruguay, Paraguay y Argentina. Tres grandes núcleos económicos interconectados entre ellos, que dirijan la economía de los diferentes países en forma que las necesidades económicas sean satisfechas en cuanto sea posible; en forma que distribuyamos armónicamente la producción manufacturada; en forma que el cobre o hierro de nuestras minas no vaya en forma de lingotes a países extranjeros, sino que se labore en Chile; en forma tal que Argentina coloque sus productos agrícolas en aquellos países que carecen de ellos, etc.

Estos carteles económicos deben basarse en la unión aduanera, a la que debe seguir un régimen bancario y monetario común.

Una vez que estos carteles hayan tenido el afianzamiento necesario, a base de los grupos económicos y hayan marchado suficientemente para consolidarse, se podría ir a la unión económica total" (1).

Este análisis somero ilumina con claridad un problema de orientación que no cabe subestimar. Surge manifiesta la homogénea fisonomía de nuestros países-campo, casi todos subordinados a la exportación de una o más materias primas, con un industrialismo manufacturero desarrollado incipientemente, y cuya riqueza o estabilidad está vinculada —encadenada podríamos decir—, a los niveles del mercado mundial. Aparece así evidenciado que los problemas económicos indoamericanos son problemas de conjunto, vale decir impulsores de la unidad en el esfuerzo para solucionarlos. Y —lo que es más importante— distintos de los Estados Unidos. Este es un país-máquina, con producción de materias primas propias, exportador de

(1) Claro Benjamin. C. de Diputados. Stgo. Chile. Julio 10 de 1940.

productos manufacturados, de capitales financieros y con necesidades estratégicas típicas. Son dos grados de desarrollo económico diversos, en algunos aspectos contrapuestos, que marcan necesidades económicas diferentes, a veces antagónicas. Estados Unidos, en los rubros en que posee saldos exportables, compite con nuestras materias primas, reservando para su propia producción, mediante barreras aduaneras infranqueables, el mercado interior. Exporta a Indoamérica productos manufacturados en rivalidad con otras potencias y a veces en lucha con los fabricados por nuestro incipiente industrialismo. Posee con exceso los capitales de que nosotros carecemos.

De aquí se infiere que, en la psicología pávida que despierta el peligro, hay un error en plantear el problema económico de todo el continente americano sin hacer distingos entre sus dos porciones diferentes: Norteamérica e Indoamérica. Tal afirmación no presume que esa diversidad de características sea insoluble, pero ello es materia de que trataremos más adelante. Unicamente aspira a señalar con firmeza que si intentamos articular un esfuerzo fecundo, con proyecciones históricas, veraz en el mundo de la economía, y orgánico en su planteo y desarrollo, corresponde analizar lo típicamente característico de Indoamérica unida, para ensamblarlo después en fórmulas equitativas y realistas, con las necesidades peculiares de los Estados Unidos. Por ende, para un plan de defensa continental contra el peligro nazi, que interese a los elementos básicos, constitutivos de nuestras sociedades, y que por tal circunstancia, sea sólido y duradero, Indoamérica debe, tras un estudio previo de sus problemas comunes, plantear el conjunto homogéneo de los mismos al conjunto homogéneo también de los que afectan a la gran nación norteña. Vale decir: el imperativo de nuestra unión indoamericana es antelado y previo al de la alianza intercontinental.

¿Cómo puede realizarse tan vasta ambición? Aunque la tremenda y aterradora lección de los sucesos europeos enseña, con la vertiginosa rapidez de asimilación que brota del peligro, es preciso una acción concorde, orientadora y educativa de las fuerzas políticas indoamericanas que, superando los capillismos regionalistas, atisban el porvenir de cada nación enlazado al porvenir de toda Indoamérica. En esta hora de apremio, como en las épocas de la Independencia o de las guerras defensivas, el mejor modo de proteger a cada patria es sumando sus esfuerzos salvadores a los de las patrias hermanas. Bolívar y San Martín pasearon sus pendones por sobre las crestas de los Andes, del uno al otro confín de la tierra emancipada, y uno y otro, al luchar en Chile o en Perú, sin abdicar su nacionalidad, sabían que, persiguiendo a los ejércitos de España en los campos de Maipú o de Ayacucho, estaban librando batallas por la independencia de su propio país. Ahora, ante el peligro nazi, y ante el riesgo de un excesivo dominio de Estados Unidos sobre nosotros, la mejor trinchera amparadora de cada patria encuentra su prolongación, natural y necesaria, en la frontera de la patria vecina. Traicionan a su país quienes aconsejan mantenerlo aislado y débil. Nuestra fuerza nacerá con nuestra unidad. Seremos grandes por suma, como en su época lo fueron Alemania, Italia, Rusia y Estados Unidos, en los casos ya citados.

De ahí que a los partidos políticos de visión continental y renovadora les corresponda hoy una función directora de tremenda y delicada responsabilidad. Superando las susceptibilidades de campanario, las concepciones microscópicas y mezquinas, abandonando el egoísmo pretencioso, deben articularse en un esfuerzo simultáneo y sincrónico que culmine en la posterior articulación indoamericana. Sólo así responderán a sus objetivos históricos y contribuirán a la salvación de nuestra independencia y de nuestras formas peculiares de gobierno.

CAPITULO VIII

LA ALIANZA CONTINENTAL

"Renovarse es vivir" afirmó el ático pensador uruguayo José Enrique Rodó. Haya de la Torre, a su vez, indica: "El apotegma inmortal de Heráclito el Oscuro, " recogido por Marx a través de Hegel, no debe olvidar- " se: todo se mueve, se niega, deviene, todo está en " eterno retorno. En él se funda la dialéctica de la vida y " de la historia" (1). Con criterio biológico refiriéndose al atiborramiento de dogmas que no se renuevan, a causa de que no se eliminan los ya superados, el profesor alemán Jorge Nicolai dice con graficismo sardónico: "El " lastre de los siglos pasados es hoy tanto más peligro- " so cuanto que cada día cargamos el navío de la Hu- " manidad, y en un grado fabuloso, con productos nue- " vos e ideas preciosas. En si esto es maravilloso y es " un signo de una época incomparablemente grande; pe- " ro un día los buques sobrecargados se hunden y los " vientres sobrecargados, aun con lo más precioso, re- " vientan, y no se necesita gran ingenio para compren- " der que en esto reside una de las causas principales del " desarreglo de nuestro siglo. Corporalmente se lo ha

(1) Haya de la Torre. "El Antimperialismo y el Apra" (Pág. 117).

" comprendido, y los laxantes hacen la fortuna de los " boticarios, pero espiritualmente no se quiere verlo. Sin " embargo, aunque no se volviera a los modales de Ra- " belais, un poco más de respeto para con el ano espiri- " tual, podría ser salvador" (1).

Valgan estas citas auspiciadoras para sostener que la presencia de un factor nuevo: el imperialismo alemán victorioso y sus ideas de expansión mundial a través del racismo ario, obligan a un replanteo de la táctica antimperialista. Pueden, ciertamente, deducirse dos conclusiones antagónicas. Una es que el poderío bélico nazi, si vence al imperialismo anglosajón que nos subyuga, nos libertará por ende de los opresores. Ya hemos ensayado demostrar que esta hipótesis es utópica y reveladora de falta de información sobre las características de los planes hitlerianos. El Tercer Reich nos relegaría a una condición político-económica peor de la que atravesamos: ahogaría del todo nuestra independencia política, condenándonos al rol de colonias agromineras, sin posibilidad de acrecentar o mantener nuestro actual desarrollo industrial ligero y, lo que es más grave, extendiendo a nuestro territorio los bárbaros conceptos autoritarios y racistas que anulan el avance espiritual de la especie y relegan a nuestros pueblos "corrompidos" al último escalón. Creo, con Haya de la Torre, que "aquellos que en nuestros países están esperando que el Japón o Inglaterra en la próxima guerra imperialista vengan a salvarnos de las garras yanquis, y dejan fatalistamente para entonces la solución del problema de nuestra emancipación, son ingenuos" (2).

El hombre o los partidos políticos que aspiran a ha-

(1) Nicolai, Jorge F.: "Psicogénesis". Santiago, 1939. (Pág. 146).

(2) Haya de la Torre: "El Antimperialismo y el Apra". (Pág. 102).

cer fecunda su acción no pueden insubordinarse, so pena de caer en utopismo gaseoso, contra las condiciones que impone el marco histórico-geográfico en que les cabe moverse. Nuestra economía, nuestro desarrollo político-social y nuestra ubicación dentro de paralelos y meridianos, nos señalan imperativamente el ancho y el largo de nuestras esperanzas. Cuanto de ellas rebase caerá en el vacío. En este instante se abre ante nosotros un dilema, del que no cabe evadirse. Corresponde, por tanto, seguir el camino que permita mayores realizaciones inmediatas.

El expansionismo totalitario es *el peligro más grave*, y a las necesidades de evitarlo deben subordinarse la estrategia y la táctica. Nos hemos referido ya a su génesis, sus proyecciones y a la inminencia de su desplazamiento sobre Indoamérica. ¿Qué hacer? Indoamérica, aun la Indoamérica unificada, ¿podría ser ella, hoy, suficiente e insalvable barrera? Un criterio realista lleva a una conclusión negativa. Para el más obtuso o profano en estas materias es visible que únicamente la alianza con Estados Unidos proporcionará poderío bélico y económico bastante como para frustrar eficazmente el peligro. De aquí se desprende, categóricamente, con la franqueza que corresponde usar en esta hora ante problemas de tal vastedad, que debemos pactar un acuerdo con la gran nación norteña, dentro de las condiciones que se indicarán más adelante.

Volviendo al visionario libro de Haya de la Torre, tantas veces mencionado, encontramos estas líneas orientadoras: "Nuestros países son un inmenso campo de batalla económica para los imperialismos del mundo. ¿Perderemos nosotros la oportunidad de utilizar en beneficio de la causa antimperialista la lucha implacable de los imperialismos en nuestro suelo? No celebrar compromisos transitorios sería incurrir en "infantilismo de izquierda". Celebrar pactos permanentes como los sugeridos por las Ligas Antimperialistas en el Congreso de Bruselas, sería caer en una política reaccionaria y suicida. El Apra sostiene la utilización táctica de todos los medios de defensa antimperialista que puedan descubrirse en el conflicto de los capitalismos, usándolos como avanzadas, pero sin caer jamás en convenios claudicantes. China nos enseña también que es peligroso permitir que todos los tentáculos del imperialismo se muevan al mismo tiempo. Producida la riña de los lobos, hay que ponerse detrás de los que ataquen al más feroz" (1).

Abogar, pues, por un abierto entendimiento con los Estados Unidos, sobre bases de equidad y de justicia, no es capitular en el planteo y la orientación de la lucha emancipadora que sostienen los partidos antimperialistas, sino justamente defenderse de un peligro mayor y aprovechar la emergencia para tratar de resolver los más agudos poblemas pendientes, abriendo así perspectivas más anchas en una etapa posterior. Atrincherarse en una posición intransigente, dictada por el odio o la miopía, es no ponerse a tono con la hora, no saber asimilar biológicamente las lecciones de lo contemporáneo, y quedarse retrasado con respecto a la marcha del tiempo.

Este mismo asunto se examinó en el Congreso Internacional de las Democracias de América, celebrado en Montevideo en marzo de 1939. Una tendencia mayoritaria dentro de la cual militaban resueltamente los que hoy atacan al imperialismo yanqui, pero silencian los riesgos del expansionismo totalitario, fué partidaria de la alianza con EE. UU., sin restricción ni condición algunas. Otro grupo de delegaciones fijó su pensamiento dentro de las mismas normas directivas que ahora mantenemos. Tocó al autor de estas líneas concebir y redactar la *"Declaración de Reservas"* cuya transcripción se hace obligada y

(1) Haya de la Torre. Ob. cit. Pág. 100.

que dice así: "Las delegaciones de partidos políticos que suscriben, teniendo en consideración que las características de sus respectivos países y las finalidades específicas de su composición como fuerzas cívicas les imponen particulares grados de apreciación, dejan constancia de que, al adherir en general a las Declaraciones del Congreso Internacional de las Democracias, reunido en Montevideo, estiman oportuno formular las siguientes: a) La posibilidad de una agresión totalitaria a cualquier país de América crea el deber fundamental y primario de la lucha contra los planes expansionistas de Alemania, Italia, Japón, y contra la penetración totalitaria en cualquiera de sus formas, pero esta lucha no debe detener ni subestimar la acción antimperialista y contra los grandes capitales extranjeros, que impiden el desarrollo integral de muchos de nuestros pueblos y dificultan una obra de justicia social en favor de las clases cuya defensa constituye nuestra razón de ser. b) La Doctrina de Buena Vecindad —hecho auspicioso que ha dado pruebas tangibles de sinceridad y de la que esperamos nuevos y más concretos puntos— es una doctrina del actual gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica y de las fuerzas populares y democráticas que la sostienen y la aprueban; pero, por su condición de doctrina gubernativa, susceptible de variar con un resultado electoral que no deseamos, no constituye una garantía permanente para los ricos aunque débiles pueblos del sur. c) Creemos que la garantía permanente para la independencia de Indoamérica o América Latina, consiste en la unión política y económica de sus países, que, actuando en conjunto y en colaboración con las fuerzas populares y democráticas del pueblo norteamericano, tendrán mayor personería moral y efectiva para la política de acercamiento y el equilibrio continental. Solicitan del señor Presidente del Congreso que, como es de práctica, esta declaración sea agregada al texto general de las resoluciones del mismo. Montevideo, marzo 24 de 1939" (1).

Los acontecimientos posteriores han acrecentado el peligro de la expansión nazi. En marzo de 1939 había paz en Europa y era difícilmente previsible que Alemania pactara con Rusia un acuerdo que daba seguridad a sus espaldas, permitiéndole desatar frontalmente toda su capacidad ofensiva (2), que arrollara a Polonia en 18 días, que doblegara a Francia en 38, y extendiera su poderío a casi todo el continente. Este no es lugar propicio para ahondar el análisis de los efectos psicológicos del pacto nazi-soviético y de sus consecuencias en la redistribución del mundo.

Observemos tan sólo algunas de sus características más notorias. Toda la oratoria y literatura hitleristas se nutrieron, durante lustros, de un odio implacable contra el comunismo soviético. A su turno, toda la política rusa y la de los partidos comunistas repartidos en el mundo, que obedecen a la directiva central de Moscú, tuvieron claros objetivos antinazis. Eran los tiempos de "la bestia parda del fascismo", de "la sangrienta bota nazi aplastando a los pueblos débiles y libres". No cabría en un libro de esta índole la enumeración de todos los dicterios comunistas contra sus aliados de hoy. Pero no solamente se trataba de insultos, sino de una línea política ajustada a las conveniencias exteriores de Rusia. Por aquellos

(1) "Declaraciones de Montevideo". Tip. Atlántida. Montevideo. 1939. (P. 37).

(2) Empero, algunas mentes esclarecidas columbraron este acercamiento. Así el conocido político argentino Lisandro de la Torre decía: "en un documento reciente el Papa ha señalado la analogía de los procedimientos de Hitler y del Bolchevismo. Me complace coincidir con esa opinión". Lisandro de la Torre, "Grandeza y Decadencia del Fascismo". B. Aires, p. 17. (1938). El aprismo también sostuvo siempre la igual peligrosidad de la Internacional Roja y la Internacional Negra.

tiempos —en 1938|39— Estados Unidos, por ser adversario de Alemania nazi, era aliado tácito de la antihitlerista nación soviética. Los comunistas de América Latina, fieles a las directivas de Moscú, cantaban loas a los Estados Unidos, a su Presidente Roosevelt y no permitían ninguna declaración ni siquiera atingencia u observación que pudiera molestarlo. En los Congresos de México (Sindical) y de Montevideo (Partidos Democráticos), se opusieron tenazmente a que se consignara un voto en favor de la libertad de Puerto Rico y a que se formularan restricciones a los panegíricos desbordados en favor de la política de la Buena Vecindad. Aún más: a Estados Unidos, y, por tanto, indirectamente a la política exterior soviética de la época, convenía la conclusión de un inmediato pacto de alianza continental "para defender la democracia", según rezaban las consignas soviéticas de la época. Su urgente necesidad era tan notoria e indispensable para los comunistas indoamericanos, que no trepidaron en olear y sacramentar como buenos, legales y democráticos a todos los gobiernos del continente sur, con la única condición de que apoyaran la alianza con los Estados Unidos. Fué así como dificultaron hasta simples peticiones presentadas al Congreso de Montevideo en favor de la libertad de los presos políticos de Perú, Puerto Rico, Brasil y otros países. Un delegado comunista brasileño llegó a defender el régimen despótico de Getulio Vargas, que mantenía y mantiene en prisión a su propio líder, Carlos Prestes, sólo porque el dictador carioca se manifestaba partidario de Roosevelt. Aún más: obstaculizaron las peticiones de nacionalización de las empresas imperialistas eléctricas de Venezuela, presentadas por el delegado del P. D. N. de ese país, porque podía "mortificar a los Estados Unidos". Debido a sus influencias y manejos, encarpetaron la comunicación dirigida al Congreso por el Partido Socialista de Estados Unidos, en la cual se formulaban reservas a la acción del gobierno de la Casa Blanca.

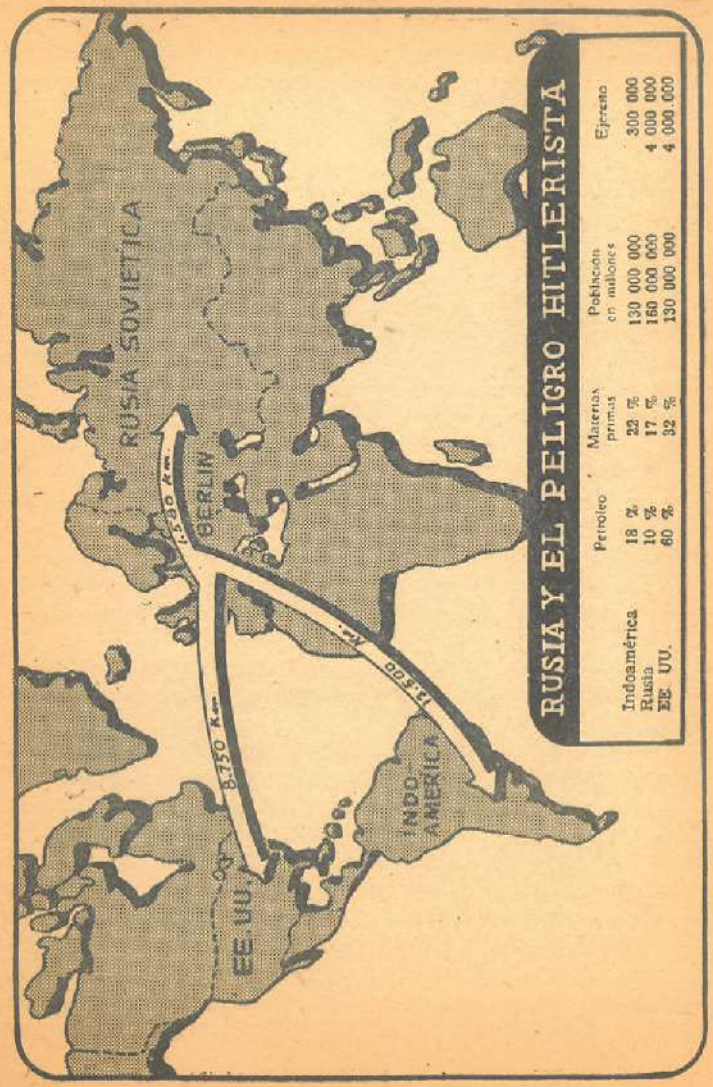
Pero la política exterior de los Soviets dió un viraje de 180 grados a raíz de la firma del pacto nazi-soviético. Los aliados ya no fueron Roosevelt y las democracias de Francia y Gran Bretaña, sino los sistemas totalitarios de Alemania e Italia. Aquellas comenzaron a llamarse democracias capitalistas, imperialistas, y éstos simplemente Adolfo Hitler y Benito Mussolini. Se limpió el lenguaje comunista de las vociferaciones contra la "bestia parda", y comenzaron los dicterios contra Roosevelt y los Estados Unidos. Stalin, que en su informe al XVIII Congreso del Partido Comunista (marzo de 1939), decía: "Estamos por el apoyo a los pueblos víctimas de la agresión y que luchan por la independencia de su patria" (1), ordenaba al cabo de unos meses que las tropas soviéticas invadieran Polonia por la espalda, y se desataran después sobre Finlandia, Letonia, Estonia, Lituania y Rumania. Subsecuentemente giró también en redondo la apreciación política de los comunistas indoamericanos que, en los momentos en que este libro se escribe, sabotean todo esfuerzo en favor de la articulación de una defensa continental.

Ahora bien, al dictar sus normas mundiales, ¿Rusia juega simplemente las barajas de la propaganda o hay de por medio razones sustantivas más poderosas? No olvidemos la brújula del materialismo histórico. Stalin conoce perfectamente los apetitos de mercados y materias primas que impulsarán a la omnipotente Alemania hitlerista a buscarlos allí donde sea más fácil obtenerlos. ¿Cuáles son las zonas geográficas del mundo más ricas en productos básicos? Estados Unidos, Rusia e Indoamérica. Pero Estados Unidos es un país de 130 millones de habitantes, políticamente unido, económicamente poderoso, con una extraordinaria capacidad industrial, y por tanto,

(1) Stalin. Informe al XVIII Congreso del P. C. (Pág. 16).

adversario temible, difícil de vencer. Alemania, conforme a las previsiones más lógicas, habrá de escoger entre Rusia e Indoamérica. Los Soviets saben que en tanto sean fuertes, desviarán el peligro hacia Indoamérica, sobre todo si ésta permanece indefensa, dividida y desarmada. Pero Indoamérica unida, con un plan defensivo de conjunto, aliada a los Estados Unidos, se torna una presa difícil de conquistar para Hitler porque, a todas estas circunstancias, se agrega el problema de la distancia. Realistamente, pues, no conviene a la seguridad de los Soviets que Indoamérica se unifique, se arme, pacte con los Estados Unidos. De ahí que, candorosamente en muchos casos, los comunistas indoamericanos ataquen la alianza continental, se opongan a toda política armamentista, resuciten ahora el señuelo del "imperialismo yanqui" para evitar la aproximación intercontinental. Sería injusto desconocer que las consignas "dinero para el pueblo y no dinero para cañones" tienen un atractivo cautivante, y que miles y miles de hombres, sinceramente inspirados, siguen esta línea sin advertir sus funestas consecuencias para nuestros países ni el frío oportunismo que las dicta (1). Por eso es un deber de positiva responsabilidad hablar con franqueza y señalar con claridad los motivos histórico-económico-estratégicos que impulsan la norma dictada por Moscú. Es respetable la pureza de

(1) "No se puede exigir de los clásicos del marxismo, separados de nuestra época por un período de 45 a 55 años, que hayan previsto para un futuro lejano todos y cada uno de los casos de zigzags de la historia de cada país por separado. Sería ridículo exigir que los clásicos del marxismo hubiesen elaborado soluciones hechas para nosotros, para todos y cada uno de los problemas teóricos que pudiesen surgir en tal o cual país, 50 ó 100 años más tarde, para que nosotros, sucesores de los clásicos del marxismo, tuviésemos la posibilidad de quedarnos tranquilamente con los brazos cruzados y rumiando las soluciones hechas" (Risas). Stalin. Informe al XVIII Congreso del P. C., Moscú, 1939, p. 47.



convicciones de muchos jóvenes, de esos que al decir de Lenin "tienen permiso de la Divina Providencia para decir disparates durante cierto tiempo", y de muchos adultos cuyo idealismo los conduce hasta el error. En estas líneas no hay una intención ofensiva sino una invitación franca a la meditación y el análisis. Sólo partidos no sometidos a directivas extracontinentales, pueden velar con eficacia sobre el inseguro destino de Indoamérica. Soldados que obedecen a Estados Mayores lejanos, ajenos a nosotros, es dable que sean, aun sin quererlo, espías o traidores. (Véase Mapa pág. 141.)

La digresión nos ha alejado del tema. Sostenemos la conveniencia de una alianza con los Estados Unidos porque éstos la necesitan y porque a nosotros nos conviene. Sólo ella podrá poner coto al más grave peligro de la conquista totalitaria, sea de Alemania, sea del Japón, sea de la España de Franco, con resucitados pujos imperiales. Estamos frente a mutaciones profundas en el orden político y tenemos la obligación de ser previsores. El juego de intereses económicos que en la infraestructura nos vincula a los Estados Unidos determina en la superestructura la obligación de la mutua defensa.

Todo concurre a viabilizar esta necesidad. Haya de la Torre, estudiando el problema del Canal de Panamá, dice: "La defensa militar del Canal de Panamá ha de ser internacional, vale decir interamericana. A ella deben cooperar todos los Estados de Indoamérica por seguridad propia, en proporción, o a su proximidad de la zona atacada o a su poderío. Consecuentemente —y esto no debemos olvidarlo— los Estados Unidos necesitarían de la ayuda material y moral indoamericana para la defensa del Canal y no ocultan su preocupación por que cada uno de nuestros pueblos esté dispuesto a coadyuvar de acuerdo con sus posibilidades al mejor éxito de esta defensa. Siendo así, surge una reflexión: si la defensa militar de Panamá debe tener un carácter internacional o interamericano, ¿por qué no reforzarla dando al Canal, desde ahora, un carácter también internacional? Es apotegma elemental que se defiende mejor lo propio que lo ajeno. Por otra parte, si el Canal fuera internacionalizado o interamericanizado, la agresión contra Panamá no constituiría ya un ataque a los Estados Unidos exclusivamente, sino una agresión contra todos los países de este hemisferio, copropietarios del Canal. No procedería en tal caso la "neutralidad" de ningún Estado indoamericano. La internacionalización del Canal resultaría así un excelente medio de defensa. Porque todo ataque contra él sería una ofensa a [illegible] países y los agresores no podrían contar con ningún ap[illegible]o, franco o encubierto, en este lado del mundo" (1).

Este ejemplo, que puede ampliarse o repetirse en el examen de las diversas emergencias de un ataque a Estados Unidos, sea europeo o sea asiático, revela que la gran potencia norteña necesita indispensablemente, vitalmente, inexorablemente, de nuestra alianza para custodiarse con éxito. Y que, a nuestro turno, si queremos evitar el riesgo de caer en manos de un imperialismo totalitario o asiático, tendremos que mancomunar nuestra defensa con Estados Unidos. Ante esta mutua necesidad ha llegado la hora de la alianza. Pero una alianza sólo puede ser durable y orgánica cuando no se apoya sobre injusticias irritantes, cuando no es el fruto de una hegemonía impuesta por la violencia.

Estados Unidos precisa un arreglo de paz con nuestros pueblos. Desde luego que, a base de ofrecimientos de empréstitos, podría obtener el apoyo servil de los dic-

(1) Haya de la Torre, "¿Debe internacionalizarse el Canal de Panamá?". "La Nación". Stgo. Abril 9 de 1939. Véase también: "L'Effort democratique du Mexique", de René Marchand. Paris 1937. Cap. XVII y "The Ramparts we Watch", de G. Fielding Elliot. N. York. 1937.

tadores, y él mismo, aparentemente, sería bastante. Pero tal tesis entraña peligros. Estados Unidos debe aproximarse a las fuerzas populares y en lo posible al espíritu nacional unitario de cada país si desea conjurar el peligro de que otras potencias adversarias alienten a las fuerzas cívicas vejadas por los usurpadores. Un pacto con dictadores deviene frágil y peligroso. Un movimiento popular puede derrocarlos y socavar así cualquiera de los pivotes sobre los que se apoya la defensa continental. No cabe duda que el expansionismo nazi, que tan diestramente manipula los sutiles factores del descontento interior, soplaría todos los rescoldos convirtiéndolos en brasa. Ya se advierte, en algunos grupos políticos felizmente pequeños, y que se encuentran resentidos dentro de la situación interna, la hábil mano de ocultos manipuladores.

Hay además una elevada cuestión de principios. Si la defensa del continente, aparte del objetivo de resguardar la soberanía de cada una de sus veintiuna repúblicas, aspira a salvar del naufragio al régimen democrático, ¿cómo se concibe la contradicción interna de que la alianza forjada con tal fin cuente en sus filas a dictadores antidemocráticos, en oposición al sentir de sus respectivos pueblos? Para proteger la democracia, hay que hacerla realidad primero. De aquí se infiere que, en el interés primario de los Estados Unidos, debe operar el deseo de articular la defensa continental pactando con gobiernos representativos de las fuerzas populares de cada país.

Y éstas, a su turno, sólo pueden llegar al arreglo con EE. UU. solucionando las graves cuestiones pendientes. Sería absurdo que los grupos políticos con numerosísimos adictos, resultaran defensores, con su sangre y con su esfuerzo, de las grandes empresas imperialistas que han obtenido condiciones ventajosas en Indoamérica. Pero puede argüirse: cualquier cambio en la relación económica con dichas entidades provocaría molestias en la Unión. Esto significa olvidar que en este minuto supremo

no pueden primar propósitos mezquinos en el ánimo del gran país del norte, cuyas capas más extensas conocen y reprueban las injusticias y excesos de sus condotieros en el exterior. Ha sonado la hora del arreglo porque Estados Unidos necesita que la alianza culmine como fruto de una convicción orgánica. No podría imponer a cañonazos que fuéramos sus amigos. Tendría expuestas sus espaldas, contrariando todas las leyes de la técnica defensiva. Y aun las económicas, porque si los "trabajadores se insurreccionan, toman parte en un levantamiento nacional antimperialista y los ejércitos del país dominante van despiadadamente a exterminarlos, arrasarían rápidamente con sus propios trabajadores y con sus propios instrumentos de trabajo. O crearían un espíritu de revancha y de rebeldía. Esto explica que las potencias imperialistas usen de la táctica de "tira y afloja" con los países imperializados" (1).

Conjunto tan vasto y complejo de problemas no aparece claramente ante el discernimiento de muchos dirigentes. Así se explica que, si bien hay acuerdo más o menos generalizado para coordinar un acercamiento integral con los Estados Unidos, existan dos criterios que representan valiosas diferencias de grado.

Uno es el de absoluto entreguismo. Para tal, en minutos tan graves y densos de apremio, no corresponde intentar ninguna solución, sino simplemente guarecerse bajo los faldones del Tío Sam pidiéndole empréstitos para comprarle armamentos y cediéndole bases militares, navales y aéreas que, naturalmente, serían recibidas con verdadero afecto familiar. Colígese, naturalmente, que se mantendría en *statu quo* el régimen de relaciones imperantes entre Estados Unidos y las veinte repúblicas des-

(1) Haya de la Torre. Ob. cit. Pág. 106.

unidas del Sur. Seríamos protegidos y no aliados, carga y no ayuda.

Pero no todos los sobrinos son tan candorosos. Justamente porque las fuerzas populares más responsables desean una alianza sólida y duradera —para evitar de veras el mayor peligro— que no sea resultado de la imposición, ni del ardid, ni de la venalidad, aspiran a tratar con franqueza los problemas comunes. "Aprendamos del gran pueblo norteamericano el valor moral de la sinceridad. Y digamos, para honra de ese pueblo, que han sido grandes norteamericanos, espíritus superiores como Waldo Frank, Elmer Barnes, Carleton Beals, Scott Nearing, Joseph Freeman, Margaret Marsh, Leland Jenks, Charles Murphy, Archibald Macleish, Charles Thomson, Frank Tannenbaum y aun delegados estadounidenses aquí presentes, los primeros en reconocer que un régimen definitivo de buenas relaciones no puede establecerse sobre la prolongación de determinadas injusticias" (1).

De acuerdo a este criterio ético, político, económico, social y estratégico, corresponde abordar, sumariamente, algunos puntos generales. En el orden militar no estamos de acuerdo con quienes piden y quienes ofrecen la cesión perpetua de bases estratégicas en nuestro continente. No podemos confundir el peligro de hoy, significado por los planes totalitarios, con la situación de mañana, que es lo permanente. La historia revela que esta clase de renuncias a la soberanía, hechas por los pueblos débiles en favor de los fuertes, implica en menor o mayor grado mermas a la soberanía nacional y fuentes de disgustos posteriores. Gibraltar es el dolor de España desde hace siglos, y quizá Gran Bretaña sufra los efectos de este método en los meses venideros. Puerto Rico es la angustia de Indoamérica, y su pueblo —cuyos líderes están en prisiones

(1) Seoane, Manuel. Discurso en el C. de Montevideo. "El País". Montevideo. Marzo 21 de 1939.

norteamericanas— no podrá sentir entusiasmo en defender al Tío Sam. Han periclitado las épocas del "I took Panama" de Teodoro Roosevelt. Los países indoamericanos estamos llanos a un arreglo digno y honorable en el orden militar. Y éste sólo puede consistir en la construcción de grandes bases navales, terrestres y aéreas, bajo la vigilancia de los respectivos Estados Mayores, de acuerdo a un plan de conjunto, y con el derecho de uso para los aliados mientras sea necesaria la defensa colectiva. Es igual la prerrogativa de que disfrutaron franceses e ingleses, durante la época de su acción conjunta, para la utilización de sus respectivas bases nacionales.

En el orden económico, la presentación es más clara. Pretender solventar los crecidos gastos que implica una política armamentista con el solo sistema del empréstito concedido por la Unión, es hipotecar nuestro porvenir. No debemos recibir más allá de los límites que señala nuestra capacidad de pago. Para aumentar ésta y acrecentar nuestros recursos fiscales propios, corresponde, según los casos, modificar los regímenes impositivos o el sistema de propiedad de ciertas empresas extractivas radicadas en nuestro suelo y que obtienen utilidades que no guardan proporción con las tasas que oblan al Estado. No se propone realizar injusticias, ni exacciones, ni despojos, sino reparar yerros cometidos por la imprevisión o la venalidad, estableciendo normas de equidad. La historia de las dolosas ventajas ilegítimas, obtenidas por las grandes empresas extranjeras en nuestras repúblicas, es una página vergonzosa que debe corregirse. La han denunciado, mejor que los indoamericanos, ilustres personeros del pueblo norteño. Muchas de aquéllas pagan impuestos comparativamente ridículos a sus beneficios. Otras disfrutan el usufructo de actividades que, en horas prebélicas, debe custodiar la nación. Las leyes imperativas de la defensa nacional son pródigas en ejemplos similares. El propio Gobierno de Estados Unidos ha presentado a su Con-

greso proyectos destinados a elevar las tributaciones (1). Es lógico que las repúblicas indoamericanas aumenten su participación en las utilidades de las empresas cuya existencia y funcionamiento van a defenderse conjuntamente con la soberanía nacional. A la postre, sólo se trata, para el caso de las norteamericanas e inglesas, de un cambio de domicilio impositivo. ¿Por qué van a pagar en Londres o Washington porcentajes de utilidades que obtienen en Indoamérica? Justo es que los oblen allí donde las acumulan. Puesto que resulta sardónico que recibamos como empréstitos, con interés encima, sumas que se forman, en parte, con las riquezas de nuestro suelo y el trabajo de nuestros empleados y obreros. Una revisión de los empréstitos anteriores, muchos de ellos impagos como efectos de la atonía económica de la última década, una fijación técnica de la capacidad de pago de las veinte repúblicas, y un justiciero cambio en la distribución de utilidades conforme a la equidad, a los propios precedentes norteamericanos e ingleses, y a las necesidades bélicas de la hora, permitirá aumentar los recursos propios de cada nación y disminuir, por ende, la carga que los Estados Unidos tendrían que soportar ahora, y las generaciones indoamericanas en el futuro.

(1) WASHINGTON, 25.— (U. P.). —El Presidente Roosevelt firmó el proyecto de ley de impuesto especial para subvenir al costo de la defensa nacional, por la suma de 1.050 millones de dólares anuales.

Este proyecto de ley de entradas de emergencia autoriza también la emisión de bonos de la defensa nacional por la suma de 4.000.000.000 de dólares con que sobrepasará el límite de la deuda fijado por ley federal en la suma de 45.000 millones de dólares. Sin embargo, las entradas de los impuestos transitorios que será de 750 millones de dólares anuales durante un período de 5 años, estarán reservadas para el rescate de estas obligaciones y los 300 millones de dólares restantes serán financiados mediante la revisión de la ley permanente de impuestos.

Los cambios más importantes serán la reducción de 2.500 a 2.000 dólares el límite de la exención del impuesto a la renta para los casados y de 1.000 a 800 dólares para los solteros. El proyecto impondrá durante 5 años un impuesto adicional del 10 por ciento a todos los que pagan impuesto a la renta y aumentará en 10 por ciento la contribución a las utilidades excesivas, aumentando de 10 a 50 por ciento la mayoría de los derechos de sisa.

("El Mercurio", Stgo. Chile. Junio 26 de 1940).

Así, además, se integrará la política de la Buena Vecindad en el mundo de la economía con hechos concretos y tangibles. Aquélla no puede consistir sólo en la enunciación teórica de buenas intenciones, sino en la realidad de arreglos tangibles. Es el único camino por el cual pueden venir tiempos de auténtica solidaridad. Y es también la única condición que justifica que las fuerzas populares, defensoras del patriotismo nacional, en su economía y en su capital humano, vinculen su fuerza motriz a las del gran país norteño.

Por otra parte, no cabe confundir la composición y propósitos de las empresas imperialistas con los intereses más amplios de los Estados Unidos. Las fuerzas populares que repudian al totalitarismo, y cuyo abanderado es el Presidente Roosevelt, no son defensoras de los grandes trusts monopolizadores. Por el contrario, dentro de su propio marco geográfico las censuran y combaten. El pueblo de los Estados Unidos no es responsable ni cómplice de los tortuosos procedimientos de los capitanes de aventura. En él encontraremos un aliado para nuestras justas aspiraciones.

Quizá excediéndose en estos argumentos, escribía el secretario general del P. Comunista peruano estos conceptos ahora sepultados por esta agrupación: "Ha llegado la hora de que la Doctrina Monroe tome un hondo contenido democrático. Que se transforme en el libre contrato celebrado en condiciones soberanas de igualdad de veintidós pueblos que coordinan su política, que coligan su acción, que se trazan una misma trayectoria frente al mismo peligro común. Ha llegado la hora de liquidar hasta la metáfora de "Estados Unidos, el hermano mayor",

Se trata de veintidós pueblos jurídicamente iguales, soberanos e independientes, que coligan todas sus fuerzas para afrontar el peligro y para aplastarlo. Ahora que confrontamos el nuevo peligro, el de la alianza Roma-Berlin-Tokio, apoyada por la capitulación de los gobiernos reaccionarios de Inglaterra y Francia, tenemos que forjar un nuevo y poderoso monroísmo. Un monroísmo de tipo acentuadamente democrático, de esencia netamente antifascista. No un monroísmo defensivo simplemente que nos aísla poniendo entre nosotros y el fascismo los océanos, sino un monroísmo mediante el cual las tres Américas se presenten ante el mundo como el bloque de pueblos resueltos a defender la paz del mundo y el sistema democrático entre los ciudadanos" (1).

Resumiendo: el primer paso para la defensa continental consiste en la unidad de Indoamérica conforme a un plan progresivo que coordine sus necesidades políticas, económicas y militares. Así fortalecida, tratar de igual a igual con los Estados Unidos a fin de pactar una alianza orgánica mediante la liquidación de las injusticias que provocarían fricciones peligrosas. Finalmente, homogeneizar la autenticidad de los sistemas democráticos entre todos los pactantes, y establecer sólidos vínculos de comprensión y mutuo apoyo con las fuerzas populares y progresistas de la Unión cuyo abanderado es el Presidente Roosevelt.

(1) Rabines Eudocio. Ob. cit. Pág. 21 y 22.

CAPITULO IX

EL CAMINO REALIZADOR

El imperativo fundamental de la hora es impedir la guerra de expansión totalitaria, o resistirla. A él se subordinan los demás procesos, atenuando su ritmo, aunque sin perder la orientación de su avance. Ahora bien, la guerra sólo se evita o se torna victoriosa con el empleo de la fuerza. A su turno, la fuerza americana será efectiva únicamente en la medida en que se coordinen los Estados Mayores indoamericanos entre sí y pacten una alianza con Estados Unidos de Norteamérica. Tan vasta tarea implica una labor gigantesca, un extraordinario gasto y un esfuerzo nacional e internacional de dimensiones colosales.

Para coronar exitosamente esa obra monumental, los partidos políticos responsables, y particularmente los que defienden con mayor ahinco el porvenir de las clases más numerosas, representativas del capital humano de sus respectivos países, deben dirigir, desde ahora, enérgicamente, una acción tenaz y orientadora. La confusión reinante por la complejidad heterogénea de factores en juego, por la diversidad de rumbos que se brindan, por el trabajo de zapa y saboteo que dentro de nuestras nacionalidades realizan los elementos que responden a directivas extranjeras, impone no sólo una prédica esclarecedo-

ra de elevado tipo, ya que ningún esfuerzo de proporciones puede realizarse con la prescindencia de los mayores núcleos ciudadanos, sino también una superación de concepciones políticas libre de las mezquinas rivalidades internas que empequeñecen el panorama y dificultan la acción.

Digámoslo con franqueza: esta es la hora de unión nacional. Sería ingenuo creer que objetivos de tan largo alcance pueden obtenerse en medio de la discordia política interna. Es imprescindible el concurso de todos los factores que integran la vida de cada país para lograr una sincronización armónica en favor del pujante y acelerado proceso defensivo. Las naciones europeas derrotadas nos brindan el espectáculo de su quebrantamiento interno como una de las causas que han producido su derrumbe.

Impónese la solidaridad ante el peligro. Desde luego que es distinta la posición política de nuestros diferentes países según primen en el gobierno fuerzas populares que representan la mayoría ciudadana, o elementos arribados mediante el artilugio electoral y que actúan a espaldas de la verdadera nacionalidad. Pero a unos y a otros, en menor o mayor grado, corresponde ampliar su base política, incorporando a ella a todos los sectores que comprenden la necesidad histórica de aglutinar energías para la defensa nacional, y, al mismo tiempo, excluyendo a los que, por ceguera o interés, dificultan o sabotean a ésta. El concepto de unión nacional tiene límites positivos. No puede abarcar a leales y traidores. Supone, por ende, cooperación y selección.

¿Importan estos puntos una claudicación en la directiva reivindicadora que inspira a los partidos de base popular? Recordemos que está en juego la existencia misma de la estructura política nacional que permite a derechas e izquierdas defender sus particulares puntos de vista dentro de fórmulas democráticas. Apelando a la eficacia didáctica de un ejemplo gráfico. Haya de la Torre ha dicho alguna vez: "Cuando un barco se hunde, todos se unen para salvarse". En su obra teórica básica especifica mejor: "La lucha contra el imperialismo es también una lucha nacional. Conviene recordar que así como hay clases sociales permanentemente atacadas y explotadas por el avance imperialista, las hay que son sus víctimas temporales. Una gran parte de nuestra burguesía en formación presenta ese carácter. Por eso el Apra puede aliarse con ellas en un frente transitorio, mientras sea necesario sumar esfuerzos a la defensa común. Vale recordar que la etapa de lucha nacional contra el imperialismo se presenta en todos nuestros países y ha de durar todavía algunos años" (1).

Agreguemos más: en la medida en que no nos aferremos a la inmutabilidad absoluta de los módulos políticos vigentes, y asimilemos dialécticamente las enseñanzas contemporáneas, contribuiremos a perfeccionarlos. De la catástrofe democrática europea no sólo se desprende la cercanía de una invasión directa o indirecta, que otorgaría partida de defunción al sistema que practicamos, y cuya subsistencia interesa a izquierdas y derechas. También se deduce, y hay que decirlo franca y públicamente, rompiendo la coincidencia secreta del cenáculo, que resulta perjudicial y funesta la exacerbación de pasiones que son el corolario de una política condenada a procurarse clientela electoral. De modo automático se produce una competencia de halagos, un remate de promesas, que resta hondura a todo análisis y conduce a fórmulas híbridas e ineficaces en cuya fragilidad esconde su secreto la derrota. Hay que perfeccionar la democracia. No negarla rotundamente como pretenden los totalitarismos de diferentes colores. No estagnarla en sus ye-

(1) Haya de la Torre, "El Antimperialismo y el Apra". (Pág. 98).

rros o vicios como aspiran sus usufructuarios demagogos. Superarla implica acendrar el amor por la auténtica libertad del hombre, a través del perfeccionamiento de las instituciones que la resguardan.

Hay motivos más poderosos aún. Veamos un ejemplo. Por la pesada digestión de su imperio, Francia se movía gordamente ante el temible y elástico adversario. En su interior la lucha fratricida desataba toda su violencia, socavando y dispersando sus energías. Imprevisión militar, deseo de riqueza fácil que posibilitó las traiciones —vicio de ahitamiento por una parte— y apasionamiento de franceses contra franceses por la otra. De aquí se deducen varias conclusiones. Es absurdo —desde luego— desconocer que la lucha de clases constituye una realidad de la cual no puede apartarse el hombre contemporáneo. Ella existe como fruto del sistema capitalista y durará, más o menos atenuada, mientras éste sobreviva. Es congénito a la naturaleza humana el egoísmo y serán vanas las solicitudes éticas, laicas o religiosas, que intenten suprimir sus efectos sin atender a sus causas. Pero si bien la lucha de clases constituye una realidad histórica, cabe preguntarse, ante las actuales circunstancias que atraviesa el mundo, cuál es el camino que debe seguir la democracia para afrontar los problemas que de ella derivan. ¿Elevar tal realidad a la categoría de método político, arrojando clase contra clase, en una fría y despiadada lucha que rompa la unidad interior de cada nación, convirtiéndola en blando obstáculo para el enemigo que arrasa con tirios y troyanos? ¿O establecer para las clases dominantes y las dominadas, no sólo prerrogativas que halagan, sino los deberes que mortifican, a fin de procurar la transitoria solución o atenuación de sus antagonismos? Si la finalidad de los partidos renovadores consiste en alcanzar una sociedad mejor, su forma debe ser democrática, pero hay que perfeccionarla para convertirla en durable y victoriosa. El método, por ende, no puede consistir en el azuzamiento de los enconos internos, so pena de tornarlos irreconciliables e insolubles.

El peligro es más grave en nuestras nacionalidades jóvenes. Somos la agregación de factores heterogéneos que no han logrado su fusión definitiva. Sobre un continente de edad inmemorial, viven los indígenas desde tiempo desconocido, los conquistadores españoles después, y por último colonias europeas, africanas y asiáticas. El concepto del Estado, salvo excepciones, no ha alcanzado desarrollo como para constituir espina dorsal que sostenga con verticalidad a cada nación. La cultura política y social tampoco ha evolucionado como para distanciarse de un primitivismo, fronterizo a veces con lo bárbaro. Somos países en crecimiento, quizá en período infantil. ¿Es posible que en estas nacionalidades jóvenes, enfermas del problema de la distancia y de la escasez de población, inconsistentes aún, se repitan consignas que han causado, en sus horas cruciales, la disgregación interior de centenarios pueblos europeos? Recordemos que Alemania, Italia y Rusia, que hoy ostentan un grado de musculatura poderosa —ley de la época—, han procurado anular los efectos de las pugnas intestinas. Francia y Gran Bretaña, en último instante, ya sobre el borde del precipicio, también cerraron sus filas en regímenes de unión nacional. Pero los totalitarios alcanzaron esta eficacia imponiendo el terror, y los democráticos en el minuto postrero. ¿Por qué los hombres libres de América, los ciudadanos conscientes de las democracias, no vamos a ser capaces de unirnos ahora nacionalmente para afrontar los riesgos del porvenir? Naturalmente no se trata de sugerir unión sin deberes ni derechos. La defensa de nuestra autonomía impone a todos, a los de arriba y a los de abajo, el cumplimiento de tareas. No pueden los primeros ensayar la prolongación de un sistema de injusticias que los favorece, porque rompen así la unión nacional y no contribuyen con la cuota de sacrificio que el momento exige. No

pueden tampoco los segundos exigir una larga serie de reivindicaciones simultáneas y totales. El espectáculo del derrumbe democrático europeo es una lección que no cambia el cruzar los océanos. Comporta para nosotros una enseñanza verticalmente tremenda que obliga a corregir errores con la energía que da el saber que América es la última trinchera donde se ha refugiado en el mundo el sistema que mejor compulsa la dignidad del hombre. Hay que encauzar el hecho cierto de la lucha interna dentro de fórmulas que canalicen su curso con el mínimum de daño a la unidad interior.

Comprendo bien que el tema no atañe específicamente a los móviles que inspiran este libro, y por ello es objeto de extenso análisis en otro que está en preparación. Pero era necesario mencionarlo, ya que la inminencia de la guerra obliga a contemplar el problema de la solidez interior. Hay, además, otro aspecto. Una reseña de los esfuerzos bélicos cumplidos en todos los países del mundo comprueba que en las horas tremendas del combate contra un adversario externo, se imponen los regímenes de unión nacional, o de defensa nacional, que así también puede llamárseles, como la mejor solución para articular todas las energías nacionales. ¿Por qué vamos a aguardar un tardío último minuto para forjarlos o aceptarlos? ¿Repetiremos el error de franceses o británicos? Estos son los últimos instantes en que es posible prepararse para la tremenda carrera contra el tiempo que impondrán los acontecimientos. Antes que Alemania consolide su dominio en el continente europeo, antes que posea escuadra ofensiva poderosa, antes que sobrevenga el peligro, debemos estar inmunizados contra él. Por eso los regímenes de unión o defensa nacional deben constituirse de inmediato.

Otra razón práctica consiste en que el examen de las medidas político-económico-sociales que determinan los tremendos gastos de una acción defensiva revela que casi

todas ellas desembocan en la nacionalización de algunas industrias básicas, para colocarlas bajo la vigilante cautela del Estado, y en la elevación de los impuestos directos, objetivos que también propugnan los partidos de extracción popular. La guerra deben sostenerla, proporcionalmente a sus posibilidades, quienes tienen capacidad para hacerlo. Resulta así que ante la realidad de la Nación en peligro se abren los caminos que conducen a una organización mejor.

Pero retomemos el problema en su faceta militar y en su faceta económica. Señalado el peligro de un ataque o invasión, nazi o nipona, o simultánea, al que pueden agregarse otras potencias totalitarias, corresponde la defensa continental externa e interna. La primera supone una reunión de Estados Mayores de los países pactantes a efecto de determinar las necesidades navales, terrestres y aéreas que semejante hazaña comporta. Esta reunión de militares establecerá la forma de vigilancia marítima y aérea, los modos de desplazamiento y concentración terrestre, la ubicación de las bases defensivas en los puntos débiles o amenazados, y todos los problemas de construcción de material, reemplazo, aprovisionamiento, etc., etc. que son de estricta competencia profesional. Su enumeración, aunque de modo sucinto, hace luz sobre la vastedad del esfuerzo y los tremendos gastos que significa. Y aquí corresponde abordar con franqueza una cuestión básica, ¿Cómo van a financiarse? En esta hora de colaboración y defensa continental, fijadas las proporciones que a cada país corresponde, dado su actual desarrollo y posibilidades potenciales, la Conferencia de Estados Mayores decidirá las cuotas que, para este efecto, tendría que aportar el gobierno de los Estados Unidos. Cada parte brinda aquello que posee: nosotros los hombres, nuestro territorio mismo, amenazado por el bombardeo y la destrucción, y nuestros aliados el dinero, como elemento primario de una cooperación más

amplia. No podríamos, de otra suerte, recibir como préstamo millones de dólares que no podemos pagar. La Nación más rica de la tierra contribuiría a su propia custodia facilitando la realización de un programa defensivo que le salvaguarda por el sur. Así lo han comprendido también los políticos norteamericanos más conspicuos, quienes se percatan de que sólo Estados Unidos puede financiar el tremendo egreso que una preparación bélica representa (1). Bastante carga tendrán nuestros países con el sostenimiento de cada Nación en armas. Sólo para este último objeto será preciso elevar impuestos y nacionalizar algunas actividades de gran rendimiento o de vital necesidad patriótica.

Pero hay otra cuestión, ya enunciada, y es la pertenencia de las bases que se construyan. Ellas sólo pueden ser propiedad del país en cuyo territorio se instalen. Otra proposición ofendería la dignidad soberana de nues-

---

"NUEVA YORK, 11.— (Havas).— Parte de los "fondos discrecionales", ascendentes a doscientos millones de dólares, puestos a disposición del Presidente Roosevelt por el Congreso, recientemente, dentro del vasto programa de rearme, servirán para el desarrollo de las bases aéreas de la Panamerican Airways, informa el corresponsal en Wáshington del "New York Herald & Tribune".

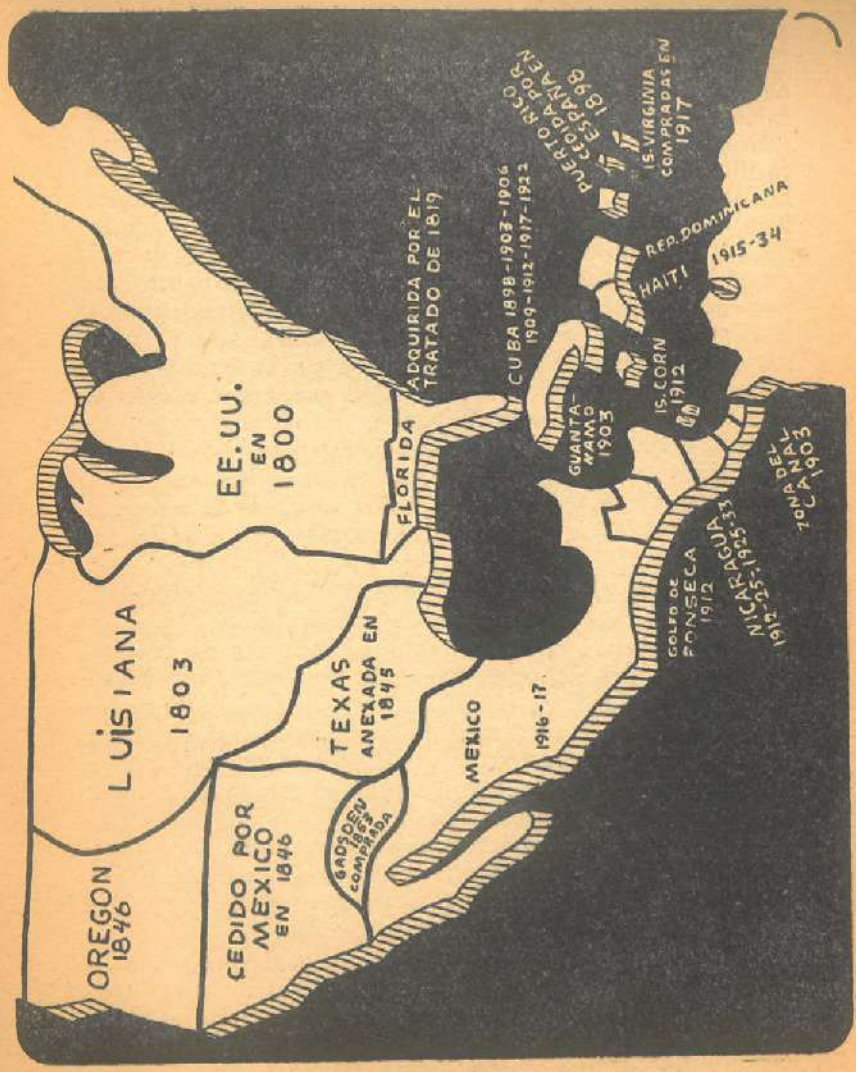
El proyecto consistiría en hacer realizar a la compañía aérea lo que el Gobierno norteamericano no puede hacer sin considerables formalidades administrativas.

El diario informa que se establecerán bases en puntos estratégicos de América Central y del Sur, particularmente en ciertos lugares del Caribe y a lo largo de las costas americanas hacia Santiago y Buenos Aires, destinadas especialmente para el uso de los cuadrimotores "Boeing" que vuelan por la estratósfera.

El Gobierno norteamericano tendría especial interés en que esas bases fueran dispuestas para ese tipo de aeroplanos, que corresponde exactamente al de las fortalezas volantes de la aviación de guerra.

Los círculos aeronáuticos alaban calurosamente la decisión del Gobierno y subrayan la advertencia contenida en ella para los países agresores de Europa, en el sentido de que las democracias son capaces de proceder rápidamente cuando sus intereses nacionales están en juego".

"El Imparcial". Stgo. de Chile, julio 11 de 1940.



LA EXPANSION DE LOS EE. UU.

tras repúblicas, infiltraría desconfianzas, daños para la solidez de la alianza, y determinaría rozamientos peligrosos. Los Estados Unidos deben renunciar a cualquier pedido de este orden, por lo menos mientras celebre pactos con fuerzas populares arraigadas, puesto que tal es la expresión unánime compulsada en Indoamérica. Le correspondería, naturalmente, el derecho de uso de nación aliada, mientras existan peligros u hostilidades. Cada puerto sudamericano, fluvial, marítimo o aéreo, como cada puerto norteamericano, será de hecho base utilizable por las fuerzas de los demás países coligados. Un Estado Mayor Indoamericano, con similar espíritu al que inspiró la acción de Bolívar, San Martín, O'Higgins, La Mar y Sucre, decidirá, previamente, las necesidades específicas del continente sur y las seguridades que corresponde tomar para que la alianza, en un futuro posterior, no degenere en dependencia. El pasado no es tranquilizador. (Ver mapa pág. 159.)

Avanzar más allá en el examen de estos tópicos militares sería invadir desconocido cercado ajeno.

Unicamente cabe agregar que, además de la diseñada tarea defensiva, corresponde la vigilancia y extinción de las funestas actividades de la Quinta Columna y sus satélites o aliados. Para desbaratar sus calculados y metódicos planes siniestros debe articularse la acción estrecha y decidida de las 21 repúblicas pactantes de la Alianza Indo-Norteamericana.

El problema económico es más complejo. Con información y criterio simplista podría proponerse: las materias primas de Indoamérica a cambio de los productos manufacturados de los Estados Unidos.

Examinemos el primer punto —materias primas— porque lo ha puesto en debate la proposición de un "cartel panamericano" de compra y venta de las mismas. Estados Unidos, es cierto, que nos compra productos básicos: café, cobre, azúcar, cuero, linaza, bananas, fibras, petróleo, cacao y maderas. Ocupa el primer lugar (1937), como adquirente de nuestras riquezas, con el 31 % de nuestras exportaciones. Pero no puede absorberlas todas, ya que, a su vez, posee muchas materias primas dentro de su propio territorio. De ahí que, para el comercio exterior de nuestros países, sea muy importante el mercado europeo. Sólo Gran Bretaña y Alemania absorbieron en 1937 el 26.4 % de nuestras exportaciones. El total de las compras europeas pasó de mil millones de dólares. Somos la "pulpería", "despensa" o "emporio" de Europa, para usar los vocablos más en boga en las diversas partes de nuestro continente (1).

(1) "La América Latina es un verdadero emporio de Europa. Si el poder comprador del continente europeo, como es de esperarlo, cae violentamente, se producirá, lógicamente, el colapso de nuestra economía. En efecto, examinemos los rubros principales del comercio de exportación latinoamericano con Europa en 1938.

Las ventas de café ascendieron a 235.500.000 dólares, de los cuales el 57 % corresponde al Brasil y el 21 % a Colombia.

La exportación de *petróleo*, por valor de 317.000.000 de dólares, se repartió en la siguiente forma: Venezuela 79 %; Perú 8 %; Colombia 6 % y México 5 %.

El valor de las carnes exportadas ascendió a 124.000.000 de dólares de los cuales el 80 % correspondió a Argentina, Uruguay 10 %, Brasil 9%, y nuestro país 1 %.

Se exportó *azúcar* por valor de $ 115.700.000, de los cuales Cuba proporcionó el 86 %.

El *cobre* exportado por valor de 106.600.000 dólares, correspondió en un 76 % a Chile y 13 % al Perú.

El valor de la *lana* exportada fué de 92.000.000 dólares de los cuales el 52 % fué de procedencia Argentina y 37 % del Uruguay.

Algodón se exportó por valor de 76.500.000 dólares, de los cuales correspondió el 70 % al Brasil y al Perú el 18 %.

Cueros y *Pieles*, por valor de 62.500.000 dólares, distribuídos así: Argentina 50 %, Brasil 19 %, Uruguay 13 %.

El *trigo*, por valor de 61.400.000 dólares, fué proporcionado en un 98 % por Argentina.

Se exportó *maíz*, por valor de 59.300.000 dólares, siendo de Argentina el 95 %.

No se puede paralizar tal venta sin provocar una crisis aguda. Los neutralistas ingenuos aconsejan el comercio de los países indoamericanos entre sí "creando mercado". Pero el mercado no se fabrica de la mañana a la tarde ni es fruto de una repentina decisión subjetiva. Los países-campos como los nuestros se caracterizan justamente porque no consumen sino exportan materias primas, porque no tienen industrialismo capaz de consumir las grandes cantidades de elementos básicos que producen. El mercado interior de Indoamérica es reducido. He aquí el porcentaje respectivo, en 1937 de las importaciones indoamericanas en relación a las totales de cada país: Haití: 0.9; Venezuela: 1.0; República Dominicana: 1.5; México: 1.8; Colombia: 2.5; Cuba: 2.9; Panamá: 3.6; Guatemala: 4.4; Honduras: 4.4; El Salvador: 5.6; Costa Rica: 6.0; Ecuador: 6.2; Nicaragua: 8.1; Argentina: 9.2; Perú: 11.1; Brasil: 15.5; Chile: 16.4. No son asequibles las cifras de Bolivia, Uruguay y Paraguay. Y he aquí los porcentajes de exportaciones: Panamá: 0.3; Venezuela: 0.7; Cuba: 0.8; Colombia: 0.8; República Dominicana: 0.9; México: 1.8; Honduras: 1.9; Costa Rica: 2.7; Chile: 3.6; El Salvador: 3.9; Nicaragua: 4.7; Brasil: 7.0; Argentina: 8.3; Perú: 14.8; Ecuador: 15.3; Tampoco son asequibles los porcentajes de Uruguay, Paraguay y Bolivia (1). El mercado no se crea o ensancha a voluntad. ¿Cómo podríamos pagar sólo el petróleo de Venezuela y las carnes de Argentina? ¿Cómo podríamos consumirlos?

Chile exportó salitre a Europa en el mismo año por valor de 31.400.000 dólares.

Bolivia vendió estaño por valor de 24.800.000 dólares. "América Latina, emporio de Europa", por Guillermo Gandarillas M. "La Hora". Stgo. Junio 26 de 1940.

(1) Minelli Pablo M. "¿Están económica y políticamente prontas las Américas?". En Rev. "Claridad" Bs. Aires. Abril. 1940.

A su turno, los comunistas aconsejan que se venda a Rusia soviética nuestros productos de exportación. Pero Rusia exporta, como nosotros, materias primas, algunas de ellas en competencia con nuestros países: petróleo, granos. Le interesaría adquirir algunos productos básicos. Y como carece de divisas abundantes, no pudiéndolos pagar en oro, pediría aceptar como pago productos manufacturados, vale decir establecer el trueque. No siendo muy famosas por su calidad las manufacturas rusas, cabe concluir que este plan, en el más optimista de los casos, sólo daría por resultado el establecimiento de un minúsculo intercambio a base de trueque, lo que no constituye la solución total del problema.

¿A quién vender los mil millones de dólares que, parcialmente, no puede comprar Europa mientras dure el bloqueo británico? Conocedor de la familia, y de sus apremios y falta de reservas o ahorros, el Tío Sam ha propuesto el "Cartel panamericano", cuyo proyecto definitivo no se conoce al escribir estas líneas. Según las referencias publicadas, el Gobierno de los Estados Unidos se encargaría, mediante este organismo, de comprar a las naciones indoamericanas todos sus saldos de exportación y de venderlos después a quien pudiera. Es oportuno formular algunas interrogaciones. ¿Cuánto tiempo duraría este sistema? ¿Mientras duren las hostilidades, o siga el bloqueo, o aun en paz Europa, como respuesta económica del Hemisferio al totalitarismo vencedor? Si el "cartel" compra todos los saldos de exportación, ¿se puede producir sin límites? Y si éstos se establecen ¿sobre qué bases lo sería? Además, la compra ¿se hará a cuáles precios y hasta cuál volumen? Y en la venta ¿quién afronta las pérdidas si ellas se producen? ¿Y cómo se distribuyen las ganancias si las tales existen? Aunque el Gobierno de Estados Unidos ha presentado este plan casi como una obra filantrópica, vale la pena señalar que estableciéndose un virtual monopolio en la producción de

muchas materias primas, el cartel se encontraría en condiciones de imponer los precios que quisiera en algunos productos y realizar, por ende, un magnífico negocio. Previo a todo pronunciamiento sobre el proyectado cartel, además del estudio de su plan completo, es indispensable la reunión de una Conferencia Económica Indoamericana que investigue los problemas de conjunto y proponga las soluciones generales. Cabe, empero, agregar algunas consideraciones. Sería ingenuo pretender que la prosperidad económica de los Estados Unidos llegará a su cúspide con las ganancias que obtenga por el cartel. El gran país norteño tiene un mercado interior riquísimo y una potencialidad fuera de toda dimensión: su producción primaria en 1937 alcanzó a 15.214 millones de dólares, su producción secundaria a 45.760, su producción exportable a 3.302, sus inversiones internacionales a 15.393, sus reservas de oro a 14.512 millones. ¿Qué pueden influir, pues, las ganancias sobre materias primas por valor total de 1.000 millones de dólares, con precio estabilizado algunas veces y con precios fluctuantes en otras? El objetivo del cartel es económico-político. Esto es lo más serio. Conforme al mismo, toda nuestra exportación y por ende nuestra estabilidad económica o crisis dependerían de los Estados Unidos. Estos tendrían en sus manos —con la simple suspensión de compras— las llaves para gobernar políticamente en Indoamérica. Tal un aspecto, pero hay más. Como Indoamérica provee a Europa de materias primas, en la cantidad ya señalada, al adquirirlas Estados Unidos, priva a la producción europea de materias que ésta necesita. Y acentúa, por tanto, la necesidad bélica de apoderarse de nuestros países por la fuerza. Vale decir, acrece y aproxima los riesgos. Gran Bretaña, además, acaba de anunciar que está dispuesta a asociar su "pool" —monopolio del comercio de su Imperio— con el Cartel Panamericano. Tan formidable alianza presentaría a dos grandes potencias mundiales, dueñas de vastas colonias o semicolonias, incluso Indoamérica, usufructuarias del dominio en el mar, o sea señoras del comercio marítimo, abriendo o cerrando rutas según sus necesidades políticas o estratégicas. Entre ambas podrían condenar al totalitarismo, vencedor en el continente europeo (pero sin materias primas, sin oro para comprarlas, ni flota para conducirlas), al hambre y el aniquilamiento. He aquí, pues, en marcha la más terrible "arma secreta" que puede emplearse en una contienda bélica y el más vigoroso y plástico instrumento de comercio que se haya concebido para épocas de paz. Es el bloqueo a muerte en cuyos tramos finales puede ser sepultado el cesarismo hitlerista, aunque a un terrible precio de dolor que tendrán que pagar todos los pueblos europeos. Seríamos pues, al amparo de esta previsible evolución de las tácticas beligerantes, un decisivo campo de guerra, aunque no lo queramos. Y así volvemos al dilema. En lontananza, el cesarismo autoritario del racismo que arrasaría con nuestra independencia, nuestra democracia y que nos desprecia y condena al rol de colonias. Y cerca, los dueños del oro y del mar que nos rodea, vecinos geográficos. Somos sus aliados por el imperio de circunstancias superiores a nuestra voluntad. Así debemos entenderlo realistamente, para de allí, saber arrancar las mejores posibilidades.

Examinemos ahora el segundo punto, vale decir la importación de productos manufacturados norteamericanos a Indoamérica. Aunque carecemos, en muchos países, de las bases de toda industria —hierro y carbón— en cantidades suficientes, nuestro industrialismo ligero ha alcanzado importante desarrollo en los países más adelantados: Argentina, México y Chile, por ejemplo, y puede afirmarse que tiende a acentuarse en todos los demás. Empero las compras al exterior tienen todavía mucha importancia, y el valor de los productos manufacturados que Indoamérica compra alcanza varios miles de

millones de dólares. ¿Estados Unidos vende todo cuanto puede? Veamos los porcentajes de sus exportaciones a cada uno de nuestros países: Paraguay, 7.6; Uruguay, 13.6; Argentina, 16.1; Brasil, 23.1; Bolivia, 27.7; Chile, 29.1; Perú, 35.5; Ecuador, 39.6; El Salvador, 40.4; Costa Rica, 42.5; Guatemala, 45.3; Colombia, 48.3; Haití, 51.0; Panamá, 52.0; República Dominicana, 52.3; Venezuela, 52,8; Nicaragua, 54.2; Honduras, 58.0 y Cuba, 68.6 (1). Pese al volumen de las últimas cifras, el promedio general de importaciones norteamericanas alcanza en 1938 al 18.2 % solamente. Alemania nos vendió ese año 11.5 % y Gran Bretaña el 9.4 % del total de nuestras adquisiciones. Esto quiere decir que el mercado de productos manufacturados puede ensancharse en favor de Estados Unidos y principalmente el de máquinas para hacer máquinas en aquellos cuyo desarrollo industrial es importante.

Este doble examen lleva, pues, implícita la necesidad de un verdadero plan cuya articulación definitiva sólo puede formular una Conferencia Económica. Cabe sólo esbozar algunos puntos. Frente a las materias primas debemos propiciar una política reivindicatoria progresiva que, al par que fortificarnos económicamente, nos permita dirigir con mano propia su colocación en los mercados y nos libre de entrar en carteles, salvo en calidad de socios, y con todas las seguridades que semejante empresa demanda. También se obtendrían importantes ventajas si Estados Unidos baja sus barreras aduaneras para algunos de nuestros productos alimenticios, en la misma proporción en que nosotros las elevaríamos para los productos industriales europeos que le hacen competencia. Si a esta doble acción se agrega el funcionamiento de organismos como el Banco Interamericano y otros, dentro de un espíritu de leal cooperación por ambas partes, no cabe duda que se podría orillar todas las dificultades del presente, enterrar para siempre el deshonroso capítulo de la "diplomacia del dólar", y abrir, por la unión de las Américas, dueñas del 30 % de las materias primas y alimenticias del mundo, y con el 11.8 % de la población del mismo, una firme esperanza en el mañana (1). ¿Después? Multiplicar hipótesis por hipótesis, conduce al caos. Realicemos la humilde tarea del presente, vinculado al porvenir. Otras generaciones a su turno, engarzarán su acción con sus épocas respectivas.

(1) Minelli, Pablo M. "¿Están prontas las Américas?" "Claridad", Bs. Aires Art. cit.

Por último, sin ánimo partidista de jactancia, corresponde hacer justicia a la tarea previsora que en los últimos veinte años ha cumplido el aprismo. Con la certidumbre que proporciona el punto de partida y la meta de llegada —la justicia y la independencia continentales— señaló los caminos realizadores. Los últimos acontecimientos han iluminado en tal forma el panorama, que surge clara la validez de sus postulados visionarios. Sea éste un homenaje a la inspiración que no debe abandonarnos jamás: el realismo interpretativo de nuestros problemas, libre de toda influencia internacional sectaria.

Santiago, julio de 1940.

(1) CETA, creador y dinámico Centro de Estudios Económicos (Stgo. de Chile), propone para Sudamérica crear y desarrollar sus industrias básicas; colonizar las tierras vírgenes; desarrollo intenso de las comunicaciones; construcción de viviendas y defensa militar. Para financiar los puntos primero y último se compraría en Estados Unidos las máquinas que no se fabrican en Sudamérica, otorgando aquél amplias facilidades de pago. Pero el instrumento más vigoroso sería la creación de un Banco Central para América del Sur, independiente del patrón oro de emisión, que independice nuestras monedas, sujetas hoy al dólar o la libra. (Para más detalles escribir a Cas. 13166, Stgo., Chile.)

CAPITULO X

DOCUMENTOS

Como fuentes de referencia, es útil reproducir en estas páginas los documentos más importantes emitidos por los partidos políticos indoamericanos cuyo rumbo hemos podido seguir de cerca.

A) *Posición del Partido Aprista Peruano*

En junio de 1938, Haya de la Torre escribió el siguiente artículo, ampliamente reproducido en diarios y revistas del continente, y que titula: "El Buen Vecino" ¿Garantía definitiva?" (1), y cuyo texto dice:

"Sobre el presente y futuro de las relaciones entre los Estados Unidos del Norte y "los Estados Desunidos del Sur", en su nuevo aspecto de *"buena vecindad"*, me han dirigido más de una pregunta conciudadanos de nuestra gran nación indoamericana.

La mayor parte de las cuestiones que mis interrogadores plantean van a ser desarrolladas y discutidas en un libro que preparo sobre tales temas. Pero como es difícil asegurar si un libro podrá ser escrito hasta su fin o aun si una vida no ha de acabar prematura y súbitamente cuando se es perseguido político en el Perú de hoy —que es como la Venezuela del "orden", "paz" y "trabajo" de Juan Vicente Gómez— prefiero adelantar aquí mi opinión sobre algunos de los puntos que más motivan dudas y consultas, observaciones y polémicas.

(1) "La Conferencia Panamericana y otra comedia". Folleto. Stgo. 1939. Ed. Gutenberg.

Estos podrían reducirse a cuatro, expresados sucintamente en las interrogaciones que siguen: ¿Implica la actitud del actual Gobierno de los EE. UU. garantía definitiva para la seguridad e independencia de las repúblicas indoamericanas? ¿El frente unido de Norte e Indoamérica aleja para siempre el peligro de una agresión del Fascismo internacional contra nuestros países ricos y débiles? ¿Ante la necesidad de ese frente defensivo debemos enfilarnos incondicional y unánimemente al lado del vecino poderoso a fin de que nos defienda y salve? ¿No hay otra alternativa para Indoamérica que la de vivir siempre bajo el tutelaje defensivo de su grande y "buen vecino"?

Primera cuestión: ¿"Good Neighbourhood", garantía estable de seguridad?

Las relaciones entre las dos Américas han mejorado extraordinariamente durante la Administración Roosevelt. Es verdad, sí, que en cuanto a Puerto Rico se refiere, la "buena vecindad" deja mucho que desear, y es cierto también que la sospechosa indulgencia de Washington hacia algunas tiranías criollas indica que los intereses imperialistas de Wall Street pueden todavía más que los principios. Pero hay un hecho que importa considerar: la actitud del Gobierno norteamericano ante la nacionalización del petróleo en México. En este caso, y por primera vez en América en asunto de tal magnitud, el fuerte dejó que se cumpliera la ley del débil, que es casi siempre la que más se acerca a la verdadera justicia. Y el Presidente Roosevelt, que en varios casos indoamericanos ha demostrado excesiva tolerancia con nuestros criollos estranguladores de la Democracia, ha sabido esta vez ser "buen vecino".

Vale si anotar de paso que no le quedaba sino esta disyuntiva: o repetir el dualismo de Wilson —apóstol de la Democracia y Libertad del Trópico de Cáncer para arriba, bombardeador de poblaciones indefensas e invasor imperialista de paises débiles del Trópico de Cáncer para abajo— o ser fiel y consecuente con el voceado principio de "good-neighbourhood". Se decidió a ser leal y este es un hecho cuya trascendencia presente y futura es justo subrayar.

Importa, sin embargo, hacerse una simple reflexión: esta política iniciada por Roosevelt hacia los pueblos de Indoamérica no es sino una plataforma de programa de gobierno adoptada por el Presidente, tan duradera como el New Deal o como la presencia de Mr. Hull en la Secretaria de Estado. Vale decir, es una política temporal, sin ninguna garantía de perdurabilidad. Porque aunque el Partido Demócrata yanqui sea considerado menos imperialista que el Republicano, sabemos bien que Wilson fué también demócrata, profeta del "New Freedom", y, no obstante todo eso fué Wilson mismo quien ordenó invasiones, bombardeos, subyugaciones y otras atrocidades en varios paises indoamericanos. Por otro lado, el concepto democrático de los Estados Unidos es muy elástico y no excluye actos de tirania y brutalidad especialmente en los países débiles, cuando llega el caso de defender intereses de sus grandes capitalistas.

Puede acontecer que el Presidente Roosevelt y su partido pierdan la mayoria en las próximas elecciones, y que advenga un republicano del tipo del otro Roosevelt, gran antimonopolista dentro de su pais y un perfecto jingoimperialista fuera de él, quien, según el juicio reciente de un periodista norteamericano, *tomó* Panamá en una manera "que sugiere los métodos de Mussolini" (N. Y. "Fortune". Abril 1938). O puede darse también el caso de que sea elegido otro demócrata —Mr. Mac Nut o quien fuere— que no crea conveniente incluir la plataforma del "Buen vecino" en su programa y que recurra a las vagarosas generalidades demoliberales de Mr. Wilson para llenar el vacio teórico y nos resulte en la práctica tan Big-Stick como Roosevelt I.

No olvidar que el Presidente de los Estados Unidos del Norte, según la acertada definición de los esposos Cole (*A Guide to Modern Politics*"): "es un monarca constitucional elegido cada cuatro años", y que Winston Churchill escribe verdad en su libro *"The World Crisis"* cuando afirma que el Presidente de la Unión norteamericana "está investido con funciones directas de tal importancia práctica que no tienen paralelo sobre la tierra". Esto ahonda dudas acerca de la perennidad de una actitud política como la que hoy inspira a los hombres de Washington; porque incumbiendo exclusivamente a la voluntad presidencial tratarnos como a vecinos o como a bárbaros, todo depende del grado de conocimiento que los futuros presidentes tengan de nuestros pueblos y del concepto que les merezcan indios y mestizos. Recordemos que Mr. Hoover vino a hacer una visita de pasamano en 1928, y su política apenas se distinguió de la de su frio imperialista predecesor.

En consecuencia, por lo que la experiencia histórica nos demuestra, creo que la política de "Buena vecindad" del Presidente Roosevelt hacia los pueblos indoamericanos es una garantía de seguridad, pero *no una garantía estable*. Que se trata *sólo* de *una política* que puede variar con el cambio de persona o de Partido en el Ejecutivo de los EE. UU.

Segunda cuestión: ¿El frente norteamericano, aleja para siempre el peligro de la Internacional Fascista en el Nuevo Mundo?

Lo aleja, mientras el Frente Norte-Indoamericano sea efectivo y eficiente. Porque no basta un Frente de puras palabras o de meras fórmulas burocráticas como la malhadada Unión Panamericana. Ni basta una complicidad de tolerancias en la que, en nombre de la Democracia, el Gobierno de los EE. UU. apoye a tiranos y tiranuelos y aleje de sí la simpatía de los pueblos oprimidos de este lado del Continente. Un Frente Norte-Indoamericano contra la Internacional Negra debe ser un Frente de Pueblos. Que sea la Democracia su bandera, pero una Democracia no complaciente con los tiranos en ninguno de los países que el frente antifascista comprenda.

Porque cada usurpador o déspota, aunque le toque el papel de volatinero del Dr. Getulio Vargas, es un fascista en potencia, es un enemigo de la democracia, es un secuestrador de libertades. Sus discrepancias con el Fascismo Internacional sólo se deben a que consideran incómodo entregarse a la tutela autoritaria de sus amos europeos, o a que —y esto es decisivo— ceden a la presión de Washington para que "guarden las formas".

De ahí que el Frente Norte-Indoamericano contra los planes de conquista del Fascismo Internacional Nipón-Europeo, debe ser popular. Debe arraigar en las grandes masas nacionales de ambas Américas, debe estar basado en la confianza y en la unidad de acción internacional. Esto supone excluir de cada país que participe en esa gran alianza democrática a los tiranos y a los métodos tiránicos que en ellos aparezcan. Porque el fascismo es un sistema —un sistema de opresión y de penetración— e invade de muchas maneras: a la abisinia, a la china, a la austríaca y, ahora a la peruana.

Creo, pues, que un Frente así, logre detener los avances de la Internacional Negra, pero condiciono su eficacia. Si no constituyen ese frente pueblos y gobiernos verdaderamente democráticos, por su origen y por su conducta, el fascismo seguirá invadiendo nuestra América valiéndose de los tiranuelos centro y sudamericanos que ya tiene a sus órdenes.

Tercera cuestión: Ante la necesidad de ese frente defensivo ¿debemos enfilarnos incondicional y unánimemente al lado del vecino poderoso?

Es evidente que el imperialismo fascista planea conquistar a los pueblos indoamericanos. Así lo demuestran los casos incontestables de los Integralistas brasileños, del general Cedillo en México y del general Benavides en el Perú, para no mencionar a otros testaferros menores del eje nipón-ítalo-germano. Es cierto también que esta campaña de dominación se está valiendo ahora de los vínculos raciales e idiomáticos entre Indoamérica y la España aniquilada

para una penetración más suave —y por mano ajena —de los amos del general Franco en nuestros pueblos. Las campañas en favor del "Imperialismo Español", del "Hispanismo" se está extendiendo mucho. Por Indoamérica van pasando propagandistas españoles de la Internacional Negra que nos hablan de la necesidad de volver al yugo hispano y, claro está, por medio de él, a sufrir las cadenas imperiales de alemanes, romanos o japoneses. El fascismo ha tomado a Franco como a su verdugo en España y como un instrumento para "hispanizarnos", palabra que ahora resulta sinónimo de fascistizarnos. Hoy los hispanistas-fascistas vienen a hablarnos de las glorias de su raza, de la grandeza y caridad franciscana de Corteces, Almagros y Pizarros e Isabeles segundas y de la América Hispana que es la que quieren que sea de nuevo suya, la de los fascistas, frente a la América india, mestiza, "chola", "pelada", "gaucha", "rota", que es la nuestra: Indoamérica.

Todo esto —unido a la propaganda más directa del Fascismo Internacional que va comprando numerosos diarios de los llamados "de orden" en nuestros países —nos obliga a estar alertas y nos impone formar el Frente Democrático Norte-Indoamericano. Empero, tal adhesión debe ser condicional. El Frente del Nuevo Mundo contra la Internacional Negra no debe significar nuestra sumisa e irrestringida unión con el "buen vecino" poderoso. No olvidemos ¡ah, no lo olvidemos! que el "buen vecino" puede volverse malo y que lo ha sido ya, como queda rememorado más arriba. No olvidemos que los intereses imperialistas, aun cuando en el caso del petróleo en México ya han sufrido una derrota al amparo del "buen vecino", son intereses capitalistas, de explotación, de dominio, de sujeción y de absorción. Y no olvidemos, tampoco, que los pueblos que son ricos y débiles como los nuestros, son codiciados tanto por el Imperialismo Fascista como por el Imperialismo Norteamericano. Ahora bien, si en esta época hay un "buen vecino" que no quiere servir de instrumento a los imperialistas de su gran país, no olvidemos que el "buen vecino" es un hombre, y que la Buena Vecindad es sólo una política precaria, temporal, cuya vigencia depende de una plataforma exitosa en la convención de un Partido y de la aceptación de un electorado todavía muy versátil.

Consecuentemente, hay que formar el Frente; hay que exigir que él sea eficaz, amplia y sinceramente democrático, pero es sólo un recurso transitorio.

Y vamos ahora a la otra cuestión, que con ella concluyo.

Cuarta cuestión: ¿No hay otra alternativa para Indoamérica que la de vivir siempre bajo el tutelaje defensivo de su grande y "buen vecino"?

Sí la hay.

Y aquí —sea sucintamente— deseo soslayar siquiera un aspecto interesante de estos temas. Con motivo del aminoramiento de la tensión imperialista en Indoamérica, debido a la política del "buen vecino", se ha llegado a decir por ahí que "ya no hay imperialismo". Por Lima acaba de pasar un misionero universitario estadounidense que ha proclamado desde una cátedra de la más vieja Universidad de América que "no hay imperialismo yanqui" y que sólo hay imperialismo japonés. El ingenuo propagandista fué amable e inteligentemente acogido por la muchachada peruana que le aplaudió, hospitalaria, por bueno... Digámoslo, empero, de una vez: así no se convence a nadie. La "buena vecindad" no implica negar hechos históricos porque son malos y causen remordimientos de conciencia. Más vale rectificarlos —reconociéndolos—, enmendarlos, corregirlos. No se trata de convertir en recuerdos idílicos las brutalidades perpetradas por el imperialismo norteamericano en estos países, de las cuales nuestro Sandino glorioso es la última víctima. Se trata justamente de señalarlos como hechos punibles, como hechos que han causado gran daño a las buenas relaciones de las Américas y, especialmente, como hechos cuyas consecuencias negativas se palpan ahora, porque el fascismo las aprovecha capitalizando resentimientos.

Y se trata también de impedir un ilusionismo que sería perjudicial. Hay que trabajar por una buena y equilibrada convivencia interamericana, pero conviene tener muy en cuenta que mientras los

Estados Unidos del Norte sean "potentes y grandes" y los Estados Desunidos del Sur sigan débiles y fraccionados, nuestro destino será siempre acogernos a la protección del más fuerte.

Y vuelvo a un tema ya tratado por mí en un libro conocido: ¿Qué sería de Indoamérica si los EE. UU. fueran derrotados en una guerra? O ¿qué sería de Indoamérica si en EE. UU. surgiera un fascismo imperialista que preconizara la absorción "a la austriaca" de nuestros países divididos, dominados por castas de traficantes chauvinistas? Aunque estos riesgos no sean inmediatos, son posibles. Después de su reciente viaje a Europa, declaró a la prensa norteamericana el ex Presidente Hoover que su país corría el peligro de tornarse fascista. Además, la historia nos enseña que muchos poderosísimos imperios perecieron por derrota o por desintegración. Pensar en el porvenir de nuestros países obliga, por eso, a pensar que nuestra seguridad y soberanía dependen excesivamente de los EE. UU. del Norte.

El camino verdadero de salvación aparece claro: abolir todo imperialismo en Indoamérica y unirla económica y políticamente. Nacionalizar progresivamente todas sus riquezas y constituir una gran república —federativa o anfictiónica— que afirme sólidamente la seguridad y soberanía de nuestros pueblos sobre consistentes bases de Democracia y Justicia Social.

La política del buen vecino, el frente antifascista, la alianza democrática de Norte a Indoamérica para defendernos del "Fascismo Internacional", son garantías de seguridad inmediata, laudables, necesarias, que es recomendable apoyar. Pero no olvidemos que son inestables. Lo permanente, lo perdurable para los países indoamericanos son las garantías que ellos mismos puedan darse. Y la base de esas garantías radica en su Unión.

Trabajar por ella es deber de los indoamericanos capaces de comprender que lo que fué un sueño de Bolívar es hoy imperativo de necesidad. Parte de la tarea es convencer al pueblo y gobierno norteamericano de que más le conviene un vecino y aliado unidos y fuertes —ayuda y no lastre—, que veinte pequeños divididos y antagonizados por jingoísmos de insuflación fascista.

Y convencernos nosotros que mientras no nos unamos, viviremos bajo la tutela del vecino fuerte hoy y bajo la cadena de cualquier coloniaje más tarde.

Incahuasi, junio de 1938".

En marzo de 1939, el autor de este libro, a manera de informe público sobre la actuación aprista en el Congreso de Montevideo, publicó, en la Revista "Ercilla" (Stgo. de Chile, marzo 14 de 1939), el siguiente artículo:

Un clima mundial de sobreexcitación sirvió de marco al Congreso de las Democracias, celebrado en Montevideo hace unos días. La anexión de Checoslovaquia, la absorción de Memel, el derrumbe español y otros acontecimientos europeos pusieron en primer plano los peligros de la agresividad fascista. No eran necesarios muchos discursos para evidenciar el sueño de hegemonía mundial de los dictadores y su afán de propagación ecuménica de un sistema que destruye la dignidad del hombre al sustraerle para siempre su libertad.

Los partidos populares de las tres Américas reaccionaron con vivacidad frente al problema, y sobreponiéndose a las divergencias de forma o a los grados distintos de medición de garantías, estuvieron de acuerdo en que la significación histórica del certamen consistía en mostrar ante el mundo la unidad férrea y absoluta de los representantes de 240 millones de americanos frente a los designios expansionistas de los dictadores.

Mondemos todo lo rutinario y formal, desde el cortés voto de aplauso a los organizadores, que esta vez lo han merecido de veras, hasta las declaraciones románticas sobre igualdad continental de métodos educativos, por ejemplo. Lo ciertamente histórico, el saldo ponderable, la significación tonal del Congreso ha sido la rotunda unanimidad de los partidos populares contra los planes fascistas.

Con gran sentido de responsabilidad histórica —que muchos no han comprendido aún—, algunas delegaciones, y no de las menos representativas y valiosas, prefirieron no ahondar el análisis de la situación actual de las Américas para facilitar que el rostro exterior del Congreso mostrara una superficie sólida, compacta, sin la menor hendidura que sirviera para la maniobra de los adversarios. Porque, negativamente, si alguna conclusión pueden obtener de este Congreso los agentes de Alemania, Italia, Japón o su sucursal de Burgos, es que no podrán introducir sudetes ni Hachas en Indoamérica para realizar sus planes expansionistas y que ningún partido popular y democrático acepta ni siquiera la pasiva y expectante posición de neutralidad en caso de que algún país totalitario intente apoderarse de alguna débil y rica víctima americana.

LUCHA DE PREDOMINIOS

Es, por tanto, interesante reconstruir el proceso que conduce a estas conclusiones; sobre todo porque, al efectuarlo, aparecerán mejor las coincidencias y las discrepancias que caracterizaron al Congreso. Intentaré hacerlo desde el punto de vista de mi partido, que, en esta emergencia, coincidió con el de otras importantes delegaciones con las cuales firmé la Declaración de Reservas que aparece en otro lugar en estas mismas páginas.

A juicio de la delegación aprista, la brújula orientadora para guiarse en este minuto de la historia, sin aturdirse por la magnitud de los desastres, ni por los apasionamientos, es la interpretación materialista de las causas que mueven el conflicto.

El mundo se encuentra dividido en dos agrupaciones mundiales de fuerza. Esta es una cuestión de hecho, ajena a nuestra voluntad, pero que plantea la obligación de definirse. Por una parte, están las potencias democráticas que controlan, directa o indirectamente, las materias primas esenciales y que poseen, como colonias o semicolonias, los mercados para la colocación de los productos de su industria. Por la otra, están las potencias totalitarias, sin acceso directo a esas materias primas, sin mercados de consumo propio, y que luchan por conquistarlas.

Este es, en el fondo económico-histórico del momento, el lenguaje de la realidad. ¿Cuál es la posición de Indoamérica en el litigio y, por ende, cuál debe ser la posición que adopten los partidos representativos de sus grandes masas populares? Tal el punto que me propongo examinar.

INDOAMERICA EN PELIGRO

En el reparto colonial o semicolonial del mundo, Africa y Asia ya tienen dueños. Indoamérica, hasta ahora, dentro de formas de independencia política, es, en realidad, una dependencia económica de los grandes intereses monopolistas extranjeros, especialmente los ingleses y norteamericanos.

Nuestro continente tiene las materias primas más apetecibles, con sus ricos yacimientos petroliferos de México, Venezuela, Colombia y Perú, con su vasta producción de azúcar en Perú y Cuba, su cobre de Chile, sus carnes y granos de Argentina y Uruguay, su algodón del Brasil. Y, además, con sus 130 millones de habitantes capaces de consumir buena parte de la producción industrial de los países manufactureros.

Alemania, Italia y Japón han puesto sus ojos en esta parte del mundo. Será difícil arrancar de las manos de los países democráticos sus colonias de Africa o de Asia. Por lo menos, tal propósito significa una dura y larga guerra mundial. En cambio, una expansión sobre América nos encuentra débiles, divididos, desorganizados. El único rival es Estados Unidos, y, al respecto, me referiré después. Lo objetivo es que un evidente propósito totalitario pone en peligro la independencia indoamericana.

Comprendo que muchos alzarán los hombros. ¡Es cosa de locos —dirán— sostener que estos países puedan ser sometidos! Del mismo modo pensaban los desprevenidos dirigentes de Austria, y de China, y de España, y de Abisinia. En un trozo de la historia en que, al amparo de la fuerza brutal, sucumben naciones milenarias, en medio de la indiferencia y del cruzamiento de brazos de las otras entidades nacionales, es criminal no tomar precauciones y no evitar los peligros. Indoamérica es rica. Y es débil. Una Alemania

dueña del cetro de Europa, apoyada por Italia y por Japón, puede movilizar una acción contra nosotros, de presiones económicas y militares, de agitación por medio de sus cientos de miles de alemanes e italianos, instalados ya en Brasil, Argentina, Chile y de los japoneses repartidos en el Perú, Brasil y México.

ALIANZA CON LOS ESTADOS UNIDOS

Sólo hay una potencia mundial directamente interesada en impedir estos planes: Estados Unidos de América del Norte. Inglaterra sabe que su red de inversiones puede mantenerse bajo cualquier bandera y en nombre del practicismo británico llegaría a cualquier arreglo solucionador. Otro es el caso de Estados Unidos, cuyos intereses en nuestro continente son de primera importancia. Una empresa norteamericana, la Standard Oil, controla casi toda la producción de petróleo. Otra, de los Guggenheim, es dueña del cobre. Sus importaciones son las primeras en orden de importancia en Indoamérica. Sería absurdo negar que, en el terreno económico, Indoamérica es, a Estados Unidos, lo que Asia o Africa son a las potencias democráticas europeas.

Tal, a mi juicio, la interpretación materialista de la doctrina de la Buena Vecindad. El Presidente Roosevelt, cuya clarividencia nadie puede desconocer, ha comprendido que la diplomacia del dólar, agresiva y violenta, no le hubiera proporcionado bases de simpatía para una política de convergencia como la que ahora se señala. Su política de la Buena Vecindad está destinada a ganar la confianza de los indoamericanos para emprender, juntos, la cruzada contra un plan totalitario.

Desde nuestro punto de vista indoamericano, frente al dilema que la historia nos presenta, ¿cuál de ambos peligros es menor? A esto han respondido, unánimemente, los partidos populares de Indoamérica. El peligro totalitario es el más inmediato y urgente, porque, como en los casos de Austria y Checoslovaquia, apareja la total supresión de la autonomía política nacional y, en el orden interno, acarrea la más brutal dictadura, rebajando la dignidad del hombre al simple rol de un esclavo. Todas las teorías sobre los de-

rechos de primacía de la raza aria, evidenciados por Hitler y Mussolini, nos indican cuál sería el triste destino de los hombres del continente moreno frente a las potencias totalitarias.

Por ende, resulta clara la urgencia de una alianza indonorteamericana, como la llamó Haya de la Torre en su definidor artículo "La Doctrina de la Buena Vecindad, ¿garantía definitiva?", a los efectos de detener el peligro mayor.

UNION DE INDOAMERICA

Pero una alianza entre ambas porciones del continente, en la situación actual, tiene los grotescos caracteres de la alianza de un elefante con 20 gatitos. En las condiciones actuales, no seremos aliados, sino carga; no seremos ayuda, sino protegidos. Y aquí surge una divergencia de criterios.

Nosotros sostenemos, siempre desde un ángulo de interpretación económica, que Estados Unidos es una potencia industrial desarrollada, necesitada de nuestras materias primas y de nuestros mercados de consumo. Y que nuestros 21 pueblos, con diferencias de grado, constituyen países-campo, semicolonias económicas, cuyas riquezas están en manos de intereses norteamericanos, y que, por ende, tienen intereses de conjunto homogéneamente diversos a los de Estados Unidos.

De tal planteamiento se infiere la necesidad de la unión de nuestros 20 pueblos americanos en una Confederación que, así formada, tendrá personería moral y efectiva para solucionar los problemas económicos con Estados Unidos, producir el equilibrio continental —elefante a elefante— y pactar una alianza de veras, sobre intereses mutuos.

Hay quienes consideran —de un lado— que deben arriarse las banderas de la lucha antimperialista y que, frente al peligro fascista la alianza debe ser sometimiento sin condiciones. Otros —por otro lado— arguyen que la oposición de intereses es insoluble y que no cabe coincidencia con los Estados Unidos.

No estamos ni en una ni en otra posición. Creemos que ahora, cuando Estados Unidos nos necesita, es el momento de hablar con

elevada y digna franqueza. A la economía americana de conjunto —nación industrial—, le interesa el desarrollo de nuestros países, el aumento de su capacidad adquisitiva, y, por ende, no puede mirar con miopes ojos de error una política de reivindicación de nuestras fuentes de riqueza que nos permita un crecimiento armonioso y nuestro fortalecimiento internacional. Estimamos que, dialécticamente, no hay oposiciones insolubles y que es posible aun más, que es necesario llegar a un entendimiento económico de Indoamérica con Estados Unidos como base de una alianza que podrá proyectarse en el futuro con caracteres de firmeza.

LA DOCTRINA DE LA BUENA VECINDAD

Hecho auspicioso que permite afirmar que esta posibilidad no es utópica, es la formulación de la Doctrina de Buena Vecindad, puesta en práctica con noble sinceridad por el Presidente Roosevelt. Sería mezquino desconocer que hay un abismo entre el lenguaje de Coolidge, que afirmaba que detrás de cada dólar marcha la bandera, y el de Roosevelt, y entre los hechos de quienes mandaban tropas a Veracruz, a Nicaragua, a Haití, y quien ha dado independencia a Filipinas, ha suprimido la Enmienda Platt, y ha tolerado, pasivamente, la reivindicación del petróleo mexicano.

Pero, la Doctrina de la Buena Vecindad, ¿es una garantía definitiva? Con gran lucidez Haya de la Torre observa que ella es una doctrina del actual Gobierno de los Estados Unidos, mejor dicho, del Presidente Roosevelt, personaje transitorio en la Casa Blanca. Mañana, un infeliz resultado electoral puede alejarlo de su posición y sustituirlo con los hombres siniestros de Wall Street. ¿Habríamos hecho bien los indoamericanos en abandonar nuestras insignias, nuestro sentido de las específicas conveniencias de Indoamérica, para sumirnos en un "panamericanismo", hijo putativo de aquel otro de Coolidge y de Wilson, que ahora se resucita empeñosamente?

La garantía definitiva para nuestros 20 países es su unión y, por ende, su propia fuerza, su autonomía económica y política, su propio peso en el mundo. Trabajar por ella es trabajar por los intereses permanentes del sector del mundo en que vivimos. La Doctri-

na de la Buena Vecindad es, un hecho auspicioso que ojalá se prolongue y multiplique en pruebas; pero, para nosotros, no es una garantía definitiva que aconseje desarbolar nuestros barcos y alejarlos de su propia ruta, como otros han hecho, con miopía que el mañana habrá de relievar.

Esto no significa, desde luego, digámoslo bien claro, disminuir la colaboración con el pueblo norteamericano, ni el aplauso al Presidente Roosevelt. Precisamente le da valor a la adhesión. Porque hay dos formas de colaborar: la del sometimiento y la del aportte constructivo.

El Presidente Roosevelt es una garantía para Indoamérica mientras mantenga su política de Buena Vecindad, y, como él, cualquiera que la continúe. De ahí que, cuando en el Congreso se argumentaba que no debía hacerse nada que debilitara su posición mundial —caso de Puerto Rico—, nosotros repusiéramos que, al contrario, era interesante que hasta los partidarios de la acción antimperialista, los amigos de la emancipación de Puerto Rico y de la libertad de Albizu Campos vieran con buenos ojos al Presidente Roosevelt.

Además, nadie nos ayuda mejor que las fuerzas populares y democráticas de los Estados Unidos y este planteamiento de diferenciación entre su país y los nuestros, no supone la exclusión, sino la colaboración de todos nuestros pueblos en una campaña común de orientación. Recordemos que el pueblo americano dió hombres como Waldo Frank, Scott Nearing, Margaret Marsh, Leland Jenks, y tantos otros, más antimperialistas que muchos "demócratas" de Indoamérica....

TIRANIAS Y DEMOCRACIAS

Otro punto de divergencia fué algo que parece digno de Ripley. Hubo delegados que sostuvieron que el frente democrático debía realizarse con todos los gobiernos de Indoamérica. ¡Es decir, que para defender la democracia se llamaba a usurpadores y tiranos, a hijos del fraude y de la violencia, en una amalgama confusionista capaz de producir ocasión a todas las traiciones.

En una batalla tenaz, conducida, empero, dentro de moldes de absoluta discreción, se impuso el criterio lógico: la defensa de la democracia continental supone la lucha contra los regímenes oligárquicos y despóticos que aun son vergüenza de Indoamérica. Y quedó en claro, por parte de ciertas delegaciones, que esta democratización corre por cuenta de cada pueblo y no por mano ajena.

En suma: excepto estas salvedades, cuyo fallo darán los lustros, futuros, resulta evidente que el Congreso tuvo un objetivo y una significación fundamental que conviene subrayar: EN INDOAMERICA EL FASCISMO NO PASARA.—MANUEL SEOANE".

Por último, este es el "Manifiesto del Partido Aprista Peruano" a la Nación, fechado en junio de 1940:

"En esta hora decisiva del mundo que tan hondamente repercute en nuestra patria —parte de un todo continental sobre cuya seguridad gravitan sombrías amenazas—, el Partido Aprista Peruano no puede permanecer en silencio.

Por su invariable inspiración de nacionalismo auténtico, por su arraigado sentido popular y por su dinamismo antimperialista, el gran movimiento político y social que nosotros representamos y dirigimos tiene el deber cívico de plantear a la opinión pública los puntos de vista del más vasto sector organizado de la ciudadanía.

Consideramos que el Perú debe asumir ya —como lo están haciendo otros países indoamericanos y los mismos Estados Unidos del Norte— la certera tarea de armonizar todas sus fuerzas en un gran impulso común que se anticipe sabiamente a la agudización de una crisis cuyas dimensiones y consecuencias es muy difícil augurar.

Y es alto imperativo de todos los que por ser hijos de la patria somos miembros de la República, elevarnos por sobre las contingencias de cualquier egoísmo para asumir plenamente nuestra función cooperadora dentro del Estado procurando la coordinación de un amplio y claro pensamiento directriz.

No es pesimismo derrotista señalar el peligro cierto e indicar que no hay tiempo que perder para afrontarlo con ventaja. Ni es optimismo afirmativo confiar en la magia de algún poder extraño que salve de los riesgos por prodigio, para no darse el trabajo de preverlos. Y los peligros que hoy confronta el mundo sólo tienen precedente en las conmociones decisivas que han cambiado los rumbos de la Historia; vastas contiendas que a todos comprometen y de las que sólo se salvan las naciones organizadas y vigorosas con clara conciencia de su defensa vital.

El Perú, patria independiente y miembro de una familia de pueblos a los que tantos vínculos eternos señalan un común destino, tiene en esta hora deberes nacionales e interamericanos que son ineludibles y sagrados. No sólo como Estado que jamás habrá de permitir la inmolación de su independencia y soberanía para caer bajo forma alguna de coloniaje, sino como importante región de un mundo nuevo al que la evolución de las fuerzas históricas señala la misión egregia de ser el escenario de una próxima etapa del progreso humano.

CRISIS INTERNA Y URGENCIA DE COOPERACION

Para cumplir sus deberes de Estado libre y responsable y para aportar eficientemente su concurso a cualquier acción común —que las imprevisibles proyecciones de la guerra impongan al Perú como parte del conjunto de repúblicas americanas— es inaplazable un efectivo plan de acción estadual, con la participación orgánica de todos los elementos que en nuestra patria contribuyen al desarrollo de su economía y de su cultura. Los móviles iniciales y principales de la guerra europea son económicos. Y económicas sus inmediatas y más graves y extensas proyecciones. Nuestras prontas medidas defensivas deben ser, por eso, primariamente, económicas y, en esta dirección, sociales y políticas. Porque "tras del comercio va la bandera y tras la bandera los ejércitos". Y en esta lucha de grandes imperios, que es, primordialmente, gigantesca batalla por mercados, la filosofía de los agresores comporta una moral de conquista y de invasión que no reconoce el respeto de los débiles, que se cohonesta con un absurdo principio racial de hegemonía blanca sobre los pueblos no arios y que destruye brutalmente todo lo que el Derecho consagró en normas de convivencia humana.

Enjuiciar certeramente nuestra realidad económica; abarcar sin escepticismo ni ilusiones los alcances de la crisis interna producida por la guerra; hacer saber a todos los que formamos parte del conjunto social peruano cuál es la situación real del país y cómo debemos cooperar unánimemente a resolverla, sería, en opinión de nuestro Partido, la línea política general que esta hora inquietante del mundo nos exige en lo que a la economía nacional incumbe.

Y en el orden de las relaciones internacionales, el Aprismo insiste en su tenaz llamado bolivariano a la Unión de los pueblos de Indoamérica por una nueva conciencia de solidaridad y de ayuda para la defensa de toda agresión o penetración imperialista y para la cooperación —sobre estas bases— con los Estados Unidos del Norte en una alianza antitotalitaria equilibrada por recíprocas obligaciones y derechos.

El Partido Aprista Peruano plantea así como medios prácticos y necesarios para orientar la política del Estado —en acuerdo con las extraordinarias condiciones que nos impone la guerra europea— tres iniciativas que hace mucho tiempo preconiza: la Unión Nacional y la reunión de un Congreso Económico, para afrontar la crisis interna, y en el orden internacional la cooperación con la línea política defensiva de este Hemisferio que el Presidente Roosevelt propugna condicionada por una vigorosa y estable solidaridad indoamericana.

LA UNION NACIONAL

Desde hace un año y con la elevada finalidad de coordinar todas las fuerzas políticas nacionales en un gran movimiento restaurador de la constitucionalidad, de la soberanía popular y de la moral ciudadana en el país, el Partido Aprista Peruano hizo un franco llamamiento a la Unión Nacional. Con la oferta amplísima de apoyar sus decisiones, sin pedir más que libertades, garantías y derechos para todos los peruanos, mantuvimos tesoneramente nuestra

invocación patriótica que por desgracia para el Perú no fué escuchada.

La guerra europea y sus tremendos alcances mundiales han reactualizado el imperativo de Unión Nacional con toda la trascendencia de un supremo llamamiento ante el peligro. En esta contienda sin neutrales, en la que, ya económica o socialmente, ya política o militarmente todos estamos comprendidos, es deber elemental unirse para ser fuertes.

Y en países como el Perú, rico y sin el respaldo bélico que resguarda a las grandes potencias, sujeto exclusivamente al amparo defensivo de una vasta solidaridad interamericana para el caso de agresión, el llamamiento a la Unión Continental, de premiosa vigencia, debe estar respaldado dentro de la república, por una sólida política de Unión Nacional.

Ella, digámoslo categóricamente, no puede ser ni unión a medias, ni simple lema insolvente, retórico y sin lealtad. La Unión Nacional debe hacerse efectiva sobre amplias y generosas bases de conciliación y de supremo interés patriótico. Y puede coordinarse por una armónica conjunción de fuerzas políticas con puntos de vista comunes que, en un país como el Perú donde hay tantos problemas vitales por resolver, es posible articular dentro de un programa de puntos convergentes sobre los cuales, sin duda alguna, la nación entera estará de acuerdo.

En efecto, cada partido o agrupación, cada ciudadano probablemente, puede tener su propio programa, sus particulares iniciativas y conceptos sobre las urgencias nacionales y la manera mejor de satisfacerlas y salvarlas. Dentro de lo mucho que hay por hacer en el Perú, prevalecen una serie de necesidades tan notoriamente imperiosas que, aun acometiéndolas parcial y deficientemente —como ha ocurrido ya— dan a la más circunscrita y desorientada de las políticas relativa prestancia de acierto.

No es difícil, pues, que los partidos y grupos ciudadanos puedan coordinar un programa común de Unión Nacional sobre la base de afrontar conjunta y sinceramente ciertos problemas vitales que todos los peruanos coincidimos en considerar inaplazables. Creación de fuentes de producción; irrigación, vialidad al servicio de los intereses de la economía nacional; incorporación del indio a la vida cultural económica y social del país; educación pública en vasto alcance proporcionado a la magnitud de este problema; reorganización técnica y severa moralización administrativa; reforma, autonomía y dignificación de la función judicial; defensa nacional garantizada por un ejército, una marina y una aviación poderosos; mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo de nuestros obreros, campesinos y empleados; higiene y asistencia social en vasta escala; abaratamiento de subsistencias; mejoramiento del poder adquisitivo de nuestra moneda; impulso a la industria, agricultura y comercio nacionales; apoyo al cooperativismo; puerta abierta al buen inmigrante extranjero que venga a incorporarse constructivamente a la vida nacional; libertades cívicas; solidaridad continental; exaltación de la cultura y de los valores del espíritu, etc. ¿No son puntos de un plan de acción política nacionalista sobre los que todos los peruanos estamos de acuerdo?

– Meditemos ahora en el tiempo que requeriría la realización de un programa de aquella magnitud. Y, aquilatando su verdadera importancia, tendremos que convenir en que la Unión Nacional, con ideario común erigido sobre tales bases, tendrá años de tarea y no necesitará recurrir a otras reformas que son antagónicas o que sólo traerían distanciamientos y divergencias. Dejar de lado lo que nos divida y coordinar lo que nos vincule, sería el lema político de un vigoroso movimiento de unidad peruana que acabaría para siempre con la política de camarillas, que restauraría la juridicidad y, por ende, las libertades populares, que devolvería la paz constitucional al país y que utilizaría los servicios de los mejores, de los más capaces, de los más probos, de los más eficientes.

UN CONGRESO ECONOMICO

En una época de profunda incertidumbre como la que atraviesa el Perú, es deber patriótico de todos los que viven y trabajan dentro de sus fronteras encarar la crisis unidos y apreciando su verdadero carácter. Pueblo y gobierno, capitalistas y trabajadores, agricultores, comerciantes, industriales peruanos y extranjeros residen-

tes en el país, forman un conjunto económico proporcionalmente comprometido por la situación europea. Constituyen las fuerzas vitales del Perú afectadas por las consecuencias de la guerra, y justo es que ante una situación de innegable gravedad, que impone unión y ayuda unánime, concuerden un plan de defensa económica, en cuya realización todos aporten mucho de esfuerzo y algo de sacrificio.

Por eso, propone el Partido Aprista Peruano a la consideración nacional lo que fué punto inicial de su programa de gobierno de 1931: la necesidad de reunir un Congreso Económico en el que tomen parte todos los representantes de la producción y riqueza del Perú —ya nacionales, ya extranjeros—, a fin de que, juntos, investiguen la verdadera situación de la economía del país estudiando un programa práctico de realizaciones eficaces.

En su Manifiesto a la Nación de febrero de 1932, el fundador y Jefe del Aprismo explicando esta iniciativa decía:

"El Congreso Económico —entidad de carácter temporal— aportaría al concurso técnico de todos los participantes de la vida económica del Perú: producción, circulación y consumo de la riqueza nacional y extranjera en el país. Por medio de un trabajo sistemático el Congreso haría una investigación realista, lejos de toda influencia política, del aparato total de nuestra economía. Clasificadas las fuentes de producción, hecha la distinción de nuestros dos grandes sectores de economía: el que depende del capital extranjero y el propiamente nacional, se estudiarían los grados y formas de mutua cooperación. En orden a la producción nacional estimaría su verdadero radio de productividad, su posibilidad de desarrollo, lo que es y lo que puede ser nuestra producción de acuerdo con las necesidades del país; previa verificación por el estudio estadístico que el mismo Congreso debería organizar con el concurso de todas las entidades en él representadas".

Importa ahora subrayar un aspecto singularmente nuevo en esta iniciativa: la participación de los representantes de nuestra economía en las deliberaciones del Congreso propuesto. Cree el Partido Aprista Peruano que nuestro país —y todos los de desarrollo incipiente— ofrecen como característica modalidad la de ser pueblos de doble ritmo económico. La economía

de procedencia no peruana —la gran industria extractiva, la agricultura y comercio de capitales mayores— tiene un dinamismo y tecnificación mucho más intensos y elevados que los sistemas de menor producción y circulación autóctonos. Y por más progreso que éstos hayan alcanzado, siempre en países como los del continente indoamericano, la economía extranjera representa un valor preponderante e importantísimo.

Una prevalencia excesiva de esa economía es imperialismo. Pero una participación controlada, y sistemática de su ritmo económico más progresista y refinado dentro del organismo estatal del país —que necesita de capitales extranjeros— es cooperación. Y en tiempos de crisis como los que vivimos ella debe ser requerida y metodizada.

Es el Aprismo, por su raíz peruanista y su oposición a todo imperialismo, celoso defensor de la soberanía nacional. Consideramos inadmisible que los extranjeros se establezcan en nuestro país formando "minorías" o "quintas columnas". Pero afirmamos que nuestro suelo debe ser hospitalario y propicio a cualquier inmigrante que venga al Perú a trabajar y a someterse a nuestras leyes, a aprender nuestro idioma y a vivir nuestra vida coadyuvando al progreso y bienestar nacionales.

Consecuentemente, creemos que si es lícito y permitido que un extranjero pueda participar en las elecciones municipales, ejercer cargos edilicios, y ser miembro del directorio de nuestro Banco Central, puede legítimamente participar en organizaciones de carácter técnico como sería el Congreso Económico. Porque en él no sólo aportará experiencia y cultura a la solución de grandes problemas nacionales, sino que participaría DE DERECHO en la dirección de la Economía de la que DE HECHO forma ya parte.

Si el algodón, la minería, el azúcar, las industrias manufactureras, los transportes, el gran comercio y los Bancos pertenecen en alta proporción a capitales extranjeros y si esos valiosos intereses pesan en la vida del Estado y sufren los efectos de la crisis, procede incorporarlos al Congreso Económico. Porque unidos a la representación del capital y del trabajo peruanos, los personeros de la economía extranjera en el país cooperarán a encarar la crisis que

la guerra europea ha producido, aportando la contribución que estos tiempos difíciles exigen de todos para la defensa de la comunidad. Y de este modo también, han de ayudarnos a fijar una verdadera línea programática para la dirección de nuestra Economía, hasta hoy sujeta a improvisaciones y tanteos sin auspicio de la confianza pública.

El Congreso Económico así concebido y realizado será un corolario práctico y profundamente democrático de la Unión Nacional en el orden político.

LA UNION DEFENSIVA CONTINENTAL

Actualizado por riesgos innegables el mandato histórico de la Unión Continental —que en la lucha por la Independencia de España tuvo su más aleccionador precedente— adquiere trascendencia singular el nuevo planteamiento para hacer realizable y fecunda aquella unión.

Una Conferencia extraordinaria interamericana ha sido convocada. Nunca como ahora asamblea de tal magnitud impone a cada uno de los Estados de nuestro continente excepcionales obligaciones de contribución eficaz. La Conferencia de La Habana no va a ser una nueva asamblea sin trascendencia, o de espectacular y precaria repercusión en el espíritu de nuestros pueblos como las anteriores.

Por primera vez, quizá, el destino del Hemisferio Occidental y particularmente el de los veinte Estados que constituyen Indoamérica va a ser contemplado y en cierto modo decidido en un Congreso de esa clase. La agresión totalitaria, que es guerra de conquista, guerra de razas, guerra invasora; inmisericorde y ultratecnificada, ofensiva por el imperio del mundo, nos señala, inexorablemente, un puesto en la defensa de la soberanía común y nos enfila entre los países inmensamente vastos y ricos pero militarmente débiles, que son objetivos de la ambición imperialista del totalitarismo. Para resguardarlo no basta la tutela de los Estados Unidos del Norte que por tantos años ha sido, frente a Europa, el vigilante mayor de nuestra independencia. Deber de los Estados indoamericanos es contribuir activa y resueltamente a la afirmación de la soberanía unánime aportando lo que esta guerra exige en el orden político, en el orden económico y en el orden específicamente militar.

Si la Doctrina Monroe va a renovar su vigencia, que ella se convierta en un instrumento jurídico bilateral, y así, en norma dinámica de relaciones justas; alejada de todo riesgo imperialista interamericano de cualquier carácter, que destruiría el equilibrio interno para una perdurable convivencia entre nuestros pueblos.

Si el totalitarismo debe ser combatido en el campo político, que el primer paso para la defensa de las normas democráticas de las Américas se consolide en pacto solemne garantizador no sólo del repudio oficial y externo de los métodos totalitarios de nuestros pueblos, sino del mantenimiento de todos los derechos fundamentales que son respaldo interno de la democracia y signo de las libertades cívicas y humanas.

Si un vigoroso sistema de relaciones económicas entre los Estados de ambas Américas va a ser restablecido, que él no implique artificial y apresurada improvisación de medidas inconsistentes. Una sólida coordinación económica interamericana sería la base más segura para la poderosa unidad defensiva que es necesaria frente a la penetración imperialista del totalitarismo. Pero sólo podrá ser constructiva si constituye verdaderamente un sistema de beneficio común que no admite ni predominios ni privilegios.

Y si un acuerdo previsor de carácter militar va a ser probablemente indispensable, que él permita a los Estados indoamericanos una proporcionada elevación de su poderío bélico actual a fin de dar a nuestra fuerza la efectividad de un factor de cooperación, técnicamente capacitado, para cumplir en esta época —si fuera necesario— el mismo rol glorioso que en la lucha por la independencia tuvieron los ejércitos unidos que consumaron sus victorias inmortales en Ayacucho.

La Conferencia interamericana ha de procurar, sin duda, la enunciación de fórmulas defensivas integrales para los Estados Unidos del Norte y para los Estados de Indoamérica. Aportar la más sustantiva contribución de cada una de nuestras repúblicas para su óptimo acuerdo es tarea de tal trascendencia que sólo podrá cum-

plirse con un amplio espíritu de colaboración. Por eso, si en La Habana deberán concordarse todos los puntos de vista de nuestros países, en cada representación nacional ante la Conferencia convocada deben estar presentes todas las tendencias y opiniones, y, en suma, lo mejor y más expresivo de ellas. Es así, por la Unión Nacional dentro de cada uno de nuestros pueblos, que el movimiento de solidaridad interamericana podrá culminar en permanentes realizaciones como resultado de la trascendental asamblea que va a realizarse.

DEBERES DEL PERU

La guerra europea, su carácter y sus alcances, su sentido y su violencia, han determinado un cambio decisivo en la conciencia política de todas las naciones. Pueblos y gobiernos han modificado puntos de vista, derroteros de pensamiento, idearios y tácticas. El panorama mental del mundo de los últimos veinte años se ha transformado profundamente. El materialismo y la violencia, la barbarie y el desconocimiento de todas las normas tradicionales éticas y jurídicas, han avasallado, con el fanatismo imperialista de los totalitarismos europeos, valores substanciales y normas de criterio y de vida que parecían inconmovibles.

El mundo perfila ahora una tendencia clara hacia la formación de vastos grupos continentales, con sus propias contradicciones y variantes, con su peculiar línea y ritmo de evolución y de cultura. Cada Continente tiene hoy definidas sus características inseparables de espacio y de tiempo históricos. Y en cada uno de ellos se mueve perennemente una diversidad de factores que parecen buscar por caminos antitéticos una fecunda síntesis vital. Ella puede resolverse, como norma política para el mundo, o en la supresión definitiva del derecho de los Estados débiles por prepotencia y hegemonía irremisible de los fuertes, o en la equitativa coexistencia de poderosos e indefensos dentro de una justiciera unidad continental que salve y asegure las libertades nacionales. En las Américas es éste sin duda el ideal de nuestra época. Y si ha de realizarse, él

implicará la mejor afirmación de la soberanía de cada Estado dentro de la gran soberanía del Continente.

La contribución de nuestra patria a la solidaridad defensiva de las Américas contra cualquier forma de totalitarismo, europeo o asiático —fascista, comunista o nazi— impone nuevos deberes a todos los peruanos. Y el primer deber es unirnos. Porque sólo así será posible respetar y fortalecer, dignificar y superar los principios antitotalitarios que son fundamento de la democracia y de la libertad. Y porque, unidos, la plena restauración constitucional y el absoluto respeto a los derechos ciudadanos hará posible la definitiva extirpación de todos los procedimientos no democráticos que significan, con su sola existencia, una peligrosa sujeción de nuestra política interna a los mismos métodos de agresora autocracia que internacionalmente nos amenaza.

Unirnos para la acción común, política y económica del país dentro del plan continental de solidaridad y cooperación. Unirnos, para hacernos fuertes militarmente, aumentando los efectivos de nuestro ejército por un servicio ciudadano sin excepciones y acrecentando la potencia mecánica de nuestras defensas terrestres, aéreas y navales. Unirnos, en fin, para hacer del Perú un gran país, digno de su misión nacional e indoamericana, por la Justicia Social, por la Libertad y por la Cultura, por el respeto al derecho de todos los peruanos y por el repudio definitivo de lo que entre ellos pueda significar odio, egoísmo y deshonor.

Unidos para olvidar generosamente rencores y excesos. Y sabiéndonos peruanos, cumplir con lealtad nuestra tarea ilustre de miembros de un gran Continente y de ciudadanos de una patria gloriosa que todos amamos y a la que todos queremos engrandecer.

Este es el llamamiento que una vez más hace el Aprismo, tendiendo la mano a los adversarios, e invocando a la unión de todos los peruanos".

LIMA, JUNIO DE 1940.

EL COMITE EJECUTIVO NACIONAL DEL PARTIDO DEL PUEBLO

B) *Posición del P. Socialista de Chile*

Texto de la "Declaración" formulada por el Partido Socialista de Chile el 24 de junio de 1940:

"POSICION INTERNACIONAL DEL PARTIDO SOCIALISTA"

Frente a la situación internacional creada por las repercusiones de la guerra europea, proyectadas en forma amenazante sobre nuestro continente, el Partido Socialista puntualiza su posición ante el país y las clases trabajadoras como partido con responsabilidad histórica y como organización integrante de un Gobierno popular y democrático.

1.º El Partido Socialista reafirma el carácter americano de su política internacional, establecido en su Declaración de Principios, y señala conjuntamente el carácter interimperialista del conflicto europeo desencadenado por las potencias fascistas;

2.º Reitera la necesidad de defensa del régimen democrático en contra de la penetración fascista y nazista, cuyo régimen de dominación y dictadura todos los pueblos americanos tienen el deber de impedir que se trasplante hasta nuestro continente. En este sentido, declara que proseguirá la más enérgica lucha contra el fascismo y nazismo y contra las pretensiones dictatoriales de los elementos reaccionarios coludidos en Chile como en otros países de América con esos regímenes nefastos;

3.º La lucha contra el fascismo y el nazismo supone, a la vez, la imperiosa necesidad de perfeccionar las instituciones democráticas en forma de que todos los gobiernos americanos sean la auténtica expresión de las mayorías populares;

4.º Plantea la urgencia de la unión solidaria de todos los países latinoamericanos en defensa de la integridad de nuestro continente contra la penetración nazi-fascista, a la vez que el entendimiento, en un mismo plano de soberanía, con el pueblo norteamericano. El acercamiento más estrecho de todos los pueblos de Norte

y Sudamérica deberá basarse en relaciones de recíproco respeto y beneficio común, libre de cualquier pretensión imperialista;

5.º El Partido Socialista reafirma el principio de libre determinación de los pueblos y el derecho a darse democráticamente el Gobierno y la orientación política que más convenga a sus intereses soberanos. Ningún otro país ni Gobierno puede, por lo tanto inmiscuirse en la vida política o económica de los países de América.—*Comité Central Ejecutivo*".

Esta declaración fué fundamentada en la Cámara de Diputados de Chile por el diputado Manuel Eduardo Hübner, (junio 25 de 1940), quien dijo en las partes más culminantes de su discurso:

"Habiendo avanzado el conflicto europeo hasta los extremos que todos conocemos, los países de la América Latina estamos directamente involucrados en la tercera fase de la conflagración, aquella que advendrá cuando —terminada su etapa de acción terrestre— las potencias totalitarias emprendan la guerra marítima en todos los océanos del mundo y entren en juego, a una sola voz de orden, las Quintas Columnas que tienen minados a nuestros países en su gran mayoría.

Permanecer, pues, cruzados de brazos, ante el peligro cierto de perder hasta esta precaria independencia política que tanto nos ha costado mantener en pie, es no solamente un acto de inercia gubernativa, sino de inconciencia nacional y hasta de leso patriotismo latinoamericano.

Cinco aspectos nos bastarán para puntualizar ante Chile y especialmente ante sus clases trabajadoras, nuestra posición internacional: para hacerlo como partido del pueblo, con responsabilidad histórica claramente determinada, y como organización política integrante de un Gobierno popular y democrático.

Reafirmamos, en primer término, el sentido americano de nuestra política internacional. Corroboramos el propósito inicial que a este respecto tuvimos como Partido al nacer a la vida pública chilena: una América Latina unida por la acción de sus masas tra-

bajadoras, germen y base de la futura Federación de Repúblicas Socialistas de América Latina, con la cual soñamos y por la cual luchamos. Declaramos, una vez más, que este punto esencial de nuestra Declaración de Principios es el guía de nuestro concepto de los problemas exteriores y también la clave indirecta del propio desarrollo de Chile en cuanto a nación integrante de un Continente impúber, prodigiosamente rico, llamado a una alta misión histórica el día en que articule a todas sus precarias Repúblicas de hoy en una soberbia anfictionia de pueblos democráticos y progresistas. Y al hacerlo, al reafirmar nuestra fe en la joven América Nueva que habrá de alzarse algún día, tal vez si más cercano de lo que muchos piensan, sobre las ruinas y los escombros de un mundo putrefactado por sus injusticias y sus monstruosas contradicciones, queremos también señalar otra vez el plano de obligatoria prescindencia en que nos encontramos con respecto a los asuntos del Viejo Mundo y especialmente en lo que atañe a los motivos y el carácter del actual conflicto bélico. Sostenemos, otra vez, que nada tenemos que hacer, ni como nación, ni como continente en una conflagración en la cual se baten encarnizadamente dos imperialismos: el imperialismo fascista y el ciego imperialismo de los democracias plutocráticas y burguesas. Destacamos especialmente este carácter de la guerra desencadenada en Europa por las potencias fascistas. Y lo hacemos así porque las guerras de conquista, de apetito económico, de violenta rebatiña de mercados, no pueden sino ser miradas con horror por pueblos que, como los nuestros, aun están naciendo a la vida del trabajo y a la vida de la cultura.

Reiteramos, en segundo lugar, nuestra posición abiertamente antifascista en Chile y en la América Latina. Reiteramos la urgencia de defender el régimen democrático en manos del pueblo contra la incesante penetración fascista y contra el riesgo evidente de que aquella penetración tome pronto la forma franca de una provocación o una invación guerreras. Reiteramos el deber imperioso en que están los pueblos de ambas Américas de impedir que se trasladen a nuestras tierras esos regímenes de dominación guerrera y yugo espiritual. Reiteramos que continuaremos nuestra lucha incesante contra todas las formas de fascismo que puedan introducirse en

Chile o en la América toda. Reiteramos, por último, que combatiremos especialmente todas las derivaciones criollas del totalitarismo fascista y, especialmente las pretensiones y maquinaciones dictatoriales con que la reacción de nuestros países, coludida con aquellos regímenes, pretende reconquistar el poder perdido o mantenerse en él contra la expresada voluntad de las grandes mayorías oprimidas y explotadas.

Pues queremos manifestar al mismo tiempo, como un tercer punto de nuestra plataforma de lucha internacional, que la batalla contra el fascismo en todas sus formas no podrá hacerse con buen éxito en la América Latina, si no se perfeccionan previamente las instituciones democráticas actuales. Si no acceden al poder las grandes masas hoy desconectadas de la vida del Estado. Si las abrumadoras mayorías populares no se expresan auténtica y claramente en todos los gobiernos americanos. Si la democracia meramente política que rige en el continente no deja de ser la formulación exclusiva de ciertos sectores privilegiados que no tienen ni pueden tener interés vital en combatir la penetración fascista.

Vamos todavía más lejos en el cuarto punto de nuestra acción: unión solidaria de todos los países de nuestro continente y entendimiento de todos ellos, en conjunto, pero en un mismo plano de soberanía, con el pueblo de los Estados Unidos. Declaramos que sólo así puede defenderse con éxito la integridad de nuestra América, como también la del Nuevo Mundo, contra los peligros del victorioso avance nazi-fascista. Manifestamos que sólo ahora, a la luz sanguinolenta de la guerra mundial, acosados todos por un peligro común, se presenta la oportunidad de dar un paso efectivo por el acercamiento perdurable de los pueblos de América Latina. Afirmamos, inclusive, que ellos podrán transformar la derrota posible en una victoria segura si saben, a tiempo, con los ojos fijos en la realidad, dar valientemente el paso adelante que la América espera y que nuestro destino y nuestra misión histórica exigen y reclaman.

Mas, para ellos es preciso encararse frente a frente con las aplastantes realidades de la hora. Es preciso entender que la defensa del Nuevo Mundo es común a ambas Américas y que ella sólo podrá realizarse en un plano de igualdad, hija del peligro, dentro

de un sistema de relaciones de reciproco respeto y de beneficio común, por entero liberado de toda pretensión imperialista de la gigantesca República del Norte. Hay que decir, y de una vez por todas, que esta unidad de las Dos Américas está impuesta por los acontecimientos universales y que ella será posible mañana, en La Habana, en la medida en que los Estados Unidos de Norteamérica necesiten de nuestro apoyo moral, nuestro respaldo económico y hasta nuestra colaboración militar.

Y no podremos prestar ese apoyo que los Estados Unidos necesitan y piden ahora con insistencia, si no cambian en lo fundamental las relaciones que hasta ahora han mantenido entre sí las Dos Américas. Será menester para ello alterar las bases que sostienen al actual Panamericanismo, que hasta hoy día, después de cincuenta y un años de vida y a lo largo de ocho conferencias panamericanas, numerosos congresos de especialidades y dos conferencias (Buenos Aires, diciembre de 1936, y Panamá, octubre de 1939), para la consolidación de la paz, no sigue siendo otra cosa que una aspiración sentimental un motivo de discursos tan periódicos como repetidos y un conjunto de aspiraciones no cumplidas en los campos económico, social, político, intelectual y militar. Verdad es que aquel panamericanismo ha llegado a constituir un mecanismo jurídico completo en lo que se refiere a la solución pacífica de conflictos interamericanos y la afirmación de la integridad y la soberanía de cada uno de nuestros países. Pero no es menos cierto que ese mismo panamericanismo ha sido un instrumento nulo para asegurar la cooperación intelectual, el intercambio comercial con fines continentales y la defensa de la integridad territorial del continente a la vez que de la riqueza y la independencia económica de la América Latina.

Urge, pues, al calor del peligro guerrero, transformar en activo y creador aquel panamericanismo retórico y pasivo. Urge hacerlo ahora que el Presidente Roosevelt ve triunfar en definitiva su política del "good neighbourhood" o de la buena vecindad para con la América Latina y ahora que ésta comienza a olvidar, y para siempre, la otra política, la del "Big-Stick" o del garrote, que caracterizara a la época en que Wall Street imponía sobre la Casa Blanca y sobre los anhelos reales del pueblo norteamericano la voluntad omnímoda de los "bigfellows", los banqueros y magnates industriales de Wall Street y Down Town en general. Urge, sobre todo, hacerlo ahora que los Estados Unidos se ven obligados a buscar la cooperación de la América Latina en el cuádruple plano ético, político, económico y militar, y están constreñidos, por consecuencia, a desarrollar con nosotros, de acuerdo con nosotros, una amplia política de fomento económico y defensa militar de la América Latina".

C) *Varios*

También consideramos de interés reproducir la "Declaración de Montevideo" sobre la necesidad de una Alianza Continental. A ella formulamos las "Reservas" que se publican en la página 136 de este mismo libro acompañados por delegaciones del P. Socialista de Chile, Nacionalista Independiente del Uruguay, Democrático Nacional de Venezuela, Vanguardia Popular Socialista de Chile, Socialista Obrero de Argentina, etc. Al Congreso asistieron, además, delegaciones de los siguientes partidos: *Argentina*: Unión Cívica Radical, Partido Radical, Partido Demócrata Progresista, Partido Socialista; *Brasil*: Alianza Libertadora; *Cuba*: Partido Revolucionario Cubano, Unión Revolucionaria, Partido Liberal; *Chile*: Partido Radical, Partido Democrático, Partido Radical-Socialista; A. P. L.; *EE. UU.*: American Labour Party; *México*: Partido de la Revolución Mexicana; *Paraguay*: Partido Revolucionario.

He aquí el texto de la declaración:

Considerándo:

Que en presencia del designio de dominación mundial evidenciado por las potencias totalitarias, es deber supremo de las Américas, para con la humanidad y consigo mismas, organizar la defensa de su independencia e integridad del sistema democrático que aquel designio pone en peligro,

Que para tal fin se hace necesario formular una concepción actual de la solidaridad americana, tomando en cuenta las circunstancias internacionales ya mencionadas y la política democrática y de buena vecindad del Presidente Roosevelt;

Que es preciso acentuar y sistematizar la cooperación y la unidad de propósitos y acciones de los pueblos de América Latina con los de América del Norte;

Que la defensa continental de la democracia implica la lucha por la democracia real y efectiva en cada uno de nuestros países, especialmente en aquellos donde minorías privilegiadas son dueñas del poder político y se inclinan naturalmente hacia el fascismo, lo cual exige la organización de los sectores populares para impedir la entrega al totalitarismo de naciones cuyos pueblos son eminentemente democráticos;

Que la política de Buena Vecindad la interpreta el Congreso Internacional de las Democracias de América como un grande y auspicioso acontecimiento histórico, cuya aplicación y desarrollo involucra el reconocimiento del derecho de todos los países a su independencia, el absoluto rechazo de las conquistas territoriales, la proscripción de los sistemas compulsivos para el cobro de las deudas, el repudio de todo contralor económico o administrativo por parte de otras potencias, el desconocimiento total del pretendido principio de las minorías dentro de la nación soberana y el rechazo del concepto imperialista de la extraterritorialidad como derecho ejercido por personas o empresas, todo lo cual atenta contra el principio básico del sometimiento estricto de todos los habitantes y actividades de un país libre a las leyes dictadas por el mismo en el ejercicio de su plena soberanía; y

Que las urgencias de la hora actual, derivadas de los actos lesivos del derecho de los pueblos, cometidos por los agresores totalitarios, imponen como tarea ineludible una pronta unidad de todas las fuerzas democráticas, único camino efectivo para asegurar la paz y preservar las conquistas de la civilización y obligan a proclamar como necesaria y apremiante la acción homogénea y concorde de los pueblos y las naciones americanas en defensa de la democracia y de la libertad del continente;

El Congreso Internacional de las Democracias de América, resuelve:

1.º Promover la Alianza de las Américas,

a) Creando la Confederación de las Democracias de América, integrada por los partidos democráticos de todo el Continente; y

b) Exhortando a las fuerzas populares del hemisferio a que inicien en sus respectivos países movimientos nacionales tendientes a obtener o exigir la acción conjunta de los Estados en favor de la defensa de la soberanía y la integridad de los países americanos, de acuerdo a sus respectivos medios y necesidades, aplicando en primer término métodos económicos, políticos y culturales de defensa; la acción solidaria contra la ingerencia de los países totalitarios en la vida de América, y la codificación de la doctrina de la Buena Vecindad, especialmente en lo que concierne al ejercicio de la plena soberanía de los pueblos contra los principios de la extraterritorialidad de individuos aislados, minorías o intereses económicos.

2.º Invitar a los partidos democráticos de América a que ratifiquen los Estatutos de la Confederación, aprobados por sus representantes ante este Congreso, sobre la base del proyecto de Baltasar Brum; y

3.º Citar a los mencionados partidos para que designen los mandatarios que han de representarlos en la primera asamblea de la Confederación de las Democracias de América, convocada para el 20 de septiembre de 1940, en la ciudad de Washington.

II

D. DECLARACIONES EN EE. UU.

En un discurso pronunciado en el Radio Forum de la National Broadcasting Corporation, el Secretario del Departamento de Agricultura, Wallace, declaró que las naciones americanas debían tomar "rápidas y memorables decisiones" para evitar que Hitler logre dominarlas mediante su política económica de dividir a ambas Américas para vencerlas.

Dijo que "a menos que evitemos que tenga éxito en este hemisferio la estrategia de Hitler de dividir para reinar, tanto los Estados Unidos como nuestras hermanas, las Repúblicas del sur, estaremos en grave peligro".

Acusó a Hitler de tratar de enemistar entre sí a las naciones americanas y de tratar de transformar a los Estados Unidos y a la América Latina en agrios competidores, recomendando la formación de un frente unido contra la Europa dominada por Hitler.

Luego agregó: "Hitler puede llegar a ser el amo de toda la Europa. Nosotros hemos vuelto las espaldas a cualquiera débil política de apaciguamiento que podría costar, posteriormente, millones de vidas americanas. En vez de ello, hemos elegido la preparación como camino que conduce a la paz. Debemos llegar a ser lo suficientemente fuertes para inspirar miedo y respeto a cualquier agresor. Está en camino el programa militar que tiende a la seguridad territorial del hemisferio; el próximo paso es un programa comercial panamericano que tienda a la seguridad económica del Nuevo Mundo, cuyas 21 Repúblicas, nosotros inclusive, deben tomar algunas decisiones rápidas y memorables.

"Las noticias que llegan de Sudamérica indican que la estrategia de "dividir para reinar" ha sido ya ensayada. Hitler trata de separarnos unos de otros, actuando cada vez con un solo país.

"Nuestros vecinos sudamericanos tienen grandes excesos de trigo, maíz, algodón y petróleo, productos que nosotros tenemos también en abundancia. Si Hitler logra vencer a Gran Bretaña, estará en situación de hacer lo que parecerán ser ofrecimientos atrayentes para los excesos de la América Latina. Siguiendo la estrategia que adoptó en Europa, tratará de que en este hemisferio, nos consideremos unos a otros como agrios competidores, y no como vecinos espacio vital, y afirmó que Suiza, Holanda y Bélgica tienen una control.

"Si las exportaciones del Nuevo Mundo se acercaran a cero, Hitler tendría su oportunidad para fomentar las disensiones, lanzando a un país contra otro con ofrecimientos para sus sobrantes y luego amenazándolo con retirarlos a menos de que se le hicieran concesiones económicas y políticas. Esto no es una profecía,

sino simplemente la extensión, al Nuevo Mundo, de las operaciones alemanas de los últimos años.

"Las Repúblicas americanas pueden reducir las posibilidades de un ataque militar si unifican su poder económico; ellas controlan en gran parte el petróleo, los alimentos y las fibras que la Europa necesitará después de la guerra pero solamente si América consolidara sus ventas de materias primas en una gran corporación interamericana de exportación podrá estar en posición fuerte para regatear con Alemania. Tenemos poder económico y oro; ha llegado el momento de utilizarlos en forma positiva, para poder hacer frente a una Europa Unida con un nuevo mundo unido.

"Reconozco que Gran Bretaña tiene probabilidades de triunfar al final, pero aun entonces sería esencial que América presentara un frente unido y estableciera el comercio mundial sobre una base sensible que permitiera que la hambrienta Europa pudiera ser alimentada sin arruinar al Nuevo Mundo" (1).

BENNINGTON (Vermont), 15.—(U. P.)—Mr. Henry Wallace, Secretario de Agricultura, pronunció un discurso en el que declaró:

"Hitler está decidido a subyugar al mundo. Alemania considera al Hemisferio Occidental como su terreno de caza eventual."

Afirmó que ni los Estados Unidos ni las demás naciones de este hemisferio, "podrán escapar de las garras de Hitler, a menos de realizar un gran esfuerzo".

Mr. Wallace ridiculizó las quejas alemanas de que carecen de espacio vital, y afirmó que Suiza, Holanda y Bélgica tienen una densidad humana dos veces mayor con relación a su superficie que Alemania, y nunca han sentido la necesidad de lanzarse a la guerra para ganar más espacio.

"El grupo que rodea a Hitler está decidido a subyugar al mundo directa o indirectamente, mediante la combinación de la guerra económica, penetración de "quinta columna", propaganda

(1) "El Diario Ilustrado". Stgo. Chile, 1.º de julio de 1940.

y noticias controladas, además del terrorismo de la Gestapo y una espada afilada para liquidar decisivamente cualquier discusión.

"Si Alemania ganara esta guerra, tendría a su completa disposición todos los recursos de los continentes europeo y africano, y esclavizaría a una población de 400.000,000 de almas.

"En muchos aspectos, sería mucho más poderosa que el Nuevo Mundo todo junto. La opinión pública americana no se ha dado cuenta todavía de la magnitud del problema que se plantea."

"El Mercurio", Santiago, Chile, junio 16/940.

BIBLIOGRAFIA

(Obras de referencia para los distintos temas abordados)

Arbayza, Genaro.—"La Tirania N.º 1 de Sudamérica", en "Current History", N. York, Oct. 1938.

Aguzzi, Aldo.—"Economía Fascista", Montevideo.

Amadeo, Tomás.—"Las Razas". Bs. Aires, 1936.

Beals, Carleton.—"Fire on the Andes". New York, 1938.

" " "America South". New York, 1938.

" " "Swastica over the Andes". "Current History", 1939, y Revista "Hoy", Stgo., Dic. 29, 1939.

Bujarin, Nicolás.—"El Materialismo Histórico". Ed. Cenit.

" " "La Economía Mundial y el Imperialismo".

Barres, Phillip.—"La verdad sobre Alemania". Ed. Ercilla.

Benjamin, René.—"Mussolini y su Pueblo". Ed. Ercilla. Santiago (Chile), 1937.

Bodin, Charles.—"Economía dirigida, economía científica". Bs. Aires.

Bordon, Rodolfo.—"La penetración imperialista y la cuestión social en Paraguay". 1932.

Betancourt, Rómulo.—"Problemas Venezolanos". Stgo., Chile, 1940.

Bunge, Augusto.—"La Guerra del Petróleo en la Argentina". Buenos Aires, 1933.

Behrendt, Richard.—"La situación actual de la Economía Americana". (Univ. Panamá, N.º 11.)

Bidwell, P. W.—"Latin America, Germany and the Hull treaties", (For Affs., N.º 17.)

Cox, Carlos Manuel.—"Ideas Económicas del Aprismo".
Cox, Carlos Manuel, y Pedro Muñiz.—"El petróleo e Indoamérica". Buenos Aires, 1940. Ed. Servir.
Cossio del Pomar.—"Haya de la Torre o el Indoamericanismo". Bs. Aires, 1938.
Congreso Obrero Latinoamericano.—Conclusiones. México, 1938.
Colbourne, Mauricio.—"La Economía Nueva". Ed. Labor.
Crokart, Jacques.—"Le Méditerranée Americaine". Paris, 1927.
Cardenal Faulhaber.—"Judaismo, Cristianismo, Germanismo". Ed. Ercilla, Chile, 1937.

Dehillotte, Pierre.—"Gestapo". Payot, Paris, 1940.
Dietrich, Wolfram.—"Simón Bolivar y las guerras de la Indep. Latinoamericana". Ed. Ercilla.
Declaraciones de Montevideo (Congreso Int. de las Dem. de América). Tip. Atlántida, Mont., 1939.

Eschmann.—"El Estado Fascista en Italia". Ed. Ercilla, 1937.
Elliot Fielding, G.—"The Ramparts we Watch". N. York, 1937.

François, Jean.—"El affaire Röhm-Hitler". Ed. Ercilla, 1940.
Frank, Waldo.—"América Hispana". Ed. Ercilla, Chile, 1937.
Fisch, C. R.—"American Diplomacy". N. York, Holt, 1915.
Fuchs, C.—"Economía Política". Ed. Labor.
"Fortune".—New York, enero, 1938.
Fernández Artucio, Hugo.—Nazis en Uruguay". Montevideo, 1940.

Guy Inmann, Samuel.—"Latin America". New York, 1937.
Gobineau.—"Essai sur l'inegalité des races humaines". Paris, 1853.
Germain, André.—"Alemania vista por dentro". Ed. Ercilla.
Guterbock, F.—"Mussolini y el Fascismo". Ed. Ercilla.
Goebbels.—"Discursos". Berlín, 1938.
Grau San Martín, Ramón.—"La Revolución Cubana ante América". México, 1936.
Glenn, J. B.—"The Future of Pan Americanism based on financial relation. ("Bank, mag.", N.º 136.)

Haya de la Torre.—"El Antimperialismo y el Apra". Ed. Ercilla, 1936, Stgo., Chile.
" " " " "¿Adónde va Indoamérica?". Ed. Ercilla, 1936. Stgo. de Chile.
" " " " "Política Aprista". Lima, 1933.
" " " " "Instructiva Secreta". Stgo., 1932.
" " " " "Teoría y Práctica del Aprismo". Lima, 1931.
" " " " "Por la Emancipación Americana". B. Gleizer, Bs. Aires, 1925.
" " " " "Normas Apristas". Lima, 1940.
Horvath, Odon de.—"Soldat du Reich". Paris, 1938.
Hitler, Adolfo.—"Mi Lucha". Ed. Letras, Stgo., Chile, 1937.
Henri, Ernst.—"Plan de Hitler".
Hart, E. B.—"The Monroe Doctrine". Boston, 1916.
Hutcheson, Robert.—"Expansion, the traditional policy of the U. S."
Hübner, M. Eduardo.—"México en Marcha". Zig-Zag, Chile.

Informe acerca de la realidad peruana. (VIII Conf. Panamericana, 1938).)
Jenks, Leland H.—"Nuestra Colonia de Cuba". Madrid, 1928.
James, Earl K.—"Apra's appeal to Latin America", "Current History", N. York, Oct. 1934.
Jouvenel, Reynaud de.—"Panorama de l'Amerique Latine". Paris, 1936.

León de Vivero, Fdo.—"Avance del Imperialismo Fascista en el Perú". México, 1938.
Lapouge, L.—"L'arien". Paris, 1889.
League of Nations.—"Statistical Year-Bock". 1937-1938.
Ludwig, Emil.—"Los alemanes tales como son". Ed. Ercilla, Stgo., 1940.

Meneses, Rómulo.—"Por el Apra". La Paz, 1933.
Merel, Juan de Dios.—"Principios del aprismo". Stgo., 1936.
Muñiz, Pedro.—"Penetración Imperialista". Ed. Ercilla.
Muñiz, Pedro, y Showing, Carlos.—"Lo que es el aprismo". Bogotá". 1932.

Morales-Alvarez, Raúl.—"La swástica sobre la Cruz del Sur". Rev. "Ercilla". Stgo., abril, 1939.
Minelli, Pablo A.—"Las inversiones internacionales en A. Latina". Ed. Claridad, B. Aires.
Martí, José.—"Nuestra América". Habana.
Massoul, Henri.—"La lección de Mussolini". Ed. Ercilla.
Mussolini, Benito.—"Habla el Duce". Escritos y discursos de Mussolini". U. S. I., Salamanca.
Nicolai, Jorge.—"Psicogénesis". Ed. Ercilla, Stgo.
" " "Biología de la Guerra". Ed. Ercilla, Stgo.
" " "Fundamentos reales de la Sociología". Ed. Ercilla, Stgo.

Orrego, Antenor.—"El Pueblo Continente". Ed. Ercilla, Stgo., 1939.

Plejanov, Jorge.—"El Materialismo Militante". Ed. Ercilla.
Poblete Troncoso, Moisés.—"Problemas Sociales y Económicos de América Latina". Stgo., 1936.
P. Lester y J. Millot.—"Les Races humaines". Paris.
Partido Socialista.—"La Guerra de Europa y la política internacional del Partido Socialista". Imp. Gutenberg, Chile, 1939.
Portal, Magda.—"América Latina y el imperialismo". Lima, 1931.

Rabines, Eudocio.—"Ante la VIII Conf. Panamericana". 1938. Stgo., Chile, Ed. Antares.
Royal Institute for international Affairs.—"The Republics of South-America". Oxford, 1937.
Rauschning, Herman.—"Hitler me dijo". Lib. Hachette, B. Aires, 1940.
" " "La revolución del nihilismo". Ed. Losada, Bs. As., 1940.
Resoluciones del XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S. Edic. en leng. extranj., Moscú, 1939.
Rivas Vicuña, Francisco.—"Las guerras de Bolivar". Bogotá, 1938. Imp. Nacional.
Ratto Ciarlo, José.—"Defensa y Apología de las razas de color". Caracas, 1937.

René Marchand.—"L'Effort Democratique du Mexique". Paris, Ed. Fustier, 1938.

Sarmiento, Domingo.—"Condición del extranjero en América". Tomo XXVIII de la Biblioteca Argentina dirigida por Ricardo Rojas.
Sáenz, Moisés.—"México integro". Imp. T. Aguirre, Lima, 1939.
Scott Nearing y J. Freeman.—"La diplomacia del dólar". México.
Stuart, G. H.—"Latin America and the United States". N. York. Century, 1922.
Schmidt, Walter.—"Geografía económica". Col. Labor, 1936.
Stalin.—"Informe al XVIII Congreso del P. C.". Ed. en leng. extranj. Moscú, 1939.
Siegfried, André.—"América Latina". Ed. Ercilla.
Spengler, Oswald.—"Años de Decisión". Ed. Ercilla.
See, Henry.—"Materialismo Histórico". Ed. Ercilla.
Saco, Alfredo.—"Síntesis aprista". Lima, 1935.
Sánchez, Luis Alberto.—"Haya de la Torre o el político". Ed. Ercilla, 1935, Stgo.
Seoane, Manuel.—"La Garra Yanqui". Ed. Claridad, Buenos Aires, 1927.
" " "Nuestros fines". Ed. Claridad, Buenos Aires, 1930.
" " "Comunistas criollos". Stgo., Chile, 1933.
Spelucin, Alcides.—"El proceso de Haya de la Torre". Guayaquil, 1932.
Strasser, Otto.—"Hitler et moi". Paris, 1939.

Thomson, Charles A.—"La revolución social mexicana". Ed. Ercilla, 1940.
Turrou, León G.—"Espions nazis aux Etats-Unis". Paris.
Torre, Lisandro de la.—"Grandeza y Decadencia del Fascismo". B. Aires, 1938.
Trotski, León.—"La Revolución Traicionada". Bs. Aires.
" "Su moral y la nuestra". Ed. Ercilla. Stgo., 1939.

Tannenbaum, Frank.—"La Paz por la Revolución". Ed. Ercilla, 1938.

Ugarte, Manuel.—"La Patria Grande". Ed. Ercilla, 1939, Stgo.

Van der Borgth.—"Política económica". Col. Labor.
Varian, Fray.—"Atlas comentado de la Guerra. Ed. Ercilla, 1940.

Wolfe, Henry G.—"Dinamita humana". Ed. Ercilla, Chile, 1940.
Wagemann, Ernst.—"Estructura y ritmo de la Economía Mundial". Ed. Labor, 1937.
Wright, Fowler.—"La guerra de 1938". Ed. Ercilla, 1937.

Zischka, Antón.—"Japón en el mundo". Ed. Ercilla, Stgo., 1938.
Zier, Jualian, G.—"Comercial independence of the Americas". Washington, D. C. Pan Amer., Union Comercial Pan American, N.º 69.

INDICE

		Pág.
Prólogo		7
Advertencia		15
Capítulo	I.—Causas de la guerra	21
„	II.—Indoamérica, campo de guerra	32
„	III.—Indoamérica, botín de guerra	48
„	IV.—Indoamérica, objetivo nazi	60
„	V.—¿Es posible la invasión nazi?	72
„	VI.—¿Qué hacer?	98
„	VII.—La unidad indoamericana	117
„	VIII.—La alianza continental	132
„	IX.—El camino realizador	151
„	X.—Documentos	168
Bibliografía		205

Rumbo argentino, por Manuel Seoane .... $ 14.—
Dinamita Humana, por Henry C. Wolfe. 7.—
Atlas comentado de la guerra, por Varian Fry.... .... 10.—
La revolución social mexicana, por Charles A. Thomson.... .... 10.— 7.—
Una sombra sobre Europa, por Shepard Stone.... .... 7.—
Europa amenazada, por Roland Dorgelés.... 10.—
Ex combatientes y desocupados, por Víctor Raúl Haya de la Torre.... .... 8.—
El fin del capitalismo, por Ferdinand Fried 20.—
El hombre contra el militante, por Ernst Erich Noth.... .... 14.—
La Iglesia y el Estado, por Ryllis Alexander Goslin.... .... 6.—
Nuestra lucha, por Hendrik Willen van Loon.... .... 8.—
Estados Unidos en 1939, por André Maurois.... .... 10.—
Las místicas económicas, por Louis Rougier 15.—
El caso Röhm-Hitler, por Jean François 15.—
Los alemanes tales como son — Los Estados Unidos de Europa, por Emil Ludwig 8.—
Hitler, y yo, por Otto Strasser (próximamente).

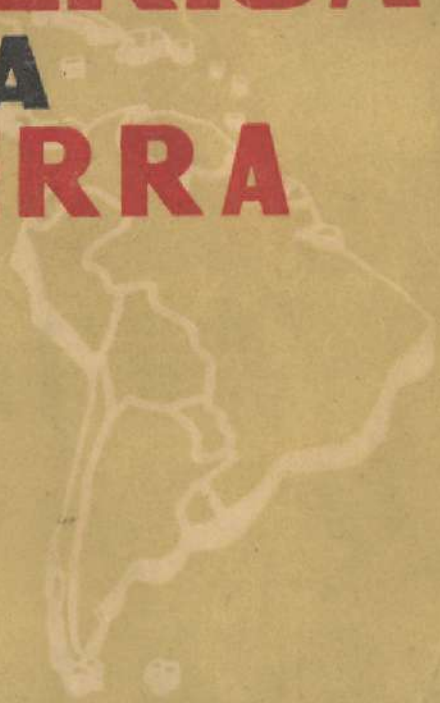
Si no encuentra estos libros en su librería, pídalos a

EDITORIAL ERCILLA, S. A.
AGUSTINAS 1639 CASILLA 2787
SANTIAGO DE CHILE

NUESTRA AMERICA Y LA GUERRA, por Manuel Seoane. — Colección Contemporáneos. $ 15.-

MANUEL SEOANE

NUESTRA AMERICA Y LA GUERRA



ediciones ercilla